

PREMIO  
INTERNACIONAL  
NARRATIVA  
BREVE  
RIBERA DEL  
DUERO

**Marcos Giralte Torrente**

CUENTOS

**El final del amor**

  
PÁGINAS DE ESPUMA



# **EL FINAL DEL AMOR**

**MARCOS GIRALT TORRENTE**



Marcos Giralt Torrente, *El final del amor*  
Primera edición digital: mayo de 2016

ISBN epub: 978-84-8393-543-9

© Marcos Giralt Torrente, 2011

© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L.,  
2016

Ilustración de cubierta: © Gerhard Richter 2011

Voces / Literatura 154

Nuestro fondo editorial en [www.paginasdeespuma.com](http://www.paginasdeespuma.com)

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su  
incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier  
forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por  
grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los  
titulares del *copyright*.

Editorial Páginas de Espuma  
Madera 3, 1.º izquierda  
28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51

Correo electrónico: [info@paginasdeespuma.com](mailto:info@paginasdeespuma.com)



El día 17 de marzo de 2011, un jurado compuesto por José Trillo, presidente del Consejo Regulador de la Denominación de Origen Ribera del Duero, Luis Mateo Díez, escritor y presidente del jurado, Mercedes Abad, escritora, Jorge Volpi, escritor, Ángel Zapata, escritor, Javier Sáez de Ibarra, escritor y ganador de la primera edición del Premio, además de Juan Casamayor, director de la Editorial Páginas de Espuma, y Alfonso J. Sánchez, secretario general del Consejo Regulador de la Denominación de Origen Ribera del Duero, en calidad de secretario del jurado, ambos con voz pero sin voto, otorgó el II Premio Internacional de Narrativa Breve Ribera del Duero, por mayoría, a *El final del amor*, de Marcos Giralt Torrente.

A mi hijo Juan, con todo el amor

## NOS RODEABAN PALMERAS

... recuerdo los primeros momentos. Hay una escena que regresa con frecuencia a mi memoria, aunque resulta arbitrario resaltarla.

Apenas quedaba una hora de luz. Pusimos las maletas en un rincón y miramos alrededor. La exótica pobreza de nuestro alojamiento (no más de ocho metros cuadrados con una ventana cubierta con tela de saco y dos colchones viejos de gomaespuma sobre sendos camastros de madera y cuerda trenzada) habría merecido un comentario, pero hablé animado por la novedad de estar solos:

—Es una pena la compañía.

—Ten cuidado, te pueden oír.

Marta se había agachado para buscar algo en su maleta, y no repliqué hasta que se incorporó:

—Olvidas que no hablan español.

En una mano sostenía una tela coloreada que habíamos comprado el día anterior, y, en la otra, la mosquitera de la que no nos desprendíamos desde el comienzo del viaje. La tendió hacia mí.

—No lo sabemos... Mira el lado bueno: si no viniéramos con ellos a lo mejor no habríamos encontrado un barco dispuesto a traernos.

—No me gustan.

—Reconoce que nadie te gustaría...

Marta se había arrimado a una de las camas y me escrutaba con la tela desplegada, como si se dispusiera a extenderla, pero sin extenderla aún. Tuve, por indicación suya, que desplazar la mirada hacia el techo, donde descubrí una argolla, para entender lo que quería.

—No es eso...—me alcé sobre la cama y enganché la mosquitera—. Pero da igual. Nos vienen bien. Esto está más perdido de lo que imaginaba. Quién sabe lo que puede suceder.

—Cómo has cambiado...

Marta había extendido la tela sobre el colchón, la había remetido por la esquinas y, sin preocuparse por el resultado, había vuelto a acucillarse para rebuscar en su maleta.

—¿Qué quieres decir? -pregunté, mientras la veía levantarse con el neceser.

—Nada. Simplemente que antes eras un poco más intrépido.

—Vaya, primero me reprochas que me quejara de no estar solos y ahora, cuando lo acepto, resulta que soy un cobardón.

Marta sonrió al escuchar la palabra *cobardón* y me alegré de haberla elegido. Había volcado el neceser en la cama donde no dormiríamos y apartaba del revoltijo las lociones contra los mosquitos,

—No me gustó la actitud de ella... —añadí—. No es bueno dar excesiva confianza a la tripulación. ¿Te fijaste en cómo la miraba el capitán?

Debió de ser ahí, en el silencio que se produjo a continuación, cuando sentí un primer atisbo de lo que estaba por venir. Marta no consideró necesario responderme y yo me quedé callado. Nada había sido demasiado chirriante hasta ese momento; si acaso fastidiosamente normal. Lo que acabó siendo resultó tan distinto de lo previsto... El calor, la lluvia...

Creo que debo enderezar el rumbo. Ni siquiera he mencionado dónde nos encontrábamos. Nos rodeaban palmeras. Atardecía. El paisaje estaba cubierto por una fina película lechosa, pero a través de ella todo brillaba con tonos rojizos: la tierra, los monos que nos habían seguido al dejar la playa, la cara de la gente, las rocas. No había una razón específica para nuestra presencia allí. Todas, ninguna. Quiero decir que podíamos estar en cualquier sitio. En otro continente, en otro mar. Pero no. Estábamos en una isla del Índico africano a la que acabábamos de llegar desde una isla vecina. La que habíamos abandonado, favorecida por un pequeño aeródromo, tenía turismo y un floreciente comercio, mientras que la que nos acogía carecía

casi de todo. Para llegar, habíamos alquilado una de las barcas de vela que los pescadores de la zona ponían a disposición de los turistas, generalmente para salidas de unas pocas horas. Más infrecuente era contratarlas, como nosotros, durante más de un día. Por esa razón, habíamos tenido que sumarnos a una excursión ya apalabrada. Disgustado, ni me había preocupado de conocer por anticipado el número de quienes vendrían con nosotros. Intentaba no considerarlos más que un imponderable que me proponía ignorar, reducir, si era posible, a la invisibilidad. Aquella mañana en el muelle, al echar el primer vistazo a nuestros compañeros de viaje, había sentido, sin embargo, cierta inquietud. Podían surgir desavenencias, diferencias de criterio. Dos días con sus noches, en según qué condiciones, es mucho tiempo, y al fin y al cabo deberíamos compartir algo más que las atenciones de los marineros que nos llevarían y velarían por nosotros. Nuestra intención era conocer la población principal de la isla, donde alguien nos había dicho que aún era posible encontrar a un precio irrisorio muebles y objetos antiguos; la de ellos no la conocíamos. Era temprano, aún no había roto el día, y, antes de que su imagen se me hiciera del todo nítida y pudiera averiguar por mí mismo cuántos eran, Marta me sacó de dudas:

—Estupendo, son solo dos.

—No te creas —contesté—. Dos parejas habría sido mejor, se habrían entretenido entre ellas.

Mi primera impresión fue algo equívoca, estereotipada. Él era alemán, de origen austriaco, y probablemente había cumplido ya los sesenta y cinco. No pasaban inadvertidas ni la rigidez de su espalda intentando mantenerse erguida, ni la incipiente derrota con la que el cuello, hundido entre los hombros, empezaba a dejarse vencer por el peso de la cabeza. Tenía, en cambio, el cuerpo delgado y fibroso; el pelo, canoso, muy corto; y los ojos azules, tan vivaces e inquisitivos, que, si quien lo observaba no era suficientemente perspicaz, con facilidad le habría supuesto diez o quince años menos. A este probable dictamen contribuirían su actitud y su manera de vestir; no porque esta fuera informal y juvenil, que lo era, sino porque no causaba ese exagerado efecto que caracteriza a quienes, no siéndolo, se disfrazan de jóvenes. Su ropa, la cartera donde guardaba el pasaporte, sus



gafas de sol e incluso la pulsera que adornaba una de sus muñecas, no parecían recién sacadas de las vitrinas de una tienda, sino verdaderamente suyas. No averigüé su profesión; puede que no tuviera ninguna, que desempeñara varias o que disfrutara de una vida alternativa como logista o cabecilla de alguna comuna. Llevaba el año 1968 pintado en la frente con sol y yodo californiano y todo el óxido de quién sabe cuántas toneladas de doctrina budista y pensamiento *newage* originario, pero al principio no advertí que, detrás de los restos del fracaso de su generación, de sus educadas maneras de seductor maduro, de su ánimo conciliador y democrático, subyacía, asimismo, una inquietante ansiedad, una secreta inhibición reflejo del niño que tal vez había sido, criado sin padre entre las ruinas de Dresde o Berlín. Su acompañante, alemana también aunque de origen hindú, parecía a su vez un tozudo producto de su tiempo, en su caso el de esas mujeres, hijas de los más variados traumas infantiles (el desarraigo, el divorcio de sus padres, su propia belleza), que se han hecho mayores cuando aún jugaban a novios y a heroínas de novela, y que, conscientes del descalabro, han acabado apercaminándose en el descabellado intento de retener lo que ya saben perdido. Superaba apenas los cuarenta años; perfectamente podía ser hija de él, y, de hecho, en sus ademanes de amante-enfermera, de amante-*geisha*, de amante-confesora, más que la de un verdadero amante, se adivinaba la entrega de un discípulo. Lo que no se advertía tan a primera vista era que, detrás de su belleza -intacta, en gran parte, pese al almíbar-, palpitaban reconocibles los estragos producidos por una sexualidad expansiva aunque no necesariamente voraz.

Todo esto no lo pensé al verlos en el muelle; es el producto de las desordenadas impresiones que fui recolectando a lo largo del viaje. En el muelle había sido más pueril y prosaico; tan solo reparé en su diferencia de edad. Una cosa sí me llamó la atención: tanto él como ella me dieron de lado y se concentraron en Marta, como si pretendiesen llegar a mí a través de ella o yo no les interesara.

La travesía fue larga a causa del viento. Navegamos en zigzag por la lengua de mar que separaba nuestra isla de origen del continente; arriada la vela y ayudados por pértigas, nos internamos más tarde entre manglares, y, finalmente, con el viento a favor, alcanzamos mar abierto; en total ocho

horas de viaje, tres más de las previstas, hasta que tocamos puerto. Y eso gracias a la suerte, ya que el trayecto se habría complicado si, sorprendidos por una tormenta, hubiésemos tenido que refugiarnos en tierra. A la suerte y a que la tripulación, cuatro marineros de piel coloreada por todas las sangres del Índico, hizo su labor con diligencia. De ellos, solo el capitán, menudo y con el pelo largo peinado a lo rasta, nos había dirigido la palabra en una mezcla de inglés e italiano. Su trabajo, además de llevar el timón y dirigir a sus compañeros, había consistido en ayudarlos, cada vez que hubo que modificar el rumbo, a cambiar de lado el contrapeso del barco. Desde el principio, junto a los tópicos necesarios para despertar nuestro interés, había deslizado en la conversación discretos anzuelos con los que pretendía llevarnos a esa falsa camaradería que, mediando un intercambio comercial, sobre todo si es en lugares remotos, muchas veces no tiene otro fin que el de multiplicar las situaciones de las que extraer beneficio. De todas formas, no parecía violento ni conspirador, y, cuando comprendí que destinaba sus preguntas a calibrar nuestra permisividad con lo que él llamaba *soft drugs*, me tranquilizó pensar que solo quería liar un cigarrillo de marihuana. No me gustó, por el contrario, que nuestra compañera de viaje aceptara fumar. Ella misma dudó, ya que miró a su pareja pidiéndole permiso, y él, que un instante antes había rehusado, se lo concedió con un guiño.

En realidad, a eso me refería horas después en el cuarto donde dormiríamos, cuando Marta se sintió obligada a defenderlos. Tras ordenar las medicinas, se había quitado las sandalias y estaba calzándose unos zapatos para proteger mejor sus tobillos de los mosquitos vespertinos.

—No le des más vueltas... —dijo risueña, aunque también tajante—. Hemos tenido suerte. Son gente normal. Ni han querido irse a otro sitio ni nos han propuesto nada extravagante.

—Solo faltaba. El barco lo hemos alquilado a medias y el acuerdo era regresar pasado mañana.

—No vamos a tener problemas. Ya lo verás.

Marta zanjó la conversación, pero lo cierto es que casi habíamos tenido ya el primer conflicto. Si disponíamos de alojamiento, se debía a la propia Marta, que, al desembarcar en la playa y observar las cabañas donde el capitán pretendía que durmiéramos, se había empeñado en buscar una

alternativa más cómoda. Ellos no se habían negado, pero habían tardado en decidirse y sé, porque esas cosas se intuyen, que en el fondo nos siguieron renuentes. Diría más: no solo no les había disgustado, parecía haberles agradado la perspectiva de compartir espacio con la tripulación. Al menos a él, que fue quien más animoso se había mostrado al respecto.

Ninguno de nosotros se arrepentía ahora. No era para menos. Aunque precarias, ocupábamos habitaciones contiguas en la azotea de una casa construida en torno a un patio en el que crecían tres palmeras, y disfrutábamos de unas impresionantes vistas. La misma manera de encontrar el lugar había merecido la pena. Decenas de niños habían salido a nuestro encuentro al aproximarnos a la aldea y nos habían conducido hasta allí casi en volandas. A causa del ímpetu del enjambre que nos guiaba, habíamos traspasado separados la puerta y, por un momento, antes de que el dueño nos descubriera al alemán y a mí, había podido contemplar su cara de incredulidad y susto al ver a las mujeres irrumpir en el patio.

Marta quería terminar la conversación y no insistí. Se levantó de la cama donde se había sentado para calzarse, sonrió y me dio un beso. Esta era una forma más eficaz que el ruego de cambiar de tema, de decir *basta ya, concentrémonos en lo importante*. Y lo importante era disfrutar de nuestras necesarias vacaciones africanas. No recuerdo si añadimos algo; enseguida se oyó la llamada a la oración de un muecín, al que de inmediato fueron sumándose otros, y nos quedamos paralizados. Cuando estos cesaron, entró en el cuarto nuestra compañera de excursión. Olía a perfume y había sustituido el vestido que llevaba en el barco por unos pantalones y una camisa. Le tocaba tomar la pastilla de la malaria, nos explicó, y se le había acabado el agua.

—Tenemos que comprar —dijo Marta, tendiéndole nuestra última botella—. Supongo que encontraremos en algún sitio.

La alemana cogió la botella, tragó la pastilla y se quedó donde estaba visiblemente turbada. Imaginé que necesitaría algo que le avergonzaba pedir en mi presencia y salí a la azotea para esperar. Antes, al llegar a la casa, habíamos convenido repartirnos las obligaciones pendientes para aprovechar mejor lo que quedaba de luz: unos pondrían al tanto de nuestra llegada al jefe de la aldea, como nos habían recomendado que hiciéramos, y

los otros regresarían a la playa para avisar al capitán del barco de que habíamos encontrado dónde dormir. Con ánimo de provocarme, o respondiendo tal vez a un deseo que no supe calibrar, cuando le propuse este reparto de tareas, el alemán había contestado rápidamente que sí y había sugerido que fuéramos los dos a visitar al jefe del pueblo y que Marta y su mujer fueran a la playa donde habíamos dejado a la tripulación. Luego había aguardado callado mi respuesta, y, aunque su ademán grave no me inducía a ello, había preferido tomármelo a broma:

—Sí, claro, o se las vendemos directamente al dueño de la casa por un par de camellos.

Llevaba un rato entretenido en observar a nuestro hospedero encender un fuego en el patio, cuando un ruido me hizo mirar hacia la parte más elevada de la casa, una torre abierta a la que se accedía por unas escaleras que partían de la azotea donde me encontraba. Allí estaba otra vez. Me daba la espalda de medio perfil, asomado a la baranda. No sé cuánto tiempo llevaba en ese lugar, desde luego más que yo en el mío. Aparentemente no se había dado cuenta de mi presencia. Estaba abstraído, mirando algo con unos prismáticos. Llegué a su lado y me asomé como él. Al cabo de unos segundos, retiró los anteojos de su cara y me los puso delante. Al principio mi mirada vagó sin rumbo hasta que, tras una ayuda suya, descubrí de qué se trataba. En uno de los patios vecinos había un pozo y, junto al pozo, una chica muy joven se lavaba las axilas con el pecho descubierto. Aparté la mirada instantáneamente, tan perplejo que no acerté a decir nada.

—Es una pena que aquí las mujeres sean tan inaccesibles —me dijo mientras me arrebatava los prismáticos y volvía a usarlos.

—Pero ¿qué hace? ¿Está loco? —reaccioné al fin—. ¿No ve que si alguien nos descubre podemos buscarnos un problema?

—No sabría qué es lo que miramos. Además, aquí no son tan estrictos —contestó bajando, displicente, los prismáticos—. Eso es cosa de las ciudades, no de las sociedades pequeñas donde prácticamente todos son familia. ¿No se ha dado cuenta de que las mujeres no se cubren el rostro?

Me había dado cuenta, sí. Había visto, incluso, a más de una con el pelo descubierto y me había fijado en que el velo de las que se lo cubrían no era negro sino de llamativos colores. Pero su explicación no me tranquilizó, no

pudo hacerlo. También había comprobado que, tras nuestra llegada, las mujeres de la casa habían desaparecido y que el único que se ocupaba de nosotros era el hombre. Me daba miedo imaginar de qué habría sido capaz si en ese momento nos sorprendiera y, en lugar de a una vecina, estuviéramos espiando a una de sus hijas.

—Da igual, no vuelva a hacerlo —concluí, rotundo.

Como no quería que me acusara de ponerme siempre en lo peor, decidí no contarle nada a Marta cuando finalmente ella y la alemana salieron del dormitorio. Sí le pregunté por qué habían tardado. Habíamos dejado a los alemanes camino de la playa y, guiados por el hospedero, avanzábamos por las calles rumbo a la casa del jefe del pueblo. Era difícil hablar, evitando al tiempo a la mucha gente que nos salía al paso, y Marta no contestó. Llevaba la cámara conmigo, pero no hice ninguna foto. Lo lamento. De haberlas hecho, hoy en día serían las fotos de lo que pudo haber sido. La casa del jefe, un cargo civil sin relevancia tribal, estaba a las afueras y tuvimos que dar un rodeo para llegar. Por el camino pasamos por lugares a los que ya no volveríamos: un recodo entre calles en el que crecía un solitario baobab; las ruinas de una antigua mezquita frente a la que nuestro hospedero se detuvo esperando la foto que no hacíamos... Recuerdo la legión de niños a nuestro alrededor que nos pedía monedas, y una fila de jovencitas, casi niñas, con cántaros de agua en la cabeza, que detuvo su paso para mirarnos cuando pasamos por un prado.

El jefe del pueblo, alto, desgarrado, entrado en la cincuentena, de cara alargada y tez amarillenta picada de viruelas, estaba cenando con un amigo, tan grande como él, en un cobertizo adosado al cuerpo principal de su casa. Tras su inevitable sorpresa, observó más de lo debido a Marta, si bien no tardó en recomponerse con normalidad de burócrata. Le informamos de cuánto tiempo nos quedaríamos en la isla, rechazamos su no muy convincente invitación a sentarnos a la mesa y prometió visitarnos esa misma noche o al día siguiente.

En el trayecto de vuelta, al poco de comprar cuatro botellas de agua que nuestro hospedero no consintió que cargáramos, Marta me recordó la pregunta que había dejado sin contestar al comienzo del paseo. Lo hizo sin querer; no tuvo que ver en ello ni la conciencia de haber pospuesto nada ni,

por supuesto, el deseo de alimentar lo que, desde hacía tiempo, llamaba mi exasperante necesidad de información.

—Es raro. ¿No tienes la sensación de conocerlos?

—¿A quién?

—A Christine y Paul.

Era la primera vez que oía los nombres de los alemanes desde que por la mañana los pronunciaron para presentarse, y tardé en comprender.

—No. ¿Por qué?

—Yo sí. Sobre todo a ella. No me lo quito de la cabeza desde que nos dejaste en el cuarto. Parece tan frágil...

Esperé a que continuara y, como no lo hizo, aproveché para preguntarle si le había pedido algo.

—No, nada. Estuvimos hablando. Me contó el viaje que estaban haciendo y me preguntó por nosotros.

Eché de menos que Marta fuera más explícita, pero en ese momento la multitud que nos seguía nos obligó a emplearnos a fondo para avanzar y perdí la ocasión de indagar. No lo hice tampoco más tarde, al llegar a la casa ya sin luz. En la azotea, sobre una estera, encontramos dispuesta la cena. Nuestros compañeros de viaje no estaban, no habían regresado a pesar de la cercanía de la playa. Pretendimos esperarlos, pero fue imposible hacérselo comprender a nuestro hospedero, que, antes de que nos diéramos cuenta, nos había traído un cuenco de agua para lavarnos las manos y nos servía el té. Luego se sentó con nosotros y fue abriendo las fuentes de arroz con coco, de verduras, de pescado... Me extrañaba la ausencia de los alemanes y efectivamente empezaba a temer que les hubiera ocurrido algo. De todas formas, apaciguado por la aparente tranquilidad de Marta, acabé por olvidarlos y me concentré en nuestro anfitrión, en su habilidad para escoger para sí lo peor de cada plato pero dejando claro, en los recovecos de su alambicada cortesía, que antes que nada nos consideraba sus invitados. Por dos veces se ausentó para traer algo de la cocina.

—¿Te fijaste en el amigo del jefe? —me preguntó Marta, en la primera ocasión—. Daba miedo.

Yo acababa de deducir, no sin melancolía, que, a pesar de su aspecto envejecido, el hospedero debía de tener mi edad, y tardé en contestar. Algo me decía, además, que Marta, como tantas veces, solo buscaba llenar el silencio.

—Y él... —contesté—. No sé si hicimos bien yendo a visitarlo. Parecían dos mafiosos.

No fue, sin embargo, hasta la siguiente ocasión en que nos quedamos a solas cuando Marta mencionó la tardanza de los alemanes. Tuvo que resultarle difícil, ya que violaba nuestro eterno reparto de papeles: a mí me corresponde preocuparme, indagar; y a ella poner en cuestión mis dudas, aniquilar mi enfermizo escepticismo con su caudal de vitalismo. Yo soy el que ya nada espera y ella la que siempre espera más.

—¿No te parece raro que no vuelvan?

Acababa de formular la pregunta cuando oímos dos aldabonazos. Instantes después, precedido de nuestro anfitrión, apareció el jefe de la aldea. Venía, como había prometido, a devolvernos la visita, pero estaba enterado ya de que nos acompañaba otra pareja, y lo primero que hizo, antes de sentarse, fue inquirirnos por su paradero. Intuí que conocía la respuesta mejor que nosotros y le conté lo que sabía.

—Es un poco tarde para estar en la playa —replicó—. Este pueblo no es tan peligroso como otros de la isla, pero no es prudente.

Parecía haber sopesado sus palabras con antelación: un sutil subrayado de su autoridad y una disimulada exhibición de sus méritos. Seguramente, tras la poca airosa recepción en su casa, había hecho el camino ensayando su papel.

—Aun así, deberían haber regresado ya —intervino Marta. Intentaba dejar bien a nuestros amigos, explicar que nada de lo que estuvieran haciendo debía retenerlos mucho más, pero pareció una demostración de inquietud.

Inesperadamente, nuestro visitante pasó por alto sus palabras y se concentró en sacarnos información. Se valió del hospedero, a quien ahora traducía, para disfrazar de casual lo que no era sino un soterrado interrogatorio. Cuando se hizo una idea de quiénes éramos y qué hacíamos,

llegaron las advertencias. Mediante circunvalaciones, comenzó a trazar una frontera entre él y nosotros, a ponernos en nuestro lugar, a recordarnos nuestra condición de turistas privilegiados. No estaba claro qué buscaba, si una propina postrera o sensibilizarnos acerca de la realidad de la isla. No encontré, de todas formas, razones para la alarma. Parecía uno de esos funcionarios, huérfanos en confines provincianos de estados casi inexistentes, que tienen su fidelidad dividida entre sus inservibles ideales juveniles y los necesarios pactos a los que la realidad les obliga, pero que, precisamente por eso, nunca tomarán esta por asalto ni, en consecuencia, irá más allá de un mero menudeo (siempre sugerido, jamás exigido) la corrupción que entre tanto se abra paso en ellos. Cuando ya se despedía tuvo un gesto que me hizo preguntarme si el equilibrio no empezaba a ceder.

—La gente de aquí no entiende ciertas cosas. Con ustedes veo que no hay problema. Pero díganse a sus amigos. No quisiera que le pasara nada a la señorita.

No me gustó el momento elegido para la advertencia: demasiada geometría. Pero lo que sobre todo no me gustó, ya que implicaba cierto afán intimidatorio, fue que no le importara contradecir tan abiertamente su relativa indiferencia al inicio de la velada, cuando le había contado el paradero de nuestros compañeros de viaje.

¿Qué cosas eran las que la gente de allí no entendía? ¿Un retraso de apenas una hora en recogerse? Marta, que desde su intervención inicial no había vuelto a abrir la boca, debió de preguntarse lo mismo, ya que, en cuanto nos quedamos a solas, me pidió que fuéramos a la playa.

—¿Para qué? —pregunté—. ¿Qué les vas a decir? Es preferible no involucrarse.

En total, no permanecemos ni cuarenta y ocho horas en la isla. Dos días con sus noches son un período escaso, pero lo mejor y lo peor a menudo ocurre en menos tiempo. Si bien no sabría decir qué, algo sucedió entre Marta y yo en esos días. Es evidente. Fuera lo que fuese, malogró un tiempo pensado para unirnos. En ese instante, por lo que a nosotros se refiere, todo se había decantado: la determinación de Marta en seguir su instinto sin considerar mis reticencias, y mi progresiva sensación de que algo



desconocido (acaso no tanto) amenazaba con engullirnos. Supe que Marta sentía un irresistible interés por nuestros compañeros de viaje y, diluido como en un sueño, sentí que en ese interés influía la comparación con nosotros. Una insólita comprensión femenina, que, espoleada por lo que eufemísticamente denominábamos nuestro constante desencuentro, escapaba a toda razón.

—Espérame aquí, si quieres —dijo, resuelta—. Hay que avisarlos, simplemente para que lo sepan.

Nos dirigimos a la playa guiados por el hospedero, que nos iluminó el camino con uno de los quinqués con los que habíamos cenado. Poco después de dejar el pueblo distinguimos el resplandor de una hoguera y, enseguida, nos llegaron sus voces. Para verlos tuvimos que esperar a superar la duna donde la playa comenzaba. Habían dispuesto alrededor del fuego tres troncos de palmera y estaban en compañía del capitán y de uno de los marineros.

—¡Pero mira quién han venido! —exclamó el alemán cuando nos vio surgir de la penumbra—. Nos habéis asustado.

Mientras su mujer sonreía, se diría que aliviada por nuestra aparición, el tono de nuestro compañero de viaje había sonado empalagoso y no muy amigable. Parecía bebido. Puesto que la iniciativa había sido suya, esperé que Marta contestara, pero no lo hizo. Entre tanto llegamos a su lado y nos detuvimos ante uno de los ángulos del imperfecto triángulo que formaban los troncos que les servían de asiento: los marineros, apenas reconocibles por el humo y la noche, compartiendo uno, y ellos, sentados por separado, en los dos restantes.

—Nos extrañaba que no vinierais a cenar —respondí acuciado por el silencio de Marta.

Iba a aclarar que ya habíamos cenado, pero el alemán se anticipó para anunciar lo mismo. Lo sentía. Los marineros habían guisado unos pescados a la brasa y no habían podido resistirse. Creían que no los esperaríamos. Repliqué que no lo habíamos hecho, y, de pronto, ya no se dirigió a mí sino al hospedero.

—No lo necesitamos, no se preocupe —dijo—. Deje aquí la luz y vuelva a casa.

Lo que ocurrió a continuación lo recuerdo como en una sucesión de fotogramas mudos. Lo miré a él (un destello desafiante en las pupilas), la miré a ella (indecisa, cohibida), miré a los dos miembros de la tripulación (encogido sobre las rodillas, pendiente de mi reacción, el capitán; la cabeza gacha, como si quisiese fundirse con la oscuridad, el marinero), miré a nuestro hospedero (ajeno a lo que se decidía, con el quinqué coronado por una aureola de mosquitos), miré a Marta (opaca, concentrada) y, en un instante en el que la alemana se estiró para coger un trozo de fruta de una bandeja que había sobre la arena y, al hacerlo, captó la atención inmediata de su pareja y, con la de este, la de Marta y el capitán, sentí el tiempo dilatarse y tuve la certeza de que algo se me escapaba.

—Hemos recibido la visita del jefe del pueblo —dije—. No parece gustarle que estéis aquí.

—Que venga también, si quiere —contestó, con sorna, el alemán—. Sentaos. Seguro que no habéis tomado postre.

Debo a Marta la decisión de quedarnos, y en ello influyó, supongo, algo que, sensibilizado como estaba, no dejé de percibir: mientras me mordía la lengua para no responder, el marinero se retiró a la cabaña donde ya dormían sus compañeros, el capitán se removió en su asiento haciendo ver que se disponía a imitarlo y su amago fue inmediatamente abortado por el alemán, que lo conminó a que se sentara con su mujer. Marta lo evitó apresurándose a sentarse ella, y lo que ocurrió después, hasta que el jefe de la aldea apareció, pertenece al terreno de las especulaciones, de lo no nombrado. Insinuaciones, palabras de doble sentido, procacidades; la sensación de que ninguno de ellos, ni siquiera el que lo había forzado, se sentía a gusto con nosotros allí; y, por debajo, el azote de una doble tensión: la innata a cualquier cortejo, más aún si este es de naturaleza tan anómala como parecía, y la añadida que se derivaba de nuestra presencia como testigos. Que Marta se arriesgara a tomar partido no dejó, no obstante, de asombrarme. De hecho esa fue la causa de mi resistencia a aceptar lo que estaba sucediendo, de la incredulidad que, pese a todo, perdura. ¿Cómo estaba segura de no inmiscuirse? El papel instigador del alemán, aunque desconcertante, concedo que estaba más que claro. También, asimismo, el oportunista hedonismo del capitán del barco. En cambio, no resultaba tan

fácil de interpretar la actitud de la mujer. Su indefinición, su timidez, más que a una verdadera renuencia a involucrarse en el juego de su pareja, podían deberse al efecto intimidante de nuestra presencia. A no ser, claro, que las motivaciones de Marta fueran otras y no las que yo imaginaba... Se me ocurrió, sí. ¿Cómo no? El mal de Kurtz, el sonido de la selva. ¿No lo llamaba así Conrad en *El Corazón de las tinieblas*? Invocar lo irracional es una solución socorrida. No hay culpables, solo fuerzas ocultas. Lo que pasa es que estas no se despiertan sin que algo las desencadene, una insatisfacción o una pena, y, si para explicar el repentino interés de Marta por nuestros compañeros de viaje, descartaba veleidades, digamos, civilizadas (la compasión, por ejemplo, o el ímpetu justiciero), estaba obligado a contar con algo... ¿Cómo decirlo? Algo que nadie asume fácilmente. ¿Acaso era yo culpable de que nuestro matrimonio hubiera alcanzado esa llanura en la que todo resulta demasiado conocido? Sí, supongo que a eso me refería al mencionar que en el interés de Marta por los alemanes tal vez influía la comparación con nosotros...

Nada se había decidido cuando el jefe de la aldea apareció, ninguna frontera había sido cruzada.

—Espero no interrumpir.

Venía a pedirnos que disolviéramos la reunión y, aunque las palabras fueron prudentes, su retórica sonó más desinhibida que un rato antes en la casa. Supongo que le bastó un instante para hacerse cargo de la situación o que la intuía de antemano.

Intimidado, el capitán optó por escabullirse, y, repentinamente huérfano de planes, nuestro compañero de viaje no protestó sino que se limitó a observar con resentida arrogancia al culpable de la desbandada mientras este le sostenía el envite. ¿Cómo describirlo? Fue un desafío recíproco, una radiografía mutua en la que todo cupo. Fue un duelo y un armisticio temporal en el que ninguno se rindió y lo que aconteció, en todo caso, fue un regateo de los términos del litigio.

Regresamos a casa en fila india: el alemán encabezando la procesión, después su mujer, luego Marta y al final yo. Nadie habló. La locuacidad, la euforia, habían desaparecido. Éramos una procesión de penitentes, el más contrito yo.

Lo recuerdo tal y como lo acabo de describir, pero imagino que nada fue tan simple. Lo simple es lo que puede explicarse con sencillez. Los pálpitos no pueden explicarse; son sensaciones por anticipado y tampoco estas, cuando son normales, pueden explicarse.

En cuanto estuvimos en nuestra habitación le pregunté a Marta lo que entonces me parecía evidente.

—¿No crees que a Christine le faltó muy poco para acabar con el capitán?

Marta no lo negó en un principio, aunque se tomó su tiempo para contestar y, cuando lo hizo, dio a entender que no se le había pasado por la cabeza.

—Qué tontería.

—Vamos, si era evidente.

—Yo solo vi que a Paul y al capitán no les hubiese importado.

—Y a ella tampoco.

Estábamos ya en la cama y no respondió. Se limitó a darme la espalda. Luego encogió las piernas, se encorvó, exhaló un suspiro y cayó dormida. No llegó a oír el alboroto que enseguida se desencadenó en la habitación de al lado. A lo mejor lo incorporó a su sueño. El mío fue agitado: estábamos en una isla mucho más pequeña que la real, pero nuestras espaldas se habían pegado la una contra la otra y, aunque lo intentáramos, no podíamos vernos.

Amanecí con los primeros rezos de los muecines y, como Marta aún dormía, salí a la terraza resignado a compartir una larga espera con el alemán, al que suponía tan madrugador como yo. Por el contrario, fue su mujer quien se despertó primero. Probablemente no esperaba encontrarse tan temprano con nadie y, durante unos segundos, no me vio. Iba hacia el baño y, al descubrirme sentado sobre la estera donde nos habían servido el desayuno, se tapó instintivamente la cara con una mano mientras con la otra cerraba el blusón que llevaba la noche anterior, su única vestimenta ahora. Cuando regresó (la cara lavada, la camisa abotonada) se sentó conmigo. Lo hizo al estilo árabe, con las rodillas en direcciones opuestas, y por un momento el faldón de la camisa se tensó y mostró la negrura de su sexo,

parapetado al fondo de los muslos como un erizo entre las rocas. Su tardanza en arrancar a hablar dio cuenta de su timidez, si bien en lo demás se comportó como alguien que ha abrazado un objetivo y está dispuesto a cumplirlo. Durante un rato hablamos del clima, de los mosquitos, de otros viajes, y luego sacó el tema de la noche anterior.

—Anoche estábamos todos un poco borrachos. Sobre todo Paul. Supongo que te incomodó que apareciera el jefe.

—Francamente preferiría que no nos vigilara tan de cerca.

Había supuesto que me hablaría de la discusión nocturna, no de lo que había sucedido en la playa, pero no lo lamenté, ya que mi respuesta pareció animarla.

—Sí, es verdad. Es una lata sentir su aliento en la nuca. Por mí no me preocupa. Me preocupa por Paul.

—En todo caso me preocuparía por el capitán. A nosotros jamás se atrevería a hacernos nada, pero él sí puede buscarse un lío.

Al instante me arrepentí de haber hablado. Había sido demasiado directo y Christine lo acusó bajando la mirada.

—¿Por qué dices lo de Paul? —rectifiqué.

Tardó en contestar.

—No está acostumbrado a ese tipo de presiones. Es demasiado libre.

Me tanteaba. Había vuelto a alzar la mirada, aunque ahora sus ojos negros tenían un brillo desconfiado que los hacía más escurridizos. Pensé que callarme era lo mejor. Si se proponía descargar a Paul de culpa, no iba a ser yo quien le señalase que su intento de descargo constituía ya una acusación. Me desasosegaba la desigual mezcla que se daba en ella: el más estereotipado candor oriental junto con la más necia estulticia occidental, la desinhibición corporal de una secretaria de Hamburgo aficionada a las carreras nudistas en un cuerpo que parecía hecho para el ocultamiento y el erotismo. Mi silencio surtió efecto: se llevó a la boca uno de los pasteles del desayuno y, después de masticarlo lentamente, siguió hablando:

—A mí también me desconcertaba cuando nos conocimos. Me daba miedo. —Hizo una pausa y me miró como si calibrara el grado de atención que le prestaba—. Soy adoptada. Mi familia es maravillosa pero muy

conservadora: pastores luteranos desde hace cuatro generaciones. Me costó romper con los prejuicios que me inculcaron; por poco me pierdo en el camino. Estaba totalmente destrozada cuando encontré a Paul. No era nadie, un despojo que pasaba de mano en mano. Él me rescató, volvió a centrarme.

—Pero dices que te daba miedo —repuse.

—Sí, no lo creía. Me había tropezado en tantas ocasiones con gente que pretendía ser diferente de lo que era... Hasta que me demostró que no pide nada que no dé... El único problema es cuando se emborracha. Pierde la cabeza y no se da cuenta de que los demás no comparten su misma libertad. Por eso me preocupa el jefe de la aldea. Y me preocupasteis vosotros, hasta que ayer hablé con Marta.

Christine hizo una nueva pausa, pero esta vez no me escrutó, sino que me sonrió confiada. Me habría gustado preguntarle cómo disipó Marta su preocupación, pero fui prudente. No acababa de creerla, además. En la playa me había parecido intimidada. Me limité a asentir, y ella retomó el hilo después de coger otro pastel.

—Fíjate si es libre y generoso que quiere que tengamos un hijo. Él no puede, pero lo voy a tener yo y será como si fuera suyo.

No me había repuesto de esta confesión cuando oí un traspiego en el patio. Christine también lo oyó y escapó poco antes de que la cabeza arcillosa del jefe de la aldea asomara por las escaleras. No sé si él llegó a verla. Por lo menos, no la mencionó y no creo que hubiera desaprovechado la ocasión. De hecho, me pareció algo decepcionado por encontrarme solo. Pretendía que se trataba de una visita casual, pero no tardó en desvelar su objetivo. Quizá no el verdadero, pero sí el único que podía esgrimir. Prescindió de las insinuaciones y lo atacó frontalmente: no iba a permitir que se repitiera lo de la noche anterior, me dijo. Si solo hubiésemos estado Marta y yo, no habría tenido ningún inconveniente, pero el comportamiento de nuestros compañeros de viaje... Aunque no me iba nada en ello, me vi obligado a contestarle que no habían hecho nada inadecuado. Él no me contradijo, no hizo falta: el mensaje había sido emitido y yo lo había recibido. Poco después de su marcha, sin mellas en el rostro de la noche pasada, salió de su habitación el alemán, y, a continuación, como si

hubiesen estado sincronizados, lo hizo Marta, ella sí parpadeando deslumbrada por la luz y, al igual que antes Christine, vestida con la misma ropa con la que había dormido. Parecía de buen humor, enterrado el recuerdo de nuestro desencuentro nocturno, pero, por si acaso, la dejé desayunar y dediqué mi atención a nuestro compañero de viaje. Estaba exultante, proclamando su contento por el cielo despejado con un énfasis que me molestó y que relacioné con nuestra forzada marcha nocturna de la playa y con los gritos que había escuchado en su habitación después de que Marta se durmiera.

—Vaya, qué pena no haber estado -respondió, cuando le conté la visita del jefe de la aldea-. Tal vez vaya a verlo. No conviene estar a mal con la autoridad.

Habíamos convenido que ellos usarían el barco para hacer una excursión por la otra parte de la isla y que nosotros nos quedaríamos en el pueblo comprobando si era cierto que todavía era posible encontrar antigüedades a buen precio, y, alegre por las horas que íbamos a pasar sin él, preferí no replicar.

Cuando Marta estuvo lista y por fin salíamos, nos cruzamos en las escaleras con el capitán. Venía a conocer los planes del día. Estaba reluciente, untado el pelo con grasa, pero su andar era cauto, temeroso. Tras dejarlo atrás, callejamos por la medina durante cuatro o cinco horas, sin la compañía del hospedero y seguidos de una marabunta de niños aún mayor que la del día anterior. Como Christine no había vuelto a dejarse ver y Marta no me había preguntado por ella, preferí no contarle la conversación que habíamos mantenido. Sí le referí la visita del jefe, pero no le di muchos detalles ni le mencioné la rivalidad que empezaba a intuir entre él y el alemán. Temía que, presa de renovados celos, optara por regresar antes de tiempo. Creo que eso fue todo. Acudimos a la llamada de hombres y mujeres que con aparatosa ceremonia nos ofrecían objetos de desecho, nada digno de compra a excepción de una tetera de cobre que nos vendió una vieja a la puerta de su casa, y completamos la excursión visitando una madraza abandonada y dos casas palaciegas que solo retenían de su pasado esplendor los patios solados y la recta hechura de sus muros. Al emprender el regreso, el cielo estaba totalmente cubierto y se vislumbraban relámpagos

de tormenta. No hablábamos, imagino que agotados por el esfuerzo de disfrazar de desilusión por nuestro exiguo botín el desánimo de estar aletargados de nuevo en una espera. En lugar de reencontrarnos, como había sido el objetivo del viaje, con la espontaneidad y la ligereza, de suspender el tiempo, otra vez esperábamos. La espera era compartida, pero no por eso el desencuentro era menor, toda vez que el resultado que aguardábamos parecía distinto. No consigo explicarme, así las cosas, por qué consintió Marta en acompañarme esa mañana. ¿Un paliativo a su manera de concluir nuestro diálogo nocturno? ¿Un intento de conjurar, desestimándola, la amenaza que sentía cernirse? ¿Un desliz? ¿El cálculo errado de que sus temores encontrarían su confirmación al amparo de la noche?

Caían ya las primeras gotas cuando llegamos a casa. Encontramos al hospedero en la terraza ocupado en trasladar la comida a una zona a cubierto. Nos recibió algo fríamente y continuó silencioso su tarea hasta que Marta se metió en el baño. Entonces la interrumpió y vino hacia mí.

—El otro hombre me ha dicho que no lo esperen.

Parecía que trataba de insinuarme algo, pero podía ser una impresión errónea, fomentada por su nulo inglés.

—¿Qué quiere decir? —pregunté.

—No come aquí.

—¿Y ella?

—No lo sé.

—¿Siguen fuera, con el barco?

—No, el barco está en la playa.

Marta salió del baño antes de que yo hubiera asimilado del todo la extraña información dada por el hospedero. Si no estaban en el barco, ¿dónde estaban? En la aldea no, ya que de allí veníamos.

—¿Qué te ha dicho, qué te pasa?

Marta me miraba desde la puerta del baño. Aunque no estaba muy seguro aún de sus implicaciones, habría querido ocultarle lo que acababa de saber.



—Nada, que parece que nuestros amigos han vuelto ya de la excursión y no quieren acompañarnos en la comida.

—¿Y dónde están?

—Ni idea... Les habrá sorprendido la lluvia y se habrán refugiado en las cabañas de la playa —aventuré.

—Vamos allí.

—No digas tonterías. Está lloviendo.

—No digo tonterías.

—Es absurdo —contesté—. Piénsalo. Son mayorcitos.

Esta vez Marta aguardó unos segundos, parada aún ante la puerta del baño, como si cavilara, y luego, encorvada para protegerse de la lluvia, se encaminó al techado bajo el que el hospedero acababa de instalar los enseres del almuerzo. Le pidió que repitiera lo que me había dicho, cosa que este hizo con la misma torpeza que exhibiera conmigo. Lo raro fue que Marta se sentó sobre la estera conforme aparentemente con la explicación. Por supuesto no le hice reparar en que el hospedero solo había disculpado la ausencia del alemán. La mera duda de si había sido voluntario incrementaba mi desasosiego. Pensaba en el desconcertante cortejo del alemán al capitán; pensaba en su actitud desafiante con el jefe de la aldea; pensaba en la extraña fijación de este, pensaba en Christine, en su charla por la mañana; en Marta y en mí, en el naufragio de nuestras anheladas vacaciones; en la lluvia.

Almorzamos lo mismo que la noche anterior mientras nuestro anfitrión repetía los gestos de hipertrofiada cortesía. Ya no se sintió, sin embargo, obligado a darnos conversación sino que comió en silencio, limitándose a incitarnos con cabezadas de ánimo cada vez que nos ofrecía un plato. Incómodos, tampoco hablamos Marta y yo. Creo que ambos agradecíamos la presencia de un extraño precisamente porque nos eximía de conversar, conscientes de la comezón que, como una invisible barrera, iba interponiéndose entre nosotros al compás de la insistente lluvia. Fue al quedarnos a solas, tras terminar la comida, cuando intenté forzarla e hice una broma a cuenta de la vieja a la que habíamos comprado la tetera esa

mañana. Dejó, entonces, pasar unos segundos y aprovechó para atacar lo que ninguno de los dos lográbamos apartar de nuestra cabeza.

—Tenemos que salir a buscarlos.

—Marta, de verdad, no tiene sentido.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? Algo les pasa. No es normal...

Había hablado atropelladamente, como si por hablar deprisa su preocupación fuera a parecerme más fundada, y meforcé a contestarle despacio, quizás en exceso:

—Nos han dicho que el barco está en la playa. No les ha ocurrido nada. Se habrán quedado a comer con la tripulación.

Estábamos el uno frente al otro, con la estera de por medio, pero nuestras miradas no se rozaban. Marta alzaba la suya solamente para hablar, y yo, cada vez que lo hacía, la evitaba deliberadamente. Nos comportábamos como dos náufragos que rehuyeran mirarse para no tener que reconocer en los ojos del otro su propia condición.

—No me fío de él. Temo que le haga algo.

—¿A quién? ¿A Christine?

Marta afirmó con la cabeza casi avergonzada, y yo no supe ver cuánta renuncia se contenía en ese gesto, qué ruego.

—¡Oh, venga! —exclamé. Quería tan solo que recapacitara, protegerla de sí misma y de mí, apartar de una vez la niebla que nos envolvía, que se concentra en nosotros.

Marta devolvió la mirada a la estera, e, incapaz de contenerme, intuyendo que me adentraba en un sendero sin vuelta atrás, añadí:

—Ella no es ninguna santa tampoco. Cualquier cosa que él haga se la tiene bien merecida.

La reacción de Marta no fue inmediata. Durante unos instantes se quedó con la cabeza gacha, abismada en el repiqueteo de la lluvia sobre la encharcada terraza, y luego la levantó y me dijo tajante:

—No vuelvas a decir eso. No la conoces, no está bien que la juzgues.

—¿Y tú a él? —le pregunté.

—No es lo mismo —contestó—. Él es distinto, ¿no te das cuenta? Él es un manipulador. Él es un provocador...

—Un majadero, sí —corté—. Pero ella también. No vamos a disculparla porque sea más joven.

—No digas eso. No es lo mismo. Él no tiene escrúpulos y ella está en sus manos, no hay más que verla.

—Sí claro, el viejo cuento de la debilidad femenina.

Lo dije sin pensar, pero nada más decirlo me di cuenta de que había transgredido una ley no escrita cuando hablábamos de otros: no generalizar. Marta lo acusó quedándose callada, considerando las implicaciones de mi comentario, y yo di un arriesgado paso adelante para intentar diluirlo:

—Parece mentira que seamos tan liberales. Tanto rollo feminista para al final llegar a esto.

—No me ridiculices —repuso Marta—. No viene a cuento. Estamos hablando de un caso particular.

—Claro que hablamos de un caso particular. Precisamente por eso. No sabemos nada de ellos.

—Mira, no sé por qué tengo miedo, pero lo tengo. No puedo evitarlo. ¿Qué quieres que haga?

—Es una descerebrada, Marta.

—No hables así.

—De verdad que lo es.

Marta me miró llena de ira.

—Tal vez lo sea, pero necesita ayuda.

—¿Y después? ¿Qué pasará cuando ya no estemos con ella para protegerla? En serio, Marta, no tiene sentido. Piénsalo.

—Para ti nunca nada tiene sentido. Solo tu vida ordenada, solo tus costumbres, solo tu desidia. No puedo más. Me ahogo.

Esta vez Marta no bajó la vista, no hizo falta. Esbozó una sonrisa amarga, despreciativa, y se levantó. Mientras cruzaba la terraza anegada y desaparecía en nuestra habitación, tomé conciencia de la distancia que se había abierto entre nosotros. Fui tras ella imaginando que se estaría preparando para ir en busca de los alemanes, y me disponía a no impedirselo, a animarla incluso, pero la encontré en la cama, húmeda como estaba, parapetada tras la espesa mosquitera.

—Qué barbaridad, qué forma de llover.

Mi intención había sido restablecer un puente entre nosotros, pero Marta no contestó. Ni siquiera me miró. Para qué, debió de pensar. Lo intenté con otro comentario y siguió sin responder. Lo intenté una vez más, y el resultado fue idéntico. Marta estaba muda. Marta no hablaba. Marta tenía el ademán transfigurado.

Ya se sabe que una poderosa tentación de la memoria es identificar aquellos instantes en los que todavía hubiese sido posible modificar el curso de los acontecimientos. Tal vez sea esta la razón de que esa escena en el dormitorio con Marta sea, junto con la de nuestra llegada a la isla, una de las que más frecuentemente recuerdo de nuestro viaje. Casi veinticuatro horas habían transcurrido desde que Marta cubriera con una tela la cama donde ahora yacía tumbada. ¿Qué habría sucedido si hubiese sabido pronunciar las frases adecuadas y no las desafortunadas que pronuncié? ¿Qué habría ocurrido si hubiera tomado a tiempo la iniciativa en lugar de perseguir una reconciliación vacía de contenido? No puedo evitar pensar que todo terminó de decidirse entonces.

Una hora después aún no sabíamos nada de nuestros compañeros de viaje. La lluvia, densa, cálida, torrencial, no había cesado. Seguíamos en nuestra balsa de náufragos. Más huraño el gesto, más angustiado; más reacios a reconocernos en el otro, desesperanzados de poder gritar *tierra*. Cuando, entrecortadas y débiles, regresaron las palabras, cuando su cantidad, aunque exigua, nos permitió improvisar una vela, Marta emergió de la mosquitera, sacó una chaqueta de la maleta, se la colocó con las dos manos por encima de su cabeza a modo de precario toldo y salió decidida a la lluvia. No intenté retenerla, no me habría dejado. Afortunadamente el hospedero tenía un paraguas, y, gracias a que fue mía la iniciativa de pedírselo, pude imponerle mi compañía. Atravesamos el portón de la casa, dejamos atrás las laberínticas calles de la aldea, superamos las dunas y, al asomarnos a la playa, me alivió que el barco estuviera efectivamente anclado en ella.

No duró mucho la tregua. Encontramos a la tripulación, refugiada de la lluvia, en la primera cabaña a la que nos dirigimos, pero, tal como temía desde el diálogo con el hospedero, no estaban los alemanes. El capitán, que

salió a recibirnos, nos dijo que habían subido por la mañana al barco acompañados por el jefe de la aldea, y que, al sentir la amenaza de tormenta, habían regresado a tierra y se habían ido con él, no sabía adónde, creía que a encontrarse con nosotros.

—Con nosotros no están —se apresuró a aclarar Marta.

—¿Ha pasado algo? —pregunté, sorprendido de que la hostilidad del jefe de la aldea se hubiera diluido hasta el punto de haberse querido sumar a la excursión matinal en barco.

El capitán cogió al vuelo las razones de mi extrañeza y se permitió cierta ironía:

—No, todos son muy buenos amigos ahora.

Noté la conmoción que esta declaración producía en Marta. Confusa, cruzó el umbral de la cabaña para comprobar que el capitán decía la verdad y, cuando volvió a aparecer, le propuse que fuéramos a casa del jefe. Qué poco atento a los signos, qué arrogancia. Me sentía pletórico, creía tener el triunfo en el bolsillo y cometí la tontería de ofrecerle tardíamente lo que apenas una hora antes habría sido un bálsamo. Fue innecesario, una imprudencia. No creo ni siquiera que la propia Marta se hubiese atrevido a proponerlo. Pese a ello, no tuve que insistir.

Dejamos al capitán y nos encaminamos a casa del jefe. No fue fácil. Varias veces nos perdimos y varias veces estuve a punto de claudicar. Varias veces me asaltó el presentimiento de que el alemán y Christine no andaban lejos, pero ni ellos ni nadie nos salieron al paso. No hablamos, no nos dijimos una palabra más allá de las necesarias cada vez que en una encrucijada tuvimos que decidir qué dirección seguir. Al final, tras una hora o más de dar vueltas por los caseríos de alrededor de la aldea, dimos con la casa. Si perseveré no fue por Marta sino por mí. Me veía al final del camino premiándola con mi comprensión, asegurada así la placidez de los días por venir.

El cobertizo, donde la noche anterior nos había recibido el jefe de la aldea cenando en compañía de su amigo, estaba cerrado. Llamamos, pero nadie abrió. Tuvimos más suerte en la casa, donde, al poco de golpear la puerta, salió una mujer. Parecía asustada, no hablaba inglés, y apenas nos dio oportunidad de hacernos entender. Hacía rato que habíamos oído el coro

de mucines de las mezquitas de la aldea, no llovía ya pero la oscuridad de la noche se abría paso entre los últimos rayos solares, estábamos empapados a pesar del paraguas, y lo cierto es que no debíamos de inspirar mucha confianza. Cerró la puerta en cuanto pudo, y Marta y yo nos quedamos inmóviles. Antes de decidir si llamar de nuevo o darnos por vencidos, escuchamos un sonido en el cobertizo vecino. Alguien había llegado hasta él por detrás de la casa y manipulaba su puerta para abrirla. La sorpresa nos sobrecogió. Creo que ambos habríamos corrido a escondernos, pero, pendientes el uno del otro, no fuimos capaces de movernos. Seguíamos en el mismo lugar cuando, tras entrar un instante en el cobertizo y volver a cerrar tras él, el jefe de la aldea dobló la esquina de la casa. Parecía agitado y era evidente que no esperaba encontrarnos.

—Ah, sois vosotros —dijo, recuperándose de la sorpresa.

—¿Y nuestros amigos? —preguntó Marta.

El jefe no contestó. Se llevó el brazo derecho a la mejilla, como para secársela con el puño de la camisa, y subió la escalera del estrecho porche. Cuando llegó a nuestra altura, Marta y yo dejamos libre el espacio frente a la puerta y descendimos hacia atrás, al primer peldaño.

—Se han mojado —dijo, entonces, mientras volvía a llevar el brazo a la mejilla arcillosa—. Esperen a que les dé una toalla.

Gracias a su última observación reparé en que él no parecía mojado, solo sus zapatos marrones de ciudad, que calzaba sobre los pies desnudos, lo parecían. Creo que Marta también lo observó, e insistió más nerviosa en su pregunta:

—¿Y nuestros amigos? ¿Ha pasado algo?

Por primera vez lo noté impaciente.

—No, nada, ¿por qué?

Nos había dado la espalda y estaba abriendo la puerta de su casa con una llave que había sacado de un escondite en el muro de adobe.

—Salimos esta mañana a navegar, pero tuvimos que regresar por culpa de la lluvia y han comido aquí —ladeó la cabeza hacia el lateral del cobertizo—. Se han ido hace un rato, cuando dejó de llover. Los he acompañado hasta la mitad del camino.

Había conseguido abrir la puerta, pero, en lugar de entrar, se había vuelto hacia nosotros y nos miraba, con el cuerpo erguido, como si quisiera hacer frente a cualquier posible suspicacia acerca de su repentina amistad con nuestros compañeros de excursión. Parecía un gigante. Detrás de él, en la penumbra de la casa, vi el resplandor de un fuego y unos ojos que desde la oscuridad nos observaban. También vi, pero de eso no estoy seguro, un húmedo reflejo purpúreo en la mejilla que por dos veces se había frotado con la manga de su camisa.

No esperamos a que nos diera la toalla. Marta le pidió que nos indicara el camino más corto para llegar a nuestro alojamiento, nos lo señaló, y lo dejamos con la palabra en la boca, invitándonos otra vez a cenar con él y ofreciéndose a acompañarnos más tarde, como había hecho con los alemanes.

No recuerdo nada del regreso; tan solo que fue Marta la que llevó la iniciativa durante la mayor parte del tiempo y que nuevamente lo hicimos en silencio. Caminamos deprisa, casi corriendo. Volvimos a perdernos, pero no tan a menudo como a la ida. No sé lo que pensaba. No me hacía preguntas. No pensaba en los alemanes ni en Marta ni en mí. Tenía la sensación de que mi triunfo había sido efímero, de que nunca había sido mío, ni tal vez de Marta, y me limitaba a ir tras ella sin pensar en nada ni sentir inquietud por lo que ella pensaba, si esperaba algo del futuro o si creía que nosotros lo teníamos. La frágil balsa que habíamos fletado había hecho agua y estábamos de vuelta a nuestra isla, otra vez espalda contra espalda.

Era ya noche cerrada cuando llegamos al portón. Nos abrió el hospedero.

—Sus amigos acaban de llegar —anunció, como habitualmente, dirigiéndose solo a mí.

Subimos las escaleras casi a la carrera, y, al desembocar en la azotea, allí estaban en efecto los dos, sentados en las esteras en las que ya era costumbre que Marta y yo distrajéramos nuestras diferencias aguardando, impacientes, su llegada. Él sonreía ufano mientras que ella, con el pelo sobre el rostro, me pareció que tenía el dedo índice de una mano metido en

la boca, como si se estuviera quitando un padraastro o se lavara una herida con saliva.

—¿Ves como no había nada de lo que preocuparse? —susurré a Marta.  
Mucho más tarde, en la cama, quise abrazarla, pero se zafó.



# CAUTIVOS

Conocí a Guillermo Cunningham de un modo completamente anodino, tras una cena de Nochebuena en la que yo todavía compartía mesa con los menores de la familia y él apareció a los postres para recoger a mi prima Alicia. Hasta que hace veinte años el relevo generacional trajo consigo nuevas costumbres, solíamos reunirnos en casa de una tía tres ramas de mi familia paterna, la mía, con mi abuelo a la cabeza, y las de sus hermanos con sus respectivas proles. Un ejército poliédrico de parentescos sanguíneos y políticos en el que confluían cada año padres, abuelos, hermanos, tíos, primos, cuñados, suegros... en una suerte de ceremonia autoafirmativa que no tenía otra finalidad que establecer cierta continuidad con tiempos pasados en los que los fastos multitudinarios habían sido más frecuentes, pues se contaba con recursos para sufragarlos sin que las molestias ocasionadas menguaran las escasas alegrías que proporcionaban. Descontando los de los muy pequeños y los de quienes, como yo, recién habíamos salido de la pubertad, no creo que fueran menos de cuarenta pares de ojos a los que debió enfrentarse el pobre Guillermo Cunningham en su presentación oficial, cuarenta pares de ojos e igual número de oídos atentos a sus horrorizados balbuceos. No se le pusieron las cosas fáciles. Mi prima Alicia, que era la única de la familia que no trataba de paliar con insufrible afectación la aguda conciencia de la decadencia familiar, carecía, en cambio, de carácter y no supo evitar que su noviazgo fuera objeto de debate a pesar de que la persona elegida superaba con creces las expectativas de quienes se arrogaban el derecho de juzgarlo. Guillermo Cunningham tenía más dinero, más mundo, era definitivamente más culto que todos los miembros de nuestra familia, y solo tenía en su contra un apellido

extranjero que evocaba unos imprecisos orígenes sociales, como imprecisos eran los orígenes de su riqueza, una cantidad indeterminada de rentas que nadie sabía de dónde provenían y, lo que se consideraba más grave, que probablemente no se verían incrementadas, dado su desinterés en vincularlas a un negocio. No creo, con todo, que a los padres de Alicia, ni a ningún adulto de la familia, se les pasara por la cabeza obstaculizar seriamente el noviazgo. Cuando se ha tenido dinero y ya no se dispone de él, la posibilidad de emparentar con quien lo posee resulta mucho más tentadora que cuando nunca se ha tenido. No, el combate en el que andaban metidos era tan mezquino como simple: se trataba de hacerse valer, de reivindicarse, de vender cara la mercancía. Había que poner las cosas difíciles al comprador, fagocitarlo, obligarlo a asumir como propias las taras de la familia, que la abrazara en su conjunto, que no soñara con formar una célula aparte. Y, por supuesto, las objeciones eran mayores cuanto menor era el grado de consanguinidad con Alicia: se desorbitaban hasta el ridículo por parte de los tíos y tíos abuelos, y disminuían hasta lo testimonial por parte de sus padres, aunque no de nuestro abuelo, el más dispuesto a atrincherarse en un rancio orgullo de casta heredero del tradicionalismo en que habían militado los hombres de la familia hasta mediados de los años treinta del siglo xx. Guillermo Cunningham no solo no se dedicaba a nada en particular sino que tenía un apellido protestante que lo hacía inevitablemente sospechoso a pesar de la firmeza con la que, siempre que alguien lo señalaba, Alicia se apresuraba a declarar que su familia era española y católica desde hacía tres generaciones.

Pero el objeto de mi relato no es referir las dificultades con que se topó Guillermo Cunningham en su objetivo de vivir con Alicia, si bien estas habrían desanimado a muchos no tan pertinaces. Tuvo que emplear infinita paciencia para desenmarañar los numerosos lazos de los que Alicia era cautiva. Tuvo que hacer de tripas corazón, callarse sus opiniones sobre casi todo y dar por buenas otras que no compartía; plegarse a costumbres ajenas, contenerse ante convenciones que hoy solo provocarían risa. Tuvo que asumir el rol de prometido en cada bautizo y boda familiar, en cada Nochebuena a la que, como a aquella en que lo conocimos, invariablemente debía llegar a los postres y tan solo le estaba permitido llevarse a Alicia un

par de horas. Tuvo que ocultarse, que disimular. Tuvo que aprender a verla vestirse de madrugada para salir a la fría noche; que conformarse con la promesa de remotos fines de semana en los que se atrevería a fabular una mentira para quedarse con él; que improvisar salidas airoas ante situaciones embarazosas. Tuvo que dejar ofrendas florales en el santuario del pueblo de donde procedíamos, tuvo que mantener una entrevista con el consejero espiritual de la familia, y, cuando por fin todos los ritos fueron cumplidos, tuvo que casarse en una ceremonia en la que, además de escuchar inusitadas soflamas políticas al cura, los apenas cuatro invitados que vinieron de su lado fueron borrados por los más de doscientos que acudimos de parte de Alicia.

No es de extrañar, dadas las circunstancias, que cuando sus destinos estuvieron unidos y nadie pudo ya impedirselo, Guillermo se llevara a Alicia lo más lejos posible. Entonces no me ponían al tanto de los asuntos de los mayores, pero hasta mí llegaron ecos de algún intento familiar de convencer a Alicia de que, ya que Guillermo no estaba dispuesto a emplear su fortuna en nada de provecho, por lo menos ella sí montara algún negocio con dinero de él. No fue, claro, una iniciativa desinteresada. En ella influyeron tanto el ambivalente orgullo familiar, reacio a que Alicia se convirtiera en una mantenida, como las perspectivas de aprovechamiento que una iniciativa así abriría para otros miembros del clan. No sé qué planes no pasaron del estadio de elucubración en reuniones donde Alicia no estaba presente y cuáles se le propusieron. Se habló, recuerdo, de que montara un vivero, también de tiendas de ropa y de muebles, de un anticuario y hasta de que resucitara la vieja fábrica familiar. Según tengo entendido, Alicia no aceptó ninguna de esas sugerencias, con lo cual es probable que ni siquiera llegasen a oídos de Guillermo Cunningham; aunque sé que hubo quien pensó en recurrir a él, alarmado con la excusa que Alicia argüía para rechazarlas: su intención de prepararse, como siempre fue su deseo, para ser profesora de literatura en un instituto público. Eso repetía Alicia a quien quisiera oírlo, y nadie dudó de que, a su vuelta del viaje de novios, sería eso a lo que acabaría dedicándose. Lo que ni ella podía prever era que el viaje duraría tanto.

Nos encontramos la víspera de su partida con ocasión de una merienda que organizó en su casa, un apartamento cercano al palacio real que Guillermo había comprado meses antes de la boda. Con la excusa de que era su regalo de bodas a Alicia, no había querido enseñárselo a nadie. Había intentado salvaguardarlo así de incómodas sugerencias decorativas, y, a juzgar por el resultado, parecía que se había esmerado para que no quedara un resquicio en el que intervenir. No solo contaba con todo lo necesario, sino que cada elemento había sido emplazado según una idea del confort que, por su sobriedad, no era susceptible de alterarse sin alterar la explícita estética de la que nacía. Es probable que si Guillermo hubiera optado por una decoración más abigarrada, como la que eligió para la que sería su última casa, el efecto final no habría sido tan refractario a cualquier intromisión. Aquella era, por el contrario, una obra acabada, cerrada en sí misma, y, precisamente por eso, difícilmente cuestionable incluso por quienes no compartían su refinamiento. Creo que el silencio que provocó en mi familia, mezcla de desconcierto y de miedo a no acertar con el comentario, fue el único reconocimiento que obtuvo Guillermo Cunningham. Pese a su elegancia natural, la misma Alicia parecía intimidada, perdida en un decorado ajeno. Era la primera vez que ejercía de anfitriona y había dispuesto todo a conciencia, dividida entre dos objetivos irreconciliables: exhibirse ante sus padres y complacer a Guillermo. Esta dualidad se reflejaba en el contenido de la merienda: por un lado, elementos típicos de una merienda española tradicional, chocolate, torrijas, picatostes..., y, por otro, pastas, sándwiches y té. Aparte del exceso de comida, la principal consecuencia fue que Alicia consumió su tiempo haciendo viajes entre la cocina y el salón. En uno de ellos, me pidió que la acompañara. Desde que había descubierto que, entre sus primos menores, yo era el único que compartía su afición lectora, acostumbraba a hacer apartes conmigo en los que me interrogaba por los libros que leía y me regalaba etéreos vislumbres de su intimidad. Gracias a ellos, a pesar de los siete años que nos separaban, habíamos ido cimentando una de esas amistades, no exentas de cierto inocente flirteo, mediante las que un adulto utiliza su ascendente sobre un menor para darle seguridad y ofrecerse como referente. No me extrañaría que Alicia, tan deliciosamente concienzuda, se

viera a sí misma en esa misión como el escultor que, con escoplo y cincel, intenta sacar de un bloque de piedra el volumen que mejor se adapta a su morfología; lo que seguramente no sospechaba era la frecuencia con la que yo deseaba llevar el mito de Pigmalión a sus últimas consecuencias para convertirme en su Galatea. Aquella tarde me había llevado a la cocina con la excusa de añadir agua a la tetera, pero estaba claro que su objetivo era demostrarme que podía seguir contando con ella a pesar de su nueva condición de mujer casada. Tras las preguntas rituales acerca de mis lecturas, me habló del viaje que se disponía a emprender. Ya lo había hecho en el salón ante una audiencia mayor, pero, mientras que entonces, a instancias de esta, se había visto obligada a enfatizar su destino final, Nueva York, donde se quedarían la mitad de los cuatro meses que permanecerían fuera, ahora me dio cuenta detallada de la ristra de lugares por los que pasarían previamente. Prometió escribirme y me advirtió de que, durante esa primera etapa, no podría recibir mis cartas, pero que, en cuanto se instalara en Nueva York, esperaba que le escribiera regularmente. La cálida demora con la que me miró al cesar de hablar, sonriente, como si quisiera retener mi imagen en la retina de sus ojos verdes, es el recuerdo más vívido que conservo de esa tarde, el que mejor resume la época que clausuró. Regresamos al salón apresurados, acuciados por nuestra desconsideración hacia Guillermo. Mientras yo volvía a tomar asiento, Alicia prefirió quedarse detrás de su butaca. Apoyó cariñosamente las manos en sus hombros, y él respondió dedicándole una breve caricia. Parecía tranquilo, pero el leve balanceo de la pierna que mantenía montada sobre la otra indicaba lo contrario. La conversación giraba en torno a la casa, que alguien había juzgado un tanto pequeña, y varias voces, jubilosas por haber encontrado algo en lo que mostrar su desaprobación, así lo habían corroborado.

—Oh, bueno —se defendió Guillermo— tan solo es un *pied-à-terre*.

—¿Y cuando tengáis hijos? —insistió alguien.

—¿Cómo que un *pied-à-terre*? —preguntó Alicia.

Alicia cumplió su promesa y fui recibiendo postales de casi todos los lugares que visitaron, así como algunas cartas. Las postales seguían un mismo patrón. Aunque se dirigía a mí con el apodo familiar y en la

despedida se mostraba especialmente cariñosa, era obvio que las redactaba junto a otras muchas; es probable que sentada con Guillermo en un café. En ellas daba cuenta de su situación, mencionaba un lugar que había visitado o se proponía visitar, y se despedía con una broma acerca de su siguiente destino. A veces sustituía la broma por algo inequívocamente dedicado a mí, en lo que se notaba que había puesto más atención, como cuando me envió desde Yale un retrato de Scott Fitzgerald con Zelda y terminó el texto con un *A este lado del paraíso, Alicia*, o como cuando desde Pennsylvania me advirtió de que se proponía coger el mismo tren nocturno en el que Holden, el chico de *El guardián entre el centeno*, huye del colegio rumbo a Nueva York. Lo habitual, sin embargo, era que esos detalles los reservara para las cartas. Eran breves, escritas en cuartillas arrancadas de un cuaderno de espiral, y, antes de que su viaje se perpetuara, no recibí muchas, tal vez cuatro o cinco. Me acuerdo de una en la que se quejaba del húmedo calor del sur y, evocando *Otras voces, otros ámbitos* y *El corazón es un cazador solitario*, añadía que ahora admiraba todavía más a Capote y a McCullers, pero sobre todo recuerdo el paralelismo que hacía en otra de ellas entre su peregrinar por las carreteras de Estados Unidos y el de Lolita con Humbert Humbert. Me acuerdo, porque acababa de leer la novela de Nabokov, y, durante toda la lectura, no había cesado de imaginarme a Alicia como Lolita y a Guillermo Cunningham como Humbert Humbert. Por desgracia no conservo ninguna de esas cartas, pero, desde luego, no alentaban semejantes fantasías. Hasta donde puedo recordar, eran cartas normales, apresuradas y felices como son las de cualquier recién casado que está realizando el primer gran viaje de su vida y cuyo único defecto es querer mucho a demasiada gente. De tener alguna peculiaridad, residía en el desplazamiento constante que los matasellos revelaban. Y, por supuesto, no fueron menos predecibles las que empezó a enviar desde Nueva York, tanto a mis padres como a mí, cuando al fin llegaron a la ciudad. En los primeros días eran ritualmente exclamativas; luego aparecieron detalles a vuela pluma de su vida cotidiana, descripciones de la casa donde vivían, de la rutina que iba imponiéndose, de la gente que trataban; y acabaron siendo más perezosas y lacónicas a medida que lo que reseñaba en ellas no era tanto el exterior, lo que veía o descubría, como lo que sentía y pensaba. Puesto que no habían

fijado una fecha exacta para su vuelta, cuando los dos meses que iban a permanecer en Nueva York se cumplieron, no se sintió Alicia impelida a dar una explicación para la demora, sino que aguardó a recibir desde España los ecos de la creciente inquietud familiar. Y tampoco entonces, debido quizá a que la decisión no era suya, supo dar una razón convincente. Las referencias a Guillermo, que hasta ese momento habían sido escasas, empezaron a abundar (*Guillermo quiere, Guillermo dice, Guillermo necesita*), al tiempo que proliferaban las excusas para retrasar un poco más el regreso, y de pronto, de un modo natural, dio por hecho que este no sería por ahora definitivo, sino en todo caso temporal, en Navidad o al siguiente verano.

¿Qué quería Guillermo, qué decía, qué necesitaba? Alicia no lo especificaba. Tan pronto sacaba a relucir la Universidad de Columbia y mencionaba la posibilidad de realizar ambos algún posgrado, como se refería a la afición de Guillermo al cine y las artes plásticas, o aludía a su intención, por supuesto no lucrativa, de aprovechar sus muchos contactos para ejercer o bien de olfateador cultural, de *scout* según el término inglés, para galerías y editoriales españolas necesitadas de conocer lo que sucedía en la escena neoyorquina, o bien de asesor de instituciones españolas interesadas en organizar eventos en Estados Unidos o radicarse allí. Algo se movía en el interior de Guillermo, parecía indicarnos Alicia, aunque nunca terminaba de señalar cuál de sus distintos proyectos cobraría a la postre más sentido, cuál intentaría poner en práctica antes. Tampoco sobre sí misma se mostraba explícita. Decía mantener sus planes de ser profesora de literatura, y alguna vez llegó a anunciar que había empezado a estudiar las oposiciones, pero lo cierto es que parece poco probable que fuera así.

Mientras tanto, nuestra relación se resintió. Cuando quedó establecido que se quedaría a vivir en Estados Unidos, la frecuencia de sus cartas languideció, hasta que dejaron de llegar. Si resulta difícil mantener un epistolario durante largo tiempo, tanto más lo es mantenerlo con alguien que ya no es previsiblemente como recuerdas que era. Yo no era ya un niño cuando se marchó Alicia, pero la certeza de que alguna transformación habría experimentado desde el día de la merienda en su casa debió de restarle confianza para salvar, mediante la escritura, la distancia

generacional entre nosotros. Probablemente yo mismo contribuí permitiendo que una inseguridad similar contaminara mis últimas cartas. Es extraño lo rápido que los dos asumimos que deberíamos esperar para restablecer nuestra antigua complicidad. El caso es que dejó de escribirme y, por el contrario, empezaron a llegarme, a través de terceros, insistentes invitaciones para que la visitara en Nueva York. Como tardé en hacerlo, durante mucho tiempo tuve que conformarme con las discordantes noticias que traían sus padres y hermanos; los unos, recelosos de su modo de vida con Guillermo, que juzgaban extravagante, y, los otros, admirados y aturcidos. Antes de que pudiese juzgar por mí mismo, me reencontré con ella en dos Navidades que visitó a su familia en Madrid, ambas ocasiones demasiado breves y con demasiado barullo alrededor para que nada germinase. La Alicia que entreví en esos encuentros apenas había cambiado en su compulsiva disposición a complacer, en su insistente darse a los demás, si bien un aplomo indefinible tornaba más difícil que en el pasado su afán por la invisibilidad, por pasar inadvertida y anularse. Más allá, sin embargo, de considerarlo consecuencia de su nueva experiencia mundana, que la había hecho ganar desenvoltura y confianza, supuse, y la constatación tuve que aplazarla hasta mi viaje a Nueva York, que no se trataba tanto de una serenidad verdadera, el rescoldo de su antiguo candor depurado y robustecido, como de la máscara con que se cubre quien se ha entrenado en una renuncia y comienza a intuir sus sinuosos caminos. Nada supimos de Guillermo. O no la acompañó a Madrid o se excluyó de los compromisos familiares.

Llegué a Nueva York un año antes de cumplir la edad que Alicia tenía cuando se casó con Guillermo Cunningham, y no hice, claro está, el viaje con la única intención de visitarlos. Alicia me proporcionaba un trampolín para conocer la ciudad, y mi afán primordial fue servirme de él. No creo que ella esperara otra cosa.

La encontré al final de la zona de tránsito del JFK con un ramo de flores, que me entregó después de abrazarme y besarme efusivamente.

—Guillermo ha preferido quedarse en casa, pero está encantado de que hayas venido.



Parecía feliz de verme. Era la víspera de Navidad y habían invitado a unos amigos a cenar. Nerviosa, sin darse un respiro, no cesaba de hablar y de hacerme preguntas mientras caminábamos hacia el aparcamiento, donde dijo que nos esperaba un amigo.

—Tenemos un coche —me explicó—, pero es muy antiguo, un Bentley casi de museo, y yo no me atrevo a usarlo. Lo utiliza Guillermo.

En el aparcamiento lo que nos aguardaba era un taxi convencional. Seguramente Alicia había querido sorprenderme, ya que, cuando fui a darle la maleta al conductor, me advirtió:

—Este es mi amigo Rodrigo. Es escritor, de Costa Rica. Desde que supe que conducía un taxi, ya no utilizo otro. Cuando está de servicio, claro. Si no, prefiero que escriba. Es muy bueno.

—Aquí todo el mundo vive de lo que puede —terció él, sonriente. Era alto y delgado, y ni sus maneras ni su apariencia recordaban las de los taxistas a los que estaba habituado en Madrid.

Alicia se sentó conmigo en la trasera del coche, pero dejó abierta la ventana de la cabina y se pasó el trayecto compitiendo con Rodrigo en desgranar lo que debería ver en la ciudad. Aunque Alicia me había prevenido acerca del frío, no estaba preparado para que fuera tan intenso y aterido y cautivado con lo que veía a través de la ventanilla, apenas les presté atención ni al rodar por carreteras nevadas en dirección a Manhattan ni cuando por fin cruzamos el puente Williamsburg. Hacía cinco años de la muerte de John Lennon, gobernaba aún Ronald Reagan, y en ninguna de las ciudades que conocía recordaba tanto color; en la ropa de la gente, en los letreros de las tiendas, en la omnipresente bandera... Cuando por fin nos detuvimos, Alicia pretendió que Rodrigo nos acompañara.

—Solo un rato. Pones el taxímetro y te pago como si fuera una carrera.

Rodrigo se rio por la ocurrencia, pero arguyó que tenía que llevar el coche al taller y se marchó tras quedar en vernos al día siguiente.

—Tendrá otros planes —me explicó Alicia. Habíamos entrado en el portal y estábamos tomando el ascensor, un montacargas de apariencia industrial—. No le gustan los amigos de Guillermo, los llama *las celebrities*. Los encuentra demasiado esnobs. Tiene razón, supongo.

—¿Son famosos? —pregunté un poco por decir algo, intimidado, de pronto, por el novedoso tono que empleaba conmigo: como si no fuera su primo menor sino un amigo.

—No, en absoluto —se rio—. Lo de *celebrities* es una ironía. Lo dice por el aire que se dan algunos. Sobre todo los que le caen mal...

Ahora era ella la que intentaba ser irónica. Habíamos llegado a un rellano rectangular al que daban dos puertas. El *loft* que apareció ante mí, una vez que Alicia abrió una de ellas, merecía sin discusión el calificativo de *espectacular*: doscientos metros diáfanos de salón con la cocina integrada, y una segunda planta, sobre la mitad del espacio, hasta donde podía ver también diáfana. Los techos de la zona de más altura tenían por lo menos ocho metros, y, entre los muchos cuadros que colgaban de las paredes, los de gran formato parecían expresamente hechos para esas dimensiones. En comparación, los muebles parecían escasos. Había butacas, estanterías, dos o tres sofás y una mesa de comedor dispuesta ya para la cena. Guillermo estaba en la cocina con dos chinos uniformados de negro, los empleados del cáterin.

—No seremos muchos —me anunció Alicia—. Aunque luego quizá venga más gente a tomar una copa.

Para entonces, Guillermo había venido hacia nosotros y me abrazaba casi tan calurosamente como Alicia en el aeropuerto. Al contrario que a ella, no lo había visto desde su marcha de Madrid, y me llevó unos segundos adaptar al presente la imagen que retenía en mi memoria. Lo encontré delgado, ligeramente endurecidos los rasgos de la cara, y, sobre todo, con una remarcada conciencia de sí mismo en el vestir, un excesivo atildamiento, que no recordaba tan pronunciado.

—Vamos a hacer todo lo posible para que disfrutes de estos días —me dijo. Y luego, al ver que Alicia se iba hacia los camareros, agregó para ella —: Cariño, no te preocupes de nada. Ocúpate solo de estar guapa. Lo tengo todo dominado.

Media hora después había llegado el primer invitado, y apenas hubieron transcurrido diez minutos más lo hizo el resto; seis en total, si recuerdo bien: un inglés que fumaba con una boquilla de marfil unos cigarrillos largos y finos, y que al parecer era jefe, en Nueva York, de la sección

italiana de Sotheby's o de Christie's; una editora del *Vanity Fair*, apellidada Cohen, ataviada con un vestido de dos cuerpos como de intelectual feminista de entreguerras; un profesor de Psicología de la Universidad de Nueva York que no cesó de hacernos fotos con una polaroid; un escultor, mayor y muy bronceado, que había vivido en Ibiza y Capri; y una pareja de aspecto estudiadamente andrógino, no sabría decir si hermanos, ella creo que diseñadora de ropa y él fotógrafo.

Como es natural, estuve tímido y retraído durante la cena, en parte porque no había acostumbrado mi oído al inglés. Antes de sentarnos, temí que Alicia se esforzara por integrarme, pero, salvo por sus frecuentes miradas de reconocimiento, procuró dejarme en un confortable segundo plano. Ella misma, pese a que sus invitados la incluían en sus comentarios tanto como a Guillermo, no participó demasiado en la conversación. Creo que los dos respiramos aliviados cuando volvió a sonar el timbre. Habíamos dejado ya la mesa y ocupábamos los sofás.

—Ya vienen tus amigos —le dijo Guillermo en español—. Tu prima tiene una colección de amigos verdaderamente notable —añadió para mí—. Todos muy brillantes, aunque algo crápulas.

—También son tus amigos—le corrigió ella.

—Sí, pero tú eres la estrella.

En el tono de Guillermo no se percibía reproche. Había tratado de resultarme amable gastando una broma a Alicia, y no cabía dudar de la sonrisa con la que ella correspondió mientras se levantaba para abrir la puerta.

Quien llegó fue un pintor español, tocayo de Guillermo, al que, para distinguirlo de él, llamaban Guillermo el sevillano. Dedicó un saludo general a los presentes, me tendió la mano diciendo que ya sabía que era el primo de Alicia, y abrazó a Guillermo.

—¿Cómo no has venido a cenar? — preguntó este, al deshacer el abrazo.

—Ya sabes que soy un culo inquieto. Vengo de Brooklyn y me temo que, como acostumbro, pretendo robarte a tu mujer.

Guillermo se rio, y Alicia proclamó que solo saldría con él si yo los acompañaba. Supe que no bromeaba porque, antes de conducir al nuevo Guillermo adonde estábamos, se había demorado unos instantes con él junto a la puerta.

—Hoy es Nochebuena, seguro que todos los irlandeses están cerrados —anunció cuando salíamos—. Tendremos que ir a un club.

Acabamos yendo a tres, el último creo que Studio 54, y muy pronto perdí la cuenta de la gente que Alicia me presentó. Si no llega a ser por la dura jornada turística que me reservaba para el día siguiente, habríamos continuado hasta la mañana. Regresamos a casa pasadas las cinco. Aún no había conciliado el sueño en la cama que Alicia me había preparado en uno de los sofás, cuando se abrió la puerta de la calle y vi la sombra de Guillermo subir las escaleras del segundo piso. Me extrañó, ya que lo creía en casa, pero no tardé en dormirme. Después, tuve uno de esos sueños en los que eres consciente a medias de que estás soñando. Agitado y molesto por un sonido suave y agudo que se repetía, pensaba que era un ventilador y quería levantarme a apagarlo, pero de pronto, soñando aún, recuerdo que me dije: *qué tontería, no puede ser, es diciembre y estoy en Nueva York. Es alguien llorando.*

A la mañana siguiente no vi a Guillermo. Alicia me despertó ya vestida y me explicó que no se encontraba bien y que nos reuniríamos con él por la tarde. Le sugerí que se quedara para acompañarlo, pero no quiso. *¿Estás loco? ¿Dejarte solo en tu primer día en Nueva York?* Se mostró tan firme que no insistí. Desayunamos fuera y, tras encontrar el Guggenheim y el Whitney cerrados, no nos arriesgamos con ningún otro museo. Caminamos un trecho por la Quinta Avenida, interrumpidos por impasibles porteros que corrían a abrir puertas de taxis o venían de ellos escoltando a ancianas cargadas de joyas, cruzamos a Central Park, nos detuvimos ante el edificio Dakota, contemplamos las piruetas de los patinadores del Rockefeller Center y acabamos tomando el metro hasta Chinatown, donde Alicia pensó que nos sería más fácil encontrar un buen restaurante abierto. Desde allí llamó a Guillermo. La vi insertar la moneda en el teléfono, marcar, reclinarsse en la pared, taparse un oído, hablar lenta, concentradamente; la vi escuchar, apaciguar una inquietud de la que nadie habría dicho que era

presa, sonreír sin saber que sonreía; la vi enderezarse, separarse de la pared, despedirse con calma, colgar, quedarse ajena al mundo con la mano en el auricular, y la vi volver en sí y volver a marcar como si fuera otra persona, con cierta prisa, como quien se precipita al agua en una calurosa sobremesa.

—Guillermo no viene —me dijo al regresar—. Ya está bien, pero tiene cosas que hacer... He llamado a una amiga que vive cerca. Es medio vietnamita medio cubana. Curiosa mezcla, ¿no? Su padre estuvo en Vietnam al principio de la guerra, como sanitario en las filas del Vietcong. Después desertó, o se pasó al otro lado, y se la trajo con él. Ella nunca se lo perdonó porque la apartó de su madre y después no fue precisamente un buen padre. Es muy inteligente, pero muy solitaria. Demasiado. Yo trato de que salga y se divierta. Le he presentado a todos mis amigos, pero no hay manera. A ver si contigo hay más suerte. ¿Te imaginas que os gustáis?

Alicia dejó a un lado la carta, que había hojeado distraídamente, me miró y, antes de que me diera tiempo a salir del atolladero, se rio de sí misma, consciente de que no debía de sentirme cómodo.

—Perdona, qué tontería. No soporto la infelicidad, y a veces tengo la tentación de arreglar la vida a los demás. Pensándolo bien, no te conviene. Es una persona marcada, y debes huir de la gente así. Hazme caso. Por mucho que te cueste o por muy enamorado que estés, a la menor intuición de que alguien es problemático, desaparece.

Esa tarde, tras separarnos de su amiga en la puerta del restaurante, Alicia se detuvo ante la primera cabina. De nuevo la vi taparse el oído y mirar al suelo y hablar y escuchar solícitamente. Esta vez, sin embargo, después de colgar no se quedó ensimismada ni se demoró con una segunda llamada; salió y me anunció que Guillermo nos esperaba en el Blue Bar del Hotel Algonquin. *El bar favorito de Dorothy Parker. ¿La has leído?* Luego miró el reloj y consideró si coger un taxi, pero optó por ir a pie.

Guillermo nos aguardaba en la barra. Estaba de espaldas, hablando con un hombre sentado a su derecha, e iba vestido con el mismo redundante esmero de la noche anterior. Me pareció que Alicia aminoraba el paso, como si dudara si acercarse, pero en ese mismo instante Guillermo se volvió y nos descubrió.

—He traído el coche —nos anunció—. Se me ha ocurrido que podemos cenar fuera de Manhattan. ¿Te acuerdas de ese restaurante al que fuimos en East Hampton?

Alicia protestó levemente, arguyendo que habíamos pasado el día fuera de casa y que ni ella ni yo íbamos adecuadamente vestidos, pero Guillermo insistió:

—Os llevo a casa para que os deis una ducha rápida y salimos, es hora y media de camino.

En ese momento, el hombre con el que Guillermo estaba hablando cuando entramos se dio la vuelta y dijo que no nos lo aconsejaba.

—Ha nevado mucho allí —explicó—, la carretera debe de estar mal.

Me di cuenta de que a Guillermo lo contrariaba la noticia y de que un desánimo solidario cundía en Alicia.

—Lo intentamos, si quieres —le ofreció.

Guillermo lo barruntó, y, sin mirarnos, habló como para sí mismo:

—No, no tiene sentido. Os he estropeado la tarde.

—Qué tontería —replicó Alicia—. Tomamos una copa aquí y luego nos vamos a cenar a cualquier sitio... ¡A Brooklyn! Cruzamos el puente y vemos las luces de Manhattan.

—¿Te ha contado Alicia que en este hotel si eres escritor te hacen un importante descuento?

Durante un rato, pareció que Guillermo remontaba su decepción y se dejaba involucrar en los planes de Alicia, pero, para cuando terminamos los dry martinis que pedimos, decidió irse a casa. *No me encuentro bien. Seguid vosotros.* Alicia se levantó tras él y le susurró algo al oído. Guillermo negó con la cabeza y se despidió de mí con un lacónico: *cuídala, no me la merezco.* Sorprendido y preocupado, sugerí a Alicia que lo acompañáramos, pero no quiso. *Es mejor que no. Está atravesando una mala época. No te creas que es siempre así.*

Esa noche Alicia y yo acabamos cenando en casa de uno de sus amigos. A pesar de que no lo demostró, creo que, al igual que yo, no dejó de pensar en Guillermo. Regresamos pronto a casa, sin pasar por ningún bar, pero

Guillermo no estaba. No lo supe entonces, sino que, como la noche anterior, me despertó la puerta y lo descubrí entrando de puntillas.

Doce días después, cuando dejé Nueva York, seguía acumulando razones para la extrañeza. Nada significativo sucedió en esos últimos días entre Alicia y Guillermo, nada distinto de lo que había observado en los primeros, y, sin embargo, hasta el mismo momento de mi partida no me desembaracé de la sensación de que algo revelador terminaría por ocurrir. Pasé la mayor parte del tiempo con Alicia, sometido a su desaforado ritmo. Ni siquiera consintió ahorrarse los ritos turísticos más convencionales, no me dejó un minuto; sola o de la mano de alguno de sus incontables amigos, me llevó a todas partes y me enseñó lo que por mi cuenta difícilmente habría conocido; fue la mejor anfitriona que quepa imaginar. También Guillermo, pese a sus oscilantes estados de ánimo, hizo cuanto pudo para que mi estancia fuera agradable y provechosa. Pero ¿por qué esa peculiar danza de acercamientos y retrocesos? ¿Por qué la desencantada melancolía que transmitía Alicia? ¿Por qué su apetito de entretenimiento constante? Me marché de Nueva York con una sensación parecida a la que deja un texto que no brinda todos sus significados en una primera lectura; seguro de tener las piezas del puzle pero sin haber encontrado la idea rectora para organizarlo. Durante dos semanas había asistido a una representación de índole hermética y lo que ahora se imponía era regresar a casa y coger el libreto para descifrarla. Ocurría que allí donde iba no lo tenía, y que, aunque hubiese dispuesto de uno, habría hecho lo posible por evitar la tarea. La obra vista me había producido más recelo que intriga y me había persuadido de que, más allá del efímero placer de la exégesis, lo que ocultaba no era ni edificante ni lo bastante significativo como para asumir despreocupadamente la carga que me legaría.

Después de mi llegada a Madrid, durante unos meses volví a recibir cartas y postales de Alicia. Otra vez parecían apresuradas, escritas entre otras muchas; solo que ahora apenas mencionaban la ciudad y no contenían referencias literarias. El entorno se dejaba ver entre líneas, a través de los hechos de los que daban cuenta. Alicia elegía las postales sin un criterio reconocible y escribía las cartas en todo tipo de papeles, como si nacieran de un arrebató y quisiera echarlas al correo antes de arrepentirse; a veces ni

siquiera las metía en un sobre, sino que doblaba el papel con una gota de pegamento. Unas y otras eran comunicaciones breves, descripciones ínfimas de algo trivial que había hecho o que se proponía hacer. Por ejemplo: *Hoy me he levantado temprano y he ido a pasear. Qué pena que no estés.* O bien: *esta noche he quedado con Rodrigo y con tu novia vietnamita, les daré recuerdos.* Constituían fragmentos nimios de su vida en los que pocas veces aludía a Guillermo. Ninguno era relevante en sí mismo, si bien el metatexto que en conjunto componían me informaba de que su vida no había cambiado. Creo que Alicia era consciente de que esa sería mi conclusión, y en cierto modo se complacía en fomentarla. Como no cabía esperar una confidencia, era su modo de confirmarme lo que sabía que yo sabía. Como si dijera: *lo que viste es lo que hay.* Prueba de ello es la insatisfecha ironía con la que en ocasiones se refería a sí misma en comentarios sutilmente autoacusadores: *como llevo una temporada muy atareada, he decidido darme un respiro.* No es probable que compartiera con nadie más este críptico modo de comunicación, desde luego no con sus padres y hermanos. Supongo que, aunque pequeña y sinuosa, necesitaba esa reserva de realidad, y que me eligió como confidente en atención a nuestra antigua complicidad. Y, como estaba al tanto de mi deseo de hacerme escritor, quién sabe si también con cierto afán pedagógico. Lo que nunca hizo fue apuntar al centro de su problema con Guillermo.

No recuerdo quién abandonó primero; no llegó a un año nuestra correspondencia. Lo que sí recuerdo es que, cuando se interrumpió, no lo lamenté. Hacía tiempo que no comprendía la cerrazón de Alicia en seguir atada a una vida que de forma tan evidente no la satisfacía, y me impacientaba su indecisión. Consideraba que, ya que parecía destinada a abandonar a Guillermo, toda demora era estúpida. Está claro que la subestimaba.

Transcurrieron años en los que tuve que hacerme a la idea de que la esperada ruptura no se produciría. Ellos continuaron viniendo de vez en cuando a Madrid, pero nunca nos encontramos. En parte se debió a que conseguí publicar mi primer libro y, gracias a eso, inicié una conveniente carrera de becario en diferentes lugares que me mantuvo por temporadas alejado de España; en parte a que, al desaparecer la generación de nuestros



abuelos, se hizo menos frecuente el contacto entre las distintas ramas de la familia; y en parte a que perdimos la costumbre. Otra vez tuve que habituarme a saber de ellos por terceros, y lo cierto es que, aunque me doliera coincidir parcialmente con el sentir de la familia, las noticias que recibía no eran buenas ni prometían serlo. No habían tenido hijos, pero, además, arrumbados sus fantasmagóricos proyectos a consecuencia del estéril paso del tiempo, inservibles las coartadas, se habían precipitado sin disimulo ni voluntad de enmienda en una existencia solo regida por el capricho. Por supuesto, hacía tiempo que no se tenía a Guillermo, pese a su dinero, por el buen partido que había sido, pero la misma Alicia, a quien el machista conservadurismo familiar había exonerado de culpa por su obligación de plegarse a los designios de su marido, era ya cuestionada por el reverso de ese mismo conservadurismo, según el cual el carácter femenino se demuestra logrando en la sombra, por oblicuos caminos, que los designios ajenos acaben por responder a los propios deseos. La principal demostración del fracaso de Alicia, más allá del conformismo que revelaba, era su renuncia inexplicable a que otros miembros de la familia sacaran provecho de la fortuna de Guillermo. Este reproche, aunque sin explícitar, se hallaba detrás de la indiferencia con la que, incluso sus hermanos, empezaron a hablar de ella o, lo que era peor, a callar. Nadie esperaba nada ni de Alicia ni de Guillermo, su opinión no se requería para solucionar eventuales disputas familiares, y sus visitas a Madrid, salvo por los padres de Alicia, no se aguardaban con la impaciencia de antaño. Nadie consideró que Alicia pudiera actuar movida por nobles intenciones. Nadie juzgó que la anomalía pudiera ser mayor de lo que parecía. Nadie reparó en que, descontentos e infelices, Guillermo y Alicia ensayaron diferentes soluciones, aunque todas estuvieran destinadas al fracaso. En el 91 dejaron Nueva York y fueron a vivir a Berlín, atraídos, como muchos, por el renacimiento cultural posterior a la caída del muro; en el 95 dejaron Berlín y se mudaron a Londres; en el 97, hartos de la *insularidad* inglesa, abandonaron Londres y pasaron dos años viajando por el sudeste asiático (Shanghái, Singapur, Hong Kong, Tokyo), hasta que, de vuelta a Europa, se instalaron en Italia, primero en Roma, y más tarde en una villa cercana a Arezzo. Imagino que en todos esos lugares sus costumbres siguieron siendo

similares a las que tenían en Nueva York. A Alicia no le sería difícil hacerse con un grupo de amistades lo suficientemente amplio como para asegurarse el entretenimiento, y Guillermo se dejaría seducir por las evanescentes posibilidades que se le brindasen de llevar una vida acorde con la que en cada momento constituía la idea que apetecía de sí mismo. Cómo fue, entre tanto, la evolución de su relación es algo que ignoro y que solo puedo presumir.

No volví a encontrarme con Alicia hasta la primavera de 2005, en el entierro de su padre. Me contó que habían dejado La Toscana para acompañarlo en el último trecho de su enfermedad y que, por esa razón, llevaba unos meses viviendo entre el apartamento que conservaban en Madrid y un cigarral en los montes de Toledo, donde la esperaba Guillermo.

—No ha podido venir —aclaró, con un énfasis lánguido que me inquietó.

—¿Le pasa algo?

Alicia respondió con una mirada de asentimiento y añadió:

—Esta vez no es ninguna tontería. ¿Por qué no vienes unos días? Le animará verte. Han pasado muchos años pero te hemos seguido en la distancia. Hemos leído tus libros. Estoy muy orgullosa.

Fui esa misma semana. Me llevó Alicia en coche. Era la primera vez que la veía conducir y se lo dije.

—Me acostumbré en Berlín —contestó—. Es tan grande y se pueden hacer excursiones tan bonitas... Luego, en La Toscana, me fue muy útil; de otro modo habríamos vivido muy aislados. Y ahora, claro.

—¿Os vais a quedar?

—Sí, nuestro nomadismo ha terminado. Guillermo necesita vivir en el campo, es lo más conveniente para su estado, y, ahora que se ha quedado sola, no me gustaría estar lejos de mi madre. Guillermo preferiría comprar una casa en La Vera o en la Sierra de Aracena, pero ya verás que esta no está nada mal. Tiene una finca muy grande y no sientes la presión urbanística de otras zonas de Toledo.

—Bueno, conociéndoos, habrá que ver cuánto aguantáis.

—De verdad que no. Es tarde para todo —aseveró ella, con una franqueza gélida que enseguida se apresuró a reparar—: Ya lo verás, es muy conveniente para lo que necesitamos.

Alicia tenía ahora cincuenta años, diecinueve más que cuando la visité en su *loft* de Nueva York, veinticinco más que cuando se fue de Madrid con Guillermo Cunningham. Decir que había envejecido resulta superfluo; cualquiera envejece en veinticinco años, también yo había envejecido. No era la misma, no podía serlo. Sin embargo, sí era tal y como la recordaba y, antes de encontrarnos, habría imaginado que seguiría. Quiero decir que el tiempo no la había hecho irreconocible ni una caricatura de lo que fue; no había engordado, no había afeado, no se había vulgarizado ni cambiado su estilo. Se había hecho mayor, nada más. Aparte de algunas arrugas alrededor de la boca y los ojos, de la piel menos luminosa, los años solo la habían empequeñecido. No se trataba de que hubiese menguado, era demasiado joven para eso. No consistía en un efecto enteramente físico. Sus gestos, su habla, eran más contenidos y, en consecuencia, daba la impresión de que todo en ella se había condensado, comprimido.

Más allá de esa contención hecha de silencios y de cierta desgana al encadenar las palabras, su forma de dirigirse a mí no traslucía el tiempo transcurrido. Me interrogó por mis libros y por mi vida como si apenas hubiésemos estado separados. Sí percibí, y me inquietó, que, igual que del humor, que parecía fuera de lugar, no quedase rastro de su antigua coquetería.

La finca estaba bastante apartada. Seguimos una pista de tierra y llegamos a un pequeño valle moteado de media docena de casonas de ladrillo separadas entre sí por extensos olivares y encinares en terraza.

—Encontrarás algo raro cómo vivimos —me previno Alicia al adentrarnos por un camino flanqueado por dos hileras de olmos—. Tenemos dos casas: la principal, el cigarral original, y una más pequeña, que se hizo en el xix como pabellón de recreo. Guillermo vive en la grande y yo en la pequeña. Además —añadió apresurada, como si quisiera dejar atrás ese divorcio de espacios del que se había visto obligada a advertirme—, hemos reformado un antiguo establo. En la parte trasera vive la familia que trabaja

para nosotros y, en la delantera, tenemos un cuarto independiente, casi un mini apartamento, que es donde te alojarás.

Alicia me llevó a mi cuarto, que, en efecto, era mucho mayor de lo que necesitaba. Además de la zona de dormir, que incluía el baño, y de la de trabajo, con una ancha mesa y un ventanal casi tan grande como las vistas a las que se asomaba, disponía de una amplia zona de estar y de una cocina americana. Después de mostrarme el jardín (césped, olivos, matas de azucenas y claveles), y de señalarme la terraza abierta al valle donde estaba la piscina, terminamos en su casa, de aspecto conventual, con un patio interior cubierto y dos plantas divididas en estancias simétricas sin más decoración que unos pocos muebles.

—Si te apetece, puedes ir a ver a Guillermo —me dijo cuando salimos. Como me quedé quieto, señaló la casa principal y añadió—: Lo encontrarás en el segundo piso. Te está esperando. Luego nos vemos.

La casa de Guillermo era lo opuesto a la de Alicia. Tras el zaguán, decorado con cuadros de diversas épocas, se alzaba una escalera que daba acceso, en la segunda planta, a una sucesión de salones sobrecargados de objetos y muebles antiguos elegidos sin ningún criterio de funcionalidad. En el último de ellos encontré a Guillermo y, nada más verlo, comprendí el tono grave de Alicia al hablarme de él en el entierro de su padre. Me esperaba en la que, a todas luces, era la biblioteca de la casa (a un lado, estanterías de estilo chippendale con libros encuadernados en piel, y, al otro, italianas de mármol con gruesos libros de arte). Estaba en un Chester negro, vestido con un traje crudo de hilo, y, el contraste de su extrema delgadez con el volumen del sofá y con la abigarrada densidad del entorno, me hizo pensar durante un segundo en un pájaro sin plumas.

Me quedé con Guillermo el resto de la tarde, aguardando la llegada de Alicia con la premonitoria convicción de que no vendría, de que ese extraño modo de vida al que había aludido a la entrada de la finca no se refería solo al divorcio de espacios sino a un divorcio más perturbador. Al igual que ella, Guillermo me preguntó por mis libros, me habló de los años pasados, de sus viajes, de las casas que habían tenido, pero ni la mencionó ni demostró inquietud por su ausencia. Una vez asumida la situación, me pregunté, perplejo, qué debía hacer, cómo tenía que comportarme:

¿moverme entre los dos mundos libremente, al capricho de mi voluntad? ¿O respetar las reglas que no conocía aguardando a que el siguiente paso me fuera indicado? Cuando estaba a punto de vencer la aprensión y preguntar a Guillermo, vino en mi ayuda la sirvienta, a la que hasta entonces no había visto.

—¿Dónde cenará el señor?

—Con la señora —respondió Guillermo, secamente.

Por un momento, creí que la pregunta de la mujer aludía a Guillermo en lugar de a mí, y tuve la efímera ilusión de haberme precipitado en sacar conclusiones. Fue Guillermo, tras esperar que aquella se retirara, quien diluyó el espejismo.

—Debes ir con Alicia. Te está esperando.

En consideración a su estado, obedecí sin preguntar; una atención que desde luego no me proponía respetar con Alicia. Me despedí con un mero *hasta mañana* y, hasta llegar a la escalera que conducía a la planta baja, deshice el camino dejándome aturdir por la sucesión de cómodas, de consolas, de espejos, de mármoles romanos, de máscaras africanas, de jarrones chinos, de divanes, de escritorios, de bargueños, de baúles y anaqueles y vitrinas que a su vez contenían una colección variopinta de iconos rusos, de cerámicas precolombinas, de vasijas griegas, de grabados japoneses, de tallas religiosas, de figuritas de art decó, de miniaturas de marfil, de relojes, de plumas, de exvotos...

Encontré a Alicia en el salón de su casa, sentada a una mesa en la que ya estaba preparado un servicio para dos.

—Explícamelo —le dije al sentarme.

Fui algo rudo y expeditivo, pero parecía esperarlo, ya que contestó enseguida:

—No hay mucho que explicar. Te aseguro que es un acuerdo tácito, lo mejor para los dos. Ninguno sale perdiendo.

—¿No os veis nunca?

—No, si podemos evitarlo.

—Pero habrá cosas que os sea necesario hacer juntos...

—Ninguna. De todo se ocupa el servicio. Más adelante es posible que tenga que acompañarlo a algo, pero hasta ahora no ha sucedido.

—Coincidiréis alguna vez.

—A veces es inevitable, sí, pero procuramos que cada uno tenga sus propios espacios. Él pasea por la parte que has visto del jardín y yo suelo ir más lejos, a los encinares de abajo.

—¿Y la piscina? —pregunté sin pensarlo, reacio a creer lo que estaba oyendo—. La usaréis los dos, supongo.

—Intentamos ir a distintas horas. Y, si no, él se queda en una zona y yo en la otra. De todas formas, como puedes imaginar, casi no va.

—Pero tendréis que hablar, que tomar decisiones en común.

—Lo hacemos a través del servicio, nos mandamos recados.

—¿Y si lo que debéis decidir les atañe a ellos?

Creí haber puesto en un brete a Alicia, pero ese fue el único momento en que esbozó una sonrisa.

—Usamos claves. Ni siquiera necesitamos ponernos de acuerdo. Por ejemplo: si me llega recado de que Guillermo ha recibido una llamada de su hermano diciéndole que no tiene dinero, ya sé que lo que quiere, por la razón que sea, es darles una propina. Es más fiable que las notas, que siempre pueden leerse.

—¿Pero es una locura! —exclamé.

—La locura es llevar tanto tiempo juntos —contestó Alicia—. Habernos destrozado la vida.

Su tono fue tan tajante, y tan demoledoras sus palabras, que fui incapaz de dar con un comentario adecuado. Estuve a punto de preguntarle el diagnóstico de Guillermo, pero me contuve. Empezamos a comer, y, durante un rato, no se oyó otra cosa que el ruido de los cubiertos al chocar contra los platos. Como si hubiera oído mis pensamientos, Alicia acabó por romper el silencio.

—Lo que te he contado es independiente de su enfermedad —dijo—. Guillermo ha estado enfermo mucho tiempo. Hemos tenido que recorrer un largo camino. Estamos al final.

—¿Es seguro eso?

—Completamente. Cuestión de meses. Pero no quiero hablar... Se me rompe el corazón. Guillermo ha sido toda mi vida. He crecido a su lado y lo quiero más que a mi propia familia... —la mirada de Alicia se humedeció—. No pasa nada, no te preocupes —aseveró, tajante, al notar que hacía ademán de levantarme—. No puedo evitar emocionarme, perdona.

—Pero, si es tan grave, ¿no sería mejor...?

No me dejó continuar. Se había llevado la servilleta a la cara y se estaba secando los párpados.

—Sí, ya lo sé. Piensas que deberíamos hacer una tregua.

No contesté.

—Lejos de ayudar, sería peor para los dos. Su muerte próxima no atenúa lo que nos ha traído aquí. No es fácil, te lo aseguro. Vivimos así porque es la única forma de no hacernos daño. Como te dije, es el resultado de un acuerdo tácito. Puede decirse, incluso, que fue Guillermo quien lo forzó.

—Pero ¿cuál es el problema? —me atreví a preguntar.

—¿El problema? —Alicia pareció sorprendida—. Sería fácil acusar a Guillermo, pero sería injusto. El problema somos los dos, lo que hemos hecho de nuestra vida. Guillermo es una persona débil, como sabes. Antojadiza, vulnerable, que ha fantaseado con hacer grandes cosas y no ha hecho ninguna; con tendencia a la depresión —hizo una pausa y me observó, no sé si para comprobar si la seguía o si dudando si seguir ella—, con una parte de sí mismo que no comparte conmigo, que tampoco asume y que le produce un terrible complejo de culpa. Al principio sufría crisis de angustia temporales, nada imposible de sobrellevar, pero, conforme el tiempo fue pasando y su insatisfacción creció, se hicieron más constantes. A veces se metía durante semanas en la cama repitiendo obsesivamente que me había destrozado la vida. También yo sufría al pensar que se la estaba destrozando a él. Me educaron para ser una esposa complaciente, para vivir sin preguntar, y durante años es lo que intenté. Me faltó decisión. No supe ayudarlo. Incluso tardé en aceptar que no estaba enamorada. Cuando lo supe ya era tarde.

—Pero ¿cuándo empezó todo esto? Esta forma de vida, quiero decir.

—Hace mucho. Ya era un poco así cuando estuviste en Nueva York. Pero de una manera sistemática, en La Toscana. Nos trasladamos allí por eso. En una ciudad, en un piso, habría sido casi imposible.

—¿Y no hubo nada que lo desencadenara?

—Nada en particular. Un día en que Guillermo volvió a repetirme que me había destrozado la vida, simplemente me faltó convicción para rebatírsele. Se cayó el velo y, después, al hacerse evidente que ya no era capaz de darle alivio en ese su principal miedo, un miedo constante, paralizador, que lo corroía, ni él podía seguir viéndome a diario (habría sido una tortura), ni yo podía incrementar con mi presencia su dolor.

—¿Y no habría sido más fácil separaros? —pregunté, arrepintiéndome al instante de haberlo hecho.

Alicia dejó el tenedor en el plato y su rostro reflejó cierto desagrado.

—Sí, ya te lo he dicho. Eso es lo que tendríamos que haber hecho. Pero se nos pasó el tiempo. Lo dejamos ir y de pronto fue demasiado tarde. Así es la vida. A menudo no hacemos lo que nos conviene y, cuando queremos rectificar, resulta imposible. Lo mejor para hoy no tiene por qué ser lo mejor para el año que viene. Las circunstancias cambian, y nosotros nos debilitamos o nos fortalecemos con ellas. Verás, a lo mejor no lo has entendido: este arreglo que te parece tan anodino, y que sin duda lo es, no es un arreglo para separarnos. Es un arreglo para poder seguir viviendo juntos. Ni él ni yo sabríamos vivir sin tener al otro cerca.

Alicia calló al ver que la sirvienta entraba con el segundo plato, y, nada más hacerlo, supe que no seguiría hablando después de que se fuera. Todo lo que tenía que decir lo había dicho. Había satisfecho mi curiosidad abriéndome una puerta de su intimidad, pero, las que había dejado cerradas, así se quedarían, no eran necesarias para entender lo que ella había llamado su arreglo con Guillermo. Mientras hablábamos, había sido consciente de los límites y, temeroso de que se interrumpiera, había evitado dirigir mis preguntas sobre detalles acerca de los cuales se mostraba lacónica. Tenía las preguntas no hechas en mi cabeza, y lo cierto es que intuía las respuestas, no era necesario que las respondiera, me había dicho suficiente y ella misma lo sabía, por eso callaba. No eran relevantes, en efecto. No lo eran.



Me marché dos días después, aunque regresaría varias veces en los meses siguientes. Contrariado por la cicatería con la que había sido recibida mi última novela, llevaba tiempo sin escribir. Si fuerzas ni alicientes para empezar una nueva, andaba a la busca de excusas para aplazar el momento de tomar una decisión sobre mi futuro y la casa de Alicia y Guillermo en los montes de Toledo me brindó ese servicio durante lo que quedaba de primavera y parte del verano. Me acostumbré a ir cuando el panorama en Madrid se me hacía cuesta arriba, alentado por la hospitalidad de ellos e intrigado, justo es confesarlo, por su extraño modo de vida. Quería saber más, averiguar si Alicia había sido del todo sincera y, si es que lo había sido, comprobar hasta dónde llegaba la resistencia de uno y otro, si en algún momento capitularían. Aunque me avergüence reconocerlo, albergaba, asimismo, la esperanza de interceder entre ambos, de convertirme en el agente redentor que les sirviera en bandeja un final relativamente feliz y no el sombrío al que se condenaban. Confiaba en lograrlo con mi mera presencia, de ningún modo mediante conversaciones a las que no me dieran pie. Pese a la tristeza de la situación, me sentía cómodo dividiendo mi tiempo entre sus dos universos (las comidas con Guillermo, las cenas con Alicia), y creo que a ellos les tranquilizaba tenerme de testigo de su drama, pues, por un lado, mi presencia le otorgaba ciertas trazas de normalidad, y, por otro, disponían de una vía de comunicación más fiable y concernida que la que les proporcionaban los sirvientes. No obstante, una de las cosas que más me sorprendió fue lo poco que me utilizaron con ese objeto. Poquísimas veces fui portador de un mensaje, aunque sí fui requerido por ambos para que les informara acerca del otro, de su estado de ánimo, de sus ocupaciones e incluso de lo que pensaba acerca de determinadas noticias de la política. Alicia tenía razones para preguntarme por Guillermo y no dejaba de interrogarme cada vez que venía de estar con él, pero las preguntas de Guillermo no eran menos frecuentes. Actuaban como esos vecinos que no se hablan y se evitan desde hace años pero que disfrutan recopilando cualquier detalle de la vida de su antagonista, con la diferencia de que ellos no anhelaban recolectar desdichas ni escabrosidades sino lo contrario. Lo que ni uno ni otro hizo en la intimidad de nuestras conversaciones fue referirse a su peculiar divorcio. Tras mi primera visita, Alicia no volvió a

mencionarlo y Guillermo actuó hasta el final como si mi alternancia entre los dos fuera lo más natural del mundo.

Debo confesar que, al contrario que en el pasado, en esas jornadas de la primavera y parte del verano me sentí más cerca de Guillermo que de Alicia y disfruté más del tiempo que compartí con él que del que pasé con ella. A lo mejor influía el escenario, la acogedora prodigalidad de su biblioteca frente a la austeridad un tanto gélida de la casa de Alicia, el caso es que con Guillermo, cuando no nos quedábamos en un comfortable silencio, la conversación fluía ajena a imposturas y temas establecidos, saltando de un tema a otro, mientras que con Alicia o nos estancábamos en costosos silencios, o nos dedicábamos a inanes disecciones de la cotidianidad, o embarrancábamos en artificiosas charlas literarias en las que me atiborraba con preguntas acerca de los libros que salían reseñados en los periódicos. Supongo que la enfermedad, la conciencia de su tiempo limitado, otorgaba a Guillermo una serenidad especial, o apetito de olvido, especialmente propicios para el disfrute despreocupado, y que Alicia sucumbía sin pretenderlo al apremio de construirse un futuro sobre las ruinas de un pasado que no la satisfacía. Sea como sea, no sin mala conciencia, en diversos momentos me descubrí añorando la Alicia, probablemente inocente pero vital y prometedora, anterior a su marcha a América, y, no sin mala conciencia también, a ratos perdidos me descubrí preguntándome si Guillermo era en verdad quien la había malogrado.

Me costaba creer que así fuera, pero lo cierto es que, como tampoco tenía argumentos para descartarlo, no me cabía otro remedio que apartar la duda de mí para vivir el presente tal y como ellos hacían. Ese parecía ser, después de todo, el objetivo principal de su extraño pacto: no verse, no tratarse para así mantener a raya al pasado. Que este no me concerniera no me autorizaba a removerlo.

Habría deseado que se comportaran igual conmigo, pero ni uno ni otro mantuvo esa reserva en lo que a mí se refería. Es comprensible, supongo. Mientras ellos pasaban el tiempo enclaustrados, a mí me veían entrar y salir y debían de considerar obligado preguntarme por la marcha de mis asuntos. Ambos insistían en que no interrumpiera mi trabajo, ni el mercenario que hacía como periodista *freelance* ni el literario. A Alicia me resultaba fácil

engañarla. Si observaba que pasaba todo el día entre ella y Guillermo, no tardaba en preguntarme si me sentía incómodo en mi cuarto, si echaba de menos algo; bastaba, sin embargo, que me encerrara un par de horas para que se quedara tranquila y se conformara, todo lo más, con suministrarme alimento literario a través de sus conversaciones. Parecía incapaz de pensar que esa soledad, aunque exigua, no fuera productiva. Guillermo, por el contrario, era más exigente; con él no era suficiente simular que estaba escribiendo. Quería saber qué. Al principio me zafaba dándole contestaciones vagas, pero, un poco por la dificultad de inventar excusas, y otro poco porque me dolía mentirle, no tardé en ponerle al tanto de mi parálisis. El remedio acabó siendo peor que la enfermedad. Se mostró tan conmovedoramente preocupado que a partir de entonces, disfrazado su interés con tímida socarronería, siempre que subía a verlo me hacía la misma pregunta: *¿Has empezado ya?*

A mediados de agosto, la mañana antes de marcharme de vacaciones, me recibió muy excitado:

—Escucha —me dijo—. Ya sé cómo terminar con tu crisis. Te voy a hacer un encargo: escíbeme algo. Te lo pagaré mucho mejor de lo que te han pagado ninguna de tus novelas.

—No es difícil —bromeé.

—No me digas cuánto. Te daré cuatro veces lo que te pagaron por la última. Tu ventaja es que no tiene por qué ser una novela. La extensión la decides tú.

—El problema es que ni siquiera sé qué escribir.

—Eso no es un problema —contestó—. El tema lo pongo yo: escribe sobre mí. No tiene que serte difícil, conoces el final.

Guillermo sonrió, pero me di cuenta de que hablaba en serio.

—Solo te pido que no sea una biografía; no doy para tanto y no estoy para contestar preguntas. Basta con que te inspires en mí.

Le dije que lo pensaría y lo dejamos ahí; fue el primer signo de que el final se aproximaba. Todavía hoy no me explico qué le llevó a hacerme una propuesta tan extravagante, si solucionar de veras mi sequía creativa o el afán de acariciar una brizna de la notoriedad artística que tan abúlica como

infructuosamente había perseguido en su vida. Puede que fueran las dos cosas.

Cuando a finales de septiembre regresé de mi viaje, tenía en mi casa varios mensajes de Alicia. No me explicaba el porqué, pero cada uno sonaba más excitado e inconexo que el anterior, y supe, nada más escucharlos, que la salud de Guillermo no podía ser buena. Hablé con ella esa misma noche y demandó sin ambages mi presencia en los montes de Toledo. Fui al cabo de dos días, ignorante de cuánto duraría mi estancia, provisto, por si acaso, de equipaje de abrigo, y con la ilusa esperanza de que el deterioro de la salud de Guillermo al menos hubiera traído consigo el acercamiento en que no dejaba de confiar. Una realidad muy distinta me aguardaba. Alicia me recibió en el aparcamiento de la finca con dos besos apresurados y, después de encargarse ella misma de mi equipaje, me rogó que subiera sin demora a encontrarme con Guillermo.

Guillermo había empeorado visiblemente, si bien mi impresión inicial fue que no tanto como la alarma de Alicia me había hecho creer. Lo encontré sentado en el Chester de la biblioteca y, de no ser porque vestía pijama y tenía una botella de oxígeno, no habría notado una diferencia sustancial con respecto a la última vez que lo había visto en el mismo lugar. Luego sí. Luego me descubrió en el umbral de la puerta, y, ya fuera por su pelo rasurado casi al cero, o porque al sonreír la cara se le tensó subrayando la redondez del cráneo, lo cierto es que no pensé ya en un ave desplumada, sino en una tortuga famélica.

—Por fin has venido —me dijo—. Un poco más y no me encuentras vivo.

Esta vez no me preguntó si había empezado a escribir; fui yo quien se lo anuncié. No le mentí, ya que, si no totalmente fructífera, mi lejanía de Madrid había propiciado que tomara las primeras notas en meses.

—Fantástico —contestó, con cierta fatiga—. La pena es que, conociéndote, no me va a dar tiempo a leerlo.

—Más te vale que no sea así. Me hiciste un encargo, ¿recuerdas?, y tendrás que pagarme.

Guillermo pareció sorprendido, como si no recordara nuestra última conversación, su insólita oferta, o calibrara, por el contrario, qué trazas de

verdad contenían mis palabras. Me contestó, tras unos segundos, con una prudencia que contradecía el tímido brillo que cruzó fugazmente sus ojos.

—Sí, claro. Habla de eso con Alicia cuando llegue el momento. ¿Cómo está, por cierto? Ya sabes que, sin ti, las noticias que recibo son tan esquemáticas como un parte de guerra.

Le contesté que preocupada por él y me permití añadir:

—Deberíais terminar con esto. Es ridículo y no es sano.

Al instante supe que me había excedido. Guillermo no lo esperaba, se le llenaron los ojos de lágrimas y empezó a toser. Avancé instintivamente hacia la botella de oxígeno, pero me detuvo.

—Está bien, está bien; no es necesario —alzó una mano, mientras se tapaba la boca con la otra—. Ya ha pasado. Déjame descansar un rato... Una cosa solo —me miró fijamente—. Si aceptas el encargo, límitate por favor a ser el cronista. No intervengas. ¿No decía el narrador de tu última novela que la labor del escritor es acechar en la oscuridad? Pues eso.

La misma cerrazón encontré en Alicia cuando me reuní con ella. Estaba ávida de conocer mi impresión acerca de Guillermo, pero, al enterarse de mi indiscreción, no evitó recriminarme.

—No deberías haberlo hecho. Creí que ya te había aleccionado. Te ruego que esta vez me hagas caso y que tampoco a mí me insistas.

No volví a intentarlo, por mucho que en los meses posteriores lo deseé en innumerables ocasiones.

Entre tanto, conforme los días se sucedía con lenta monotonía, otra vez tuve que acostumbrarme a ser el único puente entre ellos. Reemprendí mi rutina anterior al verano, las comidas con Guillermo y las cenas con Alicia, con la diferencia de que, debido a su debilidad, la conversación de Guillermo no era tan sutil como antes y las sobremesas no se alargaban tanto. De todas formas, no todo mi tiempo lo pasaba con ellos. Me encerraba durante horas en mi estudio, al principio para leer y, luego, casi sin darme cuenta, para escribir. Además, regresaba con frecuencia a Madrid, a pesar de que en cada ausencia me atormentaba el pensamiento de que los dejaba desasistidos, tan dependientes, me parecía, se habían vuelto de mí.

A mediados de noviembre, Guillermo empeoró bruscamente. Hacía semanas que se negaba a tomar la medicación y solo consentía que le administraran sedantes. Pasaba las horas en duermevela, asistido por dos enfermeras que en las crisis más agudas se turnaban en la cabecera de su cama. A veces, en el ajetreo de sus sueños químicos, las confundía con Alicia y se enfadaba y farfullaba palabras ininteligibles o imploraba su perdón. En una ocasión, abrió los ojos y, viendo a una de ellas, la llamó por su propio nombre, Guillermo, y empezó a gritar obscenidades y más tarde estalló en un llanto de niño.

Pero no todo el tiempo, afortunadamente, tenía el entendimiento nublado. Desde que, a raíz de su primer agravamiento, me instalé en su casa, si bien dificultosos e inacabados, mantuvo conmigo varios diálogos. Parecían débiles intentos de evadirse, fragmentos de la misma conversación, que por lo general iniciaba con una pregunta o una exclamación y que a menudo ni siquiera requerían mi intervención, pero en realidad no estoy seguro de que no fueran simples pensamientos en alta voz que igualmente hubiera pronunciado de no estar a su lado.

Una tarde en que, para entretenerme y proporcionarle algún sosiego, le leía fragmentos de las *Epístolas morales a Lucilio*, de Séneca, me interrumpió nervioso y me preguntó si creía que debería pagar por los males que había causado sin desearlo. Otra tarde en que me había preguntado por Alicia, mientras buscaba cómo responderle sin traer al primer plano su extravagante divorcio, exclamó: *No te apenes. Es lo mejor. La muerte es efectivamente una liberación. Díselo a Alicia de mi parte. Nos creemos libres, pero es una falacia. ¿Por qué nadie nos dice que no somos los mismos siempre, que tardamos en ser quienes somos?*

Aun sin entender en todo momento lo que intentaba decirme, mi papel se ceñía, como es natural, a intentar darle consuelo. Algo, desde luego, nada fácil. En una ocasión, por ejemplo, en que le secaba la frente con un paño, me cogió fuertemente la mano y me dijo que lamentaba la falta de energía de la que había adolecido. Cuando le respondí que no creía que se hubiera abstenido de muchas cosas en su vida, se excitó considerablemente. *No lo comprendes, me dijo, no me quejo solo de lo que no he podido hacer; me quejo de lo que me he permitido hacer.*

Otras veces ni siquiera se esforzaba en mostrarse conciliador y arremetía contra Alicia con una saña de la que enseguida se arrepentía. *Es terrible lo que nos hemos hecho*, gritó una tarde. *¿Por qué no me abandonó? Ella es más responsable que yo. Me niego a cargar con toda la culpa.* Más habitual, sin embargo, era que se dejara vencer por la congoja. Recuerdo particularmente una noche en la que, tras oír los pasos de una de las enfermeras, me rogó que pasara el cerrojo antes de que esta alcanzase la puerta. Traté de tranquilizarlo asegurándole que no tenía nada que temer, pero no hubo modo: *prométeme que no la dejarás entrar. Alicia no puede verme así, ahora menos que nunca.*

Pero fue hacia el final de su agonía, después de una semana en la que había delirado sin pausa sobre la cama empapada, cuando creí comprender el sentimiento contradictorio que le producía su vida con Alicia y Alicia misma. Vigilaba su agitado sueño leyendo un libro cogido al azar, cuando oí que me dirigía la palabra con un tono asombrosamente lúcido, que no parecía el de un enfermo: *Qué triste cosa es la vida, no me digas que no. Creemos que tenemos un interior inexpugnable, en el que nos acorazamos, y resulta que también es inexpugnable para nosotros. Incluso lo más primario, nuestros sueños, escapa a nuestra voluntad. Qué distinto habría sido todo si mi deseo me hubiera obedecido. En el fondo hemos sido iguales hasta en eso. A su manera Alicia ha sido cautiva de la misma incapacidad que yo.*

Esa noche, tras relevarme la enfermera de turno, bajé a ver a Alicia. La encontré esperándome a oscuras, como había tomado por costumbre, en el comedor de su casa, la única habitación desde la que se divisaba la ventana de Guillermo. Era su forma de velarlo. Por entonces no se fiaba ya de otros ojos que no fueran los míos para juzgar su estado. Había dejado de mostrarse inquieta por mi trabajo y, como consecuencia de ello, a excepción de algunos ratos perdidos en que conseguía refugiarme en mi cuarto, pasaba el día dividido entre su solicitud constante de que estuviera más tiempo con él, y la demanda que no explicitaba, pero a la que me sentía obligado, de asistirle en su desconsuelo. Nos reuníamos al final de la jornada y apenas hablábamos. No me preguntaba por mis conversaciones con Guillermo. Ambos éramos conscientes de que no nos quedaban muchas vigili-  
as, de que

todo acabaría muy pronto, y nos limitábamos a dejarnos vencer por el sueño esperando la temida bajada de la enfermera. Esa noche, sin embargo, le referí las palabras de Guillermo, no tanto para confortarla (aunque también), como para darle una última oportunidad de que me diera su versión; supongo que ya me sentía en deuda con Guillermo y que andaba a la busca de un broche con el que cerrar el relato que inconscientemente empezaba a pergeñar. Recuerdo que Alicia estaba sentada de lado, con un codo apoyado en la mesa y la mano sujetándose la frente, y que no modificó su postura. Me escuchó sin inmutarse, sin levantar siquiera la mirada, y, cuando hube terminado, musitó: *cautivos, cautivos el uno del otro*.

Una semana después, Guillermo expiró en mi presencia. Había convenido con Alicia en que cuando sucediera pondría una vela en la ventana y que solo después de unos minutos bajaría a reunirme con ella. Así lo hice. Encendí la vela, la puse en la ventana, apagué la luz, salí del dormitorio, recorrí a paso lento las estancias repletas, crucé el jardín y entré en la otra casa, pero al llegar al comedor Alicia ya no estaba.

Al fondo de la noche, la frágil luz en la ventana de Guillermo titilaba como la linterna de una chalupa en la oscuridad del mar.



# JOANNA

Es curioso que la vida nos ofrezca un número indeterminado de alternativas a cada momento, que constantemente tomemos decisiones que nos modifican, cogiendo unos trenes y desechando otros, y que sin embargo la mayor parte de los adultos, cuando echamos la vista atrás, nos recordemos de niños sustancialmente iguales a como somos hoy.

Yo debía haberme dado cuenta, tenía todos los datos para sospechar, y sin embargo no he sabido hasta hace muy poco.

A los quince años mi vida había sido algo más ajetreada de lo que es común a esa edad. Cuando tenía cuatro mi madre nos había abandonado a mi padre y a mí para irse a vivir con un hombre a Venezuela, y dos años después había visto morir a mi padre en un accidente de coche del que salí milagrosamente ileso. Durante una temporada había vivido con diversos parientes y al final había recalado en El Escorial, en casa de mi abuela materna, una mujer cariñosa y fuerte que me daba todo lo que podía pero que estaba modelada por convicciones a la antigua, de esas que no consideran el infortunio una excusa para mostrarse más tolerante sino un motivo para ensayar mayores rigores. El infortunado, claro está, huérfano y abandonado, era yo, y, por dicha razón, mi abuela me ataba en corto, no fuera a olvidar que la vida es dura, que no da tregua. Para colmo, mi abuela asumía como un fracaso propio el desastre de mi madre, su vida díscola y errática desde la adolescencia, su inexplicable marcha de casa cuando parecía haber rectificado el rumbo, y, en consecuencia, allí donde se había mostrado permisiva con ella era severa conmigo.

Todo lo cual, debería haberme hecho más avezado de lo normal, no necesariamente un descreído cargado de inquina contra el mundo, ni una

fiera con mis compañeros de colegio, pero sí uno de esos chicos que parecen conocer desde muy temprano los resortes con los que el mundo funciona; de los que se aburren en clase porque todo lo pillan a la primera y que andan siempre metiéndose en líos pero consiguen que las culpas se las lleven otros: traviesos redomados que se convierten ante los adultos en consumados actores, vagos impenitentes que cuando las circunstancias lo exigen sorprenden con recursos inesperados. Ninguno de estos era mi caso. Yo era dócil y aniñado y más introvertido de lo conveniente. Se suponía que mis capacidades intelectuales eran las correctas, hacía mis tareas escolares, pasaba los cursos sin grandes problemas, pero debía esforzarme. No destacaba por nada, ni por mi rebeldía ni por mi inteligencia, si acaso por mi físico, que era espigado, y por mi afición a leer y a estar solo, que, más que afición, era algo a lo que las circunstancias me habían obligado.

Los inviernos al lado de mi abuela eran un hartazgo de monotonía. El Escorial, como todos los lugares de veraneo, tenía un mal invierno: la población menguaba y las calles, que en los meses cálidos estaban llenas de coches y peatones, se convertían en un decorado triste y gélido tras el que se alzaba amenazante el monasterio, sombra temida que, si bien constituía la seña de identidad del pueblo, su razón de ser, su origen y reclamo, albergaba intramuros el colegio donde estudiaba, uno de los más lúgubres de los que tengo noticia. La mayoría de mis condiscípulos estaba en régimen de internado, pero, aunque no fuera mi caso, mi vida no se distinguía en exceso de la suya: mi encierro era similar. A diferencia de los afortunados que asistían al colegio público, no tenía permiso para demorarme a la salida en ningún corrillo ni enrolarme en ningún tipo de actividad extraescolar. Mi abuela me obligaba a ir directamente a casa, de donde ya no salía. Tanta rigidez suya no se justificaba por el frío o lo temprano que anochecía, ya que se mantenía igual de firme cuando los días se alargaban y el abrigo y los guantes y el gorro ya no eran necesarios. Solo desde que terminaba el curso a mediados de junio, y hasta que a mediados de septiembre empezaba el siguiente, me estaba permitido probar la libertad que otros chicos de mi edad disfrutaban siempre. A condición de no retrasarme a la hora de comer y de estar de vuelta a las ocho, podía pasear incansablemente por las calles o aventurarme a salir al campo. Esos tres

meses eran el único período del año en el que mi vida era de verdad plena. Los estudiantes suelen contar cada curso académico como si fuera un año; yo lo hacía con los veranos, pues, aunque el resultado no variaba, igual que para el oso que hiberna hasta el deshielo, para mí el tiempo restante no existía, era tiempo perdido.

Joanna. Me he extendido sobre mí no porque crea que la información dada sea relevante para el entendimiento de lo que me propongo contar, sino para definir mejor el contraste entre nosotros. Empezando por su nombre, y siguiendo por el sombrero de paja con el que protegía del sol su piel blanquísima, todo era llamativo y distinto en Joanna. Nunca, ni aunque transcurrieran cien años, habríamos tenido oportunidad de conocernos en un lugar distinto de El Escorial, en verano, y ni siquiera allí habría sido fácil de no ser porque a su modo femenino y delicado también Joanna era solitaria y aniñada y buscaba parajes para esconderse parecidos a los que yo frecuentaba. Ahora tal vez habría sido diferente, pero en aquella época (hablo de principios de los años setenta), los chicos de nuestra edad y, sobre todo, las chicas, todavía respetaban en sus relaciones las mismas fronteras sociales que sus padres. Pertenecíamos a dos mundos destinados a no encontrarse, ella al de los veraneantes más ricos y con cierto aire a lo *ancien régime* en sus costumbres extravagantes que los facultaba para mirar por encima del hombro a otros veraneantes de fortuna más reciente, y yo, con el estigma de mi historia familiar a cuestas, no sé a cuál, al de los ignorados por todos, al de los que ni siquiera tenían sitio en las pandillas de los golfos del pueblo.

Enseguida comprobaría que a su modo ella también era una desclasada, un bicho raro; pero prueba de la distancia que, asumí, había entre Joanna y yo, de mis reservas y prejuicios, es que, antes de nuestro encuentro definitivo, la vi dos tardes consecutivas en los jardines de la Casita del Príncipe y, a pesar de no poder cesar de mirarla (tal era su magnetismo) y de ser los únicos que a esa primerísima hora de la tarde estábamos allí y de llevar ambos un libro, en las dos ocasiones huí con la sensación de ser un intruso. Y así habría sido en la tercera, de no ser porque esta vez ella me descubrió antes. Fue a la misma hora que los otros días en La Herrería, el bosque de robles y encinas donde está la silla que Felipe II hizo tallar en la

roca para contemplar la construcción del Monasterio. Había hecho mío despreocupadamente el asiento real y estaba embebido en las páginas de una novela cuando de pronto oí una voz a mis espaldas que me sobresaltó.

—¿Qué estás leyendo?

Joanna me miraba sonriente, con un libro sujeto al costado como si fuera un bolso de mano. Era evidente que había tenido mi misma idea y que encontrar el lugar ocupado por otro lector le había hecho gracia.

—Oh, nada, un libro —contesté, avergonzado aún por la sorpresa, mientras dos diminutas gotas de sudor se escurrían por la comisura de sus labios.

—Eso ya lo veo —me dijo—, pero ¿qué libro?

En un primer momento su tono me hizo pensar que no le era del todo desconocido, que probablemente se había fijado en mí con anterioridad, pero luego me di cuenta de que no era así. Ese desparpajo inicial, que allanaba de entrada cualquier distancia, era un rasgo constitutivo de su personalidad en la misma medida que el tímido mutismo en el que a ratos se encerraba. Joanna se movía entre extremos. En cierto modo puede decirse que el desparpajo formaba parte de su entrenamiento social, de los rudimentos de su clase, y que el mutismo, el azoramiento que en ocasiones la paralizaba, la melancolía, eran reflejo de los temores que anidaban en su interior. Por supuesto, no es esta una conclusión a la que llegase entonces ni en el mucho tiempo que empezamos a compartir aquel verano. Se me ha ocurrido ahora, al forzarme a recordar. Lo que entonces pensé fue que los cambios obedecían a los vaivenes de su humor. No era tan difícil llevarse a engaño a este respecto, ya que Joanna no se comportaba de la misma manera con todo el mundo. Era con los más próximos, sobre todo con su familia, con quien a menudo se mostraba irascible y, sin razón aparente, dejaba de hablar. Conmigo, a medida que fui ganando su confianza, se permitió también algún desplante, pero, hasta que nos separamos, siempre consideré la culpa mía por haber sacado un tema del que no le gustaba hablar o haber hecho algo que interpretó como una traición.

De todas formas, esa tarde de nuestro primer encuentro cualquier sombra de infelicidad quedaba lejos.

Lo primero que hicimos fue aplicarnos a la tarea de conocernos. A los dos nos gustaba leer y éramos solitarios empedernidos, pero, fuera de eso, un abismo nos separaba. Mientras que yo solo conocía Madrid y El Escorial, Joanna era una consumada viajera. Había nacido en La Martinica, de padre francés oriundo de la isla y madre española, había vivido en Nueva York, y, cuando sus padres se separaron, había venido con su madre a Europa, primero a La Provenza, donde habían pasado dos años, y finalmente a Madrid. Tenía un hermano tres años mayor que estudiaba en La Sorbona, y, por esa razón, viajaba con frecuencia a París en compañía de su madre. También iba mucho a Londres, porque a su madre le gustaban las tiendas inglesas. Ese era su primer verano en España y no sabía si sería el último. Me dijo que con su madre nunca se sabía. La casa donde se alojaban en El Escorial, un caserón con jardín en el aristocrático barrio de El Plantel, había sido una herencia de sus abuelos maternos pero su madre lo encontraba destartado e incómodo. Todos estos datos los desgranó sin rastro de presunción, más bien con vergüenza, como si le pesara su vida nómada y la incomodara la incertidumbre de no saber qué le depararía en el futuro el caprichoso carácter de su madre. Yo la escuchaba con envidia, sin entender su disgusto, y a medias con pena anticipada, pues me obligaba a pensar en ella como una presencia efímera antes de que de verdad lo fuera. Me obligaba a contar con que un día desaparecería, ya que estaba ahído de desapariciones imprevistas, había sufrido demasiadas. Creo que ahí residía una de las peculiaridades de la amistad que forjamos: que desde el principio la exprimimos como si fuese a ser temporal. Nunca tuvimos futuro. Joanna no pensaba en él, y yo, que sí lo habría deseado, intentaba vacunarme contra cualquier ilusión que me hiciera revivir traumas pasados. La otra peculiaridad, no tan extraña en la época, era la candidez que nos gobernaba. Yo estaba absolutamente obnubilado, deslumbrado, suspiraba por sus huesos, pero no se me ocurría imaginar que pudiéramos hacer otra cosa que pasear juntos, que leer el uno al lado del otro o que hablar durante horas. A veces era tan estrecha la cercanía física que un roce o una mirada más larga de la cuenta nos ruborizaba, y en otras ocasiones, llevada del entusiasmo de estar juntos, Joanna se comportaba con una enfática coquetería, pero eran excesos que en ella traían luego una penitencia de contención y yo prefería

evitarlos. Se quedaba muy seria, como si hubiera hecho algo malo, y durante un rato interminable me cogía miedo y estoy seguro de que pensaba, incluso, en dejar de verme.

Afortunadamente los momentos joviales eran mucho más numerosos, y las horas transcurrían sin darnos cuenta.

Uno de nuestros entretenimientos favoritos era describir las casas que tendríamos en el futuro, cómo nos gustaría que fueran. Pisos de ciudad o quintas campestres, a veces imposibles, que a menudo exigían que cogiéramos lápiz y papel para dibujarlas. Además, cada día elegíamos una del pueblo que destacara por algún motivo, o que simplemente nos gustara, y jugábamos a imaginarla por dentro. Hasta el más torpe aficionado a la psicología diría que esta obsesión por las casas revelaba la infelicidad de ambos con nuestras respectivas situaciones familiares y nuestro deseo de huida, y seguramente tendría razón, pero a nosotros nos parecía tan natural como otros pasatiempos. Como enumerar, una vez concluido, las distintas personas con las que nos habíamos cruzado en un paseo, describiendo con detalle cómo iban vestidas, o como el juego de las catástrofes, que consistía en imaginar una catástrofe en un lugar determinado, en un museo, en un zoológico, en una biblioteca, en una ciudad, en cualquier sitio, y decidir qué cuadro, qué animal, qué monumento, qué libro salvaríamos primero. Gracias a este juego hice algunos descubrimientos acerca de Joanna que probablemente ella nunca me habría desvelado en frío, como el día en que me confesó que, de desatarse un incendio en su casa, salvaría antes a su vieja tata, que la acompañaba desde sus años en La Martinica, que a su madre. Ahora me escandalizaría escuchar algo semejante, pero dicho por Joanna en aquel verano, con la dulzura de su voz y su piel blanquísima, resultaba no solo aceptable sino hasta natural.

Todo resultaba natural en Joanna, lo que decía, lo que hacía, en lo que se fijaba; su tenue acento francés, las extrañas palabras que escogía. Lo antinatural era no estar con ella. Lo antinatural era la vida que yo había dejado atrás y a la que desgraciadamente volvería.

Cada atardecer, antes de separarnos, elegíamos un punto de partida para nuestro paseo de la mañana siguiente y quedábamos directamente allí. La cita de la tarde no había que fijarla. Después de comer, regresábamos al

lugar donde nos habíamos separado al mediodía. Joanna no tenía un horario tan estricto como el mío y al final del día la dejaba con pena, sabedor de que solo por mi culpa no nos estaba permitido alargar juntos el tiempo. En una ocasión, hice un intento de ablandar a mi abuela y, pensando que así me sería más fácil ganármela, le pedí permiso para cenar en su casa. La respuesta fue descorazonadora:

—¿Y qué vas a hacer tú en casa de esos señores? Solo conseguirás que se rían de ti. No deberías salir tanto con esa chica. En la vida hay que ser consciente del sitio que uno ocupa.

Supongo que ya sabía que muchas tardes, cuando nos cansábamos de pasear, Joanna me invitaba a su casa, y que fue su manera de hacerme ver que estaba enterada y que no lo aprobaba.

La casa de Joanna tenía tres pisos, además del entresuelo que contenía la cocina y la zona de servicio. La construcción era de ladrillo visto y, como toda la colonia de El Plantel, se había edificado sobre modelos de villas centroeuropeas alrededor de 1900, cuando entre la alta burguesía madrileña se puso de moda veranear en El Escorial. En una de las esquinas del comedor, que se hallaba en la primera planta, igual que los dos salones y que la biblioteca, había un pequeño ascensor de poleas para facilitar el trasiego de comida y loza desde la cocina. En la segunda planta estaban los dormitorios, y, la tercera, abuhardillada, se usaba como trastero y tendedero, y era el sitio donde siempre trataba Joanna de que nos recluyéramos. Pretensión inútil por lo general, ya que, no bien tenía su madre noticia a través de una criada de que estábamos en la casa, subía a buscarnos y, con graciosas recriminaciones a las que Joanna contestaba con sequedad, nos hacía bajar.

Viendo a la madre de Joanna, tratándola intermitentemente, como fue mi caso, más de tres días a la semana, era difícil de entender el problema de su hija con ella. Por supuesto me guardé de confesar a Joanna esta impresión. Bastante amargo le resultaba tener que compartirme con ella, asistir al seductor despliegue de atenciones que me dedicaba y, lo que quizá era peor, a la gratitud con la que yo trataba de corresponder. Yo no tenía padres, apenas guardaba recuerdos de cuando los había tenido, pero, por lo

que había entrevistado en otras familias de mi entorno, sabía lo suficiente del trato que los adultos dispensan a sus hijos y a los amigos de estos como para que la cercanía de la madre de Joanna me sorprendiera y me halagara. Suponía que el sordo disgusto de Joanna cuando su madre aparecía era consecuencia de los celos, suponía que quería guardarme para sí, y el cisma afectivo que se insinuaba entre ambas no era, por otra parte, ni tan evidente ni tan dramático como para verme impelido a buscar otra explicación. En algún momento especulé con que la culpa del divorcio de su padre, pero, como Joanna nunca hablaba de él, como sin duda habría hecho si lo añorara, apenas lo consideré. Naturalmente era demasiado joven para conocer por mí mismo —y tenía un mundo demasiado estrecho como para haberlas intuido— las alambicadas sinuosidades del corazón humano, sus vueltas y revueltas, así como las complejas relaciones, no necesariamente benéficas, que la consanguinidad establece. No estaba abierto a demasiados matices. Las cosas eran o blancas o negras porque mi madre con su marcha inexplicable se había encargado de dejarme esa herencia de maniqueísmo y bastaba que mi madre fuese negra para que la madre de Joanna, por su mera presencia, fuese blanca.

Qué poca razón tenía, al parecer.

La madre de Joanna era una réplica casi exacta de la propia Joanna solo que con algunos kilos de más. No era obesa ni gorda ni rolliza, simplemente la naturaleza había sido generosa con ella atenuando los años que llevaba a su hija con un favorecedor suplemento de carnosidad en zonas de su cuerpo, como el rostro o los miembros, que generalmente el paso del tiempo afila o expolia. Poseía, además, ese hablar calmo pero con picardía, esa grácil lentitud de movimientos, adquiridos tal vez en sus años en el trópico, que pasan por sensuales. Entonces no tenía una percepción entrenada para distinguirlo, pero diría que era una mujer exuberante. Sabía por Joanna que había sido una madre tardía, de modo que debía de haber superado holgadamente los cuarenta y cinco años cuando la conocí, pero hoy me parecen muchos para el recuerdo que guardo de ella. Desde luego salía ganando si se la comparaba con cualquiera de las madres, supuestamente más jóvenes, con las que Joanna y yo nos cruzábamos en compañía de hijos de nuestra edad. La vida que hacía era asimismo muy distinta de la que



aparentemente llevaban esas mujeres. Según tengo entendido, aunque podían ser exageraciones de Joanna, almorzaba casi siempre fuera, y, casi todas las tardes que estuve en su casa, o esperaba a alguien para cenar o se preparaba para salir ella. De esto sí que tengo constancia, ya que una de las cosas que más nerviosa ponían a Joanna y que a mí más me sorprendía, que literalmente me cortaba el aliento, era que con inusitada frecuencia se exhibiera ante nosotros mientras se arreglaba. No me refiero a que no le importara mostrarnos, hacernos partícipes, de los preámbulos o de los últimos retoques de su aderezo, algo no tan inusual. No quiero decir que se pintara las uñas delante de nosotros, ni que se recogiera el pelo en un moño o que se lo soltara agitando el pelo desde las sienes con los dedos extendidos, ni que, ensimismada, se pusiera unas gotas de perfume detrás de los lóbulos de las orejas, ni que se calzara o se probara diferentes zapatos hasta dar con los adecuados, ni que nos consultara cómo le quedaba determinada prenda, ni siquiera que, ante el espejo del salón, midiera con mirada concentrada la justeza de su escote abrochándose o desabrochándose a conveniencia los botones de la blusa, ni que ante el mismo espejo posara, desinhibida, sus manos en las caderas para escurrir hacia abajo la falda. Todo eso lo hacía sin timidez, despreocupadamente, con una naturalidad que desarmaba, pero, además, también —y ahí me entran dudas sobre si su naturalidad era tanta o había un punto de exhibicionismo— nos dejaba ver —o tal vez lo correcto sería decir *me dejaba ver*, ya que Joanna estaría habituada— intimidades mayores. En una ocasión vi por el pasillo su sombra no tan fugaz, de camino al vestidor, con la blusa inexplicablemente abierta y los senos —media luna de la aureola de cada pezón— asomados a cada lado de la abertura; otra vez, una puerta innecesariamente entornada me la mostró de perfil recién salida del baño, con una toalla en la cabeza a modo de turbante y, la que debía cubrir el cuerpo, sujeta entre las manos mientras se secaba con ella una pierna que tenía alzada sobre el asiento del tocador; una tarde, cuando me marchaba, se acercó a despedirme sin falda ni pantalón, vestida de cintura para abajo con unos pantis negros y no de los tupidos; otro día vino de esa misma guisa al cuarto donde estábamos Joanna y yo para decirnos algo, pero esta vez, además, insólitamente desnuda de cintura para arriba, con los antebrazos cruzados cubriendo a duras penas el

pecho. *Inexplicable, innecesario, insólito*, son conceptos a los que he recurrido con toda la prudencia, ya que, en lo que se refiere a mi modesto papel aquel verano, sigo sin tener las cosas claras. Hoy mismo, padre como soy de dos hijas en la veintena, me paso la vida asistiendo a intimidades femeninas mayores que aquellas. Hay una diferencia, claro está, y es que a un padre no le perturba la desnudez de una hija. En último término, imagino que lo determinante es la voluntad. Allí donde media algún tipo de voluntad, no es posible hablar de simple desinhibición. ¿Provocación, entonces? Sinceramente no lo sé. ¿Para qué iba a querer la madre de Joanna provocarnos a ella o a mí? Por otra parte, todos sabemos que no es precisamente la voluntad lo que mueve el mundo. Hay hábitos, hay pasiones, hay objetivos loables que se imponen por caminos estrambóticos, hay genes insospechados que nos conectan con el pasado más remoto... Entonces, ya lo he dicho, esas visiones me cortaban el aliento, pero no las juzgaba. No tenía experiencia. Todo lo que no fuera la sobria casa de mi abuela y sus puritanas costumbres me era extraño. Tendía, incluso, por el rechazo que mis circunstancias me producían, a considerar que la anomalía era la que yo vivía. Creo que cualquier cosa que hubiera hecho la madre de Joanna habría contado con mi beneplácito.

¿Y si estoy equivocado? ¿Y si todas estas palabras que llevo escritas parten de una suposición errónea? ¿Y si hay una Joanna en algún lugar del globo con hijos veinteañeros, de la que me dispongo a completar un retrato que no le es del todo fiel? ¿Y si no he sabido, sino que he creído saber? Me estoy adentrando en territorios sombríos, y el latigazo de la duda parece que escuece más. Lo peor de construir un relato a partir de una hipótesis es que, aunque nos conduzca a un sinsentido, no la desechamos del todo. Retrocede como un ejército vencido pero sigue ocupando un lugar en la conciencia. Aunque mañana me llamara Joanna y me dijera: estoy aquí, en este lugar del globo, y me sigo acordando de ti, la Joanna a la que estoy dando a luz no se esfumaría. La Joanna real y la Joanna recreada se habrían fundido. Dice la última Física que el espacio y el tiempo son lo mismo, qué contrariedad que así sea y que la Joanna que conocí sea ahora tan distante como la que a lo mejor me recuerda al otro lado del globo.

El hermano de Joanna, al que esperaban desde mediados de julio, apareció en los primeros días de agosto, tras un mes y medio de felicidad en el que, cada vez que se le mencionaba, fantaseé con que no viniera, con que algo lo retuviera lejos de El Escorial hasta el final del verano. Su irrupción no me hacía gracia. Temía su presencia porque intuía que traería cambios. Por eso, todavía me asustó más que fuera la madre de Joanna quien me anunciara su llegada, una tarde en la que Joanna estuvo más apagada de lo habitual. Por la mañana habíamos subido al monte Abantos y, por la tarde, cansados de la excursión, de que la conversación no fluyera o de ambas cosas, habíamos acabado en el cine viendo una película ya vista. Cuando al terminar la sesión la acompañé a casa, su madre nos recibió con hiperbólica alegría.

—¿Te ha contado Joanna?

Como mi cara reveló que nada me había contado, me dio ella la noticia. Luego le dijo a Joanna que había anulado una cena que tenía prevista y que debían descansar para estar guapas.

El hermano llegó al día siguiente al mediodía y hasta dos días después no volví a ver a Joanna. Habíamos concertado una cita por la mañana, pero no apareció. Lo hizo por la tarde en mi casa —algo que hasta entonces yo había evitado y que me llenó de zozobra—, y, tal vez fuera sugestión, pero lo cierto es que, aunque sonreía y se permitió, incluso, una broma cuando la dejé en la puerta para decir a mi abuela que me iba, la encontré distinta, como ensimismada. Esa misma tarde, después de dar un breve paseo, conocí a su hermano. Estaba predispuesto a que no me gustara. Sin haberlo visto, me intimidaba. No solo era mayor sino que había ingresado en la universidad, donde estudiaba leyes. Había venido desde París conduciendo un coche que Joanna me señaló aparcado en la acera junto a la verja de su casa. Su reacción al ser presentados confirmó mi prevención. Tuvo un punto desdeñoso al que, pese a mi poca experiencia, no fui insensible. Lo encontramos en el salón de verano, hablando animadamente con la madre de Joanna, haciéndose bromas el uno al otro, riendo los dos, y, cuando Joanna llamó su atención sobre mí, lo único que dijo fue:

—Ah, hola. Así que tú eres el que está entreteniéndome a mi hermana.

No hubo más. Luego devolvió la mirada a la madre de Joanna y ambos continuaron su juego. Más tarde, al notar que Joanna y yo nos retirábamos, nos contempló un instante y le dijo a ella:

—Recuerda, hermanita, que también he venido a verte a ti.

Nunca me acostumbré a él, como probablemente tampoco él a mí, si bien he de decir que con posterioridad mejoró mi impresión. Su actitud conmigo no dejó de ser condescendiente, pero por lo menos tenía el detalle de no ser agresivo; no buscaba el enfrentamiento, no bromeaba ni ironizaba a mi costa. Se limitaba a tolerarme como a un extraño convidado de piedra. Quizá estaba convencido de mi insignificancia y no veía en mí un rival. Y tenía razón.

En mi vida he aprendido que no terminamos de conocer a alguien hasta que conocemos a su familia, y ese verano con Joanna fue la primera vez que lo observé. La llegada de su hermano (otra réplica de la propia Joanna y de su madre, solo que con la piel menos blanca y con unos ojos pequeños y grises que fijaba con paralizante intensidad) me permitió vislumbrar geometrías emocionales nunca entrevistas y profundizar en otras que, si previamente intuía, no había considerado con la suficiente luz.

Sobre todo modificó mi criterio sobre la madre de Joanna, en la misma medida, diría, que yo me apagué para ella desde la llegada de su hijo. No es que me borrara del todo; siguió mostrándose solícita y, aunque su vida social terminó, aún disfruté de algunas visiones turbadoras de su intimidad doméstica... Pero estaba pletórica, todo su interés, toda su energía, la acaparaba su hijo y simplemente no tenía tiempo para atenciones extra. La madre de Joanna, ahora lo veo, pertenecía a esa estirpe de mujeres que convierten el amor maternal en un yugo y que, para mantenerlo en las distintas etapas vitales de sus hijos, van modificando intuitivamente sus estrategias en pos de un irracional objetivo: que estos nunca se emancipen emocionalmente, que la dependencia que los unió a ellas desde su nacimiento y hasta que empezaron a ser autónomos, se perpetúe en su madurez. Madres hiperprotectoras, madres confidentes, madres cómplices, madres castradoras, madres que aspiran a ser las mejores amigas de sus hijos, madres esposas... La estela es amplia, la máscara con la que se presentan no siempre es igual, la gradación varía. Sin embargo, en todas

late un instinto primitivo, algo oscuro, animal, que las conecta con épocas lejanas, prehistóricas, en las que la familia era el grupo y los individuos que ya no eran útiles necesitaban tejer alianzas para asegurarse la supervivencia.

La madre de Joanna no había obtenido el mismo grado de compenetración con su hijo que con su hija. Después de todo, ese tipo de relaciones de dependencia, que no podríamos calificar de convencionales, sí suelen serlo en un aspecto: los roles de género se mantienen. La madre de Joanna había recorrido con su hijo todo el camino y con Joanna se había quedado en la mitad, había fracasado en parte. Sin embargo, a pesar de que Joanna se rebelara, a pesar de sus rabietas de niña, de sus silencios, su sumisión era incluso mayor que la de su hermano. Él parecía estar apresado por las redes del amor, que siempre son más livianas, y ella por las de la culpa. La paciencia de su madre con ella era tanta, tan buena su predisposición pese a los desplantes, que las invisibles faltas frente a las que Joanna reaccionaba todavía lo parecían más en comparación con la desproporción de su reacción, y, en consecuencia, la necesidad de expiar sus excesos, cuando no el arrepentimiento, alimentaban permanentemente el vínculo, lo incrementaban mediante los pagarés de una deuda que nunca terminaba de ser pagada porque crecía siempre en la misma proporción.

Un peligro de los análisis psicológicos como el que estoy haciendo, del que me he dado cuenta en mis años de terapia, es que, al atribuir al sujeto analizado unas motivaciones, aunque sean inconscientes, la relación causa-efecto persiste y sin querer le otorgamos un grado de responsabilidad sobre las consecuencias de sus acciones. Nunca presencié nada que justificara la actitud de Joanna. Tal y como lo recuerdo, su madre se comportaba como una novia solícita con su hermano, y su hermano la correspondía como un seductor profesional que sabe pronunciar el halago adecuado mientras a lo mejor está pensando en su siguiente conquista, y ambos a su vez trataban a Joanna como a alguien que se encuentra en un nivel más bajo de comprensión, como al niño que involuntariamente irrumpe en la alcoba de los padres, asustado por los gritos, y los encuentra entrelazados y desnudos. En lo que a mí respecta se trataba de sensaciones, la percepción de una atmósfera enrarecida que necesitaba de alguien con decisión que se levantara y abriera la ventana. No sé si Joanna había visto en ese entonces

algo más o lo había sufrido. Sus reacciones, en todo caso, parecían obedecer a un miedo, en su oscuridad y visceralidad, quizá solo comparable al tipo de dominio que los dos ejercían sobre ella. En su presencia se transfiguraba, perdía la madurez que la distinguía. No obstante, también es cierto que su hermano tenía un ascendente mayor que la madre. Aparentemente ambos le causaban un efecto nocivo, pero sin mucho esfuerzo, con una mirada, él conseguía torcer su voluntad donde la madre fracasaba. Es probable, por eso, que la madre lo utilizara para extender su poder allí donde por sí misma no alcanzaba. Y lo cierto es que, de un modo casi imperceptible, así era. Siempre que compartíamos un rato con ellos, Joanna salía de su casa aturdida, como si hubiera estado soportando una gran presión. De nada me valía intentar acelerar su recuperación distrayéndola con preguntas o tratar de forzarla a una conversación acerca de lo primero que me viniera a la cabeza. Se tomaba su tiempo, casi no hablaba hasta que la realidad que nos esperaba en la calle poco a poco se imponía. Entonces, señalaba alguna casa, comentaba algo sobre un libro que estuviera leyendo o me pedía que le describiera la última persona con la que nos habíamos cruzado, y volvíamos a nuestros juegos como si el velo sombrío que había caído sobre ella nunca hubiera existido. ¿Qué podíamos hacer? ¿Existían palabras para relatar lo que la atormentaba? ¿Podía yo obligarla a hablar si su actitud escapaba a mi comprensión? Ni siquiera habría sabido qué preguntas formular. Aun en el caso de que me hubiera propuesto forzarla, habría sido imposible que me contara nada. Puedo afirmar con toda la rotundidad, pues sé por mi profesión, de la que ya hablaré, que no sirve de nada intentar que alguien hable si previamente no está dispuesto a ello.

Y entre tanto Joanna y yo nos esforzábamos en seguir haciendo la vida que antes hacíamos, aunque algo indefinible había cambiado entre nosotros. Quizá se debiera a que, desde la segunda quincena de agosto, algunos veraneantes habían empezado a irse y con su marcha me recordaban la de la propia Joanna, o a que nunca me acostumbre a que el tiempo no fuera ya totalmente nuestro y cada dos por tres hubiera que contar con los planes que para nosotros tramaban la madre y el hermano de Joanna. La pequeña piscina que había en el jardín trasero de casa de Joanna, y de la que habíamos disfrutado casi en solitario, ya no nos pertenecía como antes,

había que compartirla con su hermano y con la madre de Joanna, que ya no se conformaba con salir de tanto en tanto a la terraza para hablarnos, sino que bajaba acompañando a su hijo. Un día nos llevaban a la finca de unos amigos que querían ver a Joanna, y otro día, cuando estábamos ya en la acera de la calle, nos llamaban desde la ventana y nos pedían que los esperáramos para sumarse a nuestro paseo. Cada interferencia, aunque no fuera su deseo, me alejaba un poco más de Joanna, y eso a pesar de que también había excepciones felices, como el día en que yendo a La Granjilla, sentados en los asientos traseros del coche de su hermano, ante un desafortunado comentario picante de este acerca de las transparencias de su vestido, me cogió fuertemente la mano y no la soltó hasta que llegamos a nuestro destino.

El final se presentó repentinamente, tras una mañana en la que hicimos una excursión a unas pozas naturales de la sierra.

La excursión había sido idea de la madre de Joanna y en principio no estaba previsto que yo me sumara, pues no sabían si llegaríamos a tiempo de cumplir con mis rígidos horarios. Sin embargo, Joanna había puesto mi compañía como condición y, espoleado por su aduladora vehemencia, la víspera por la noche arranqué el permiso a mi abuela para ausentarme excepcionalmente en el almuerzo; no le expliqué, claro está, el verdadero motivo: inventé una excusa en la que no mencioné a Joanna. Antes de salir, me hice un bocadillo para resultar más convincente, que luego tiré a una papelería. Todo fue raro desde el principio, como si un persistente designio nos persiguiera empedrando el camino de luctuosas premoniciones. Metimos las cestas de comida en el maletero, la madre de Joanna decidió conducir y, antes de que me hiciera con el sitio al lado de Joanna, su hermano se me adelantó. El trayecto fue larguísimo, nos perdimos y a la madre de Joanna, que había empezado muy alegre, cantando en francés canciones criollas, se le gastó paulatinamente el brío. Cuando por fin llegamos (tuvimos que dejar el coche y completar el último trecho a pie), no disimuló su decepción al descubrir que el lugar, que había imaginado solitario, estaba ocupado por una familia de bañistas. Quiso que huyéramos a un mirador que conocía más arriba en la sierra, pero el hermano de Joanna

ya se había puesto el traje de baño y, saltando por las rocas hacia el agua, le decía:

—Venga, mamá, relájate, no seas tiquismiquis.

Yo me bajé los pantalones y me quité la camiseta y, para cuando comprobé que Joanna no me imitaba, ya era tarde. Eso sí, no me atreví a zambullirme y me senté con ella en una roca mientras su madre se quedaba detrás de nosotros. Al cabo de un rato, cansado de nadar en solitario, el hermano de Joanna salió del agua y se tumbó a nuestro lado, con la cabeza apoyada en las piernas de Joanna. Su madre, puede que resentida, no se había movido.

—¿Y si nos vamos a comer? —preguntó—. No falta tanto para que sea la hora. Podemos volver después, a lo mejor tenemos suerte y no hay nadie.

—Espera por lo menos a que me seque —contestó el hermano de Joanna—. Además, esos no tardarán mucho. Han mirado el reloj.

—Entonces, que alguien me traiga un cigarrillo. Me los he dejado en el coche.

Me levanté antes que Joanna, que tuvo que apartar la cabeza de su hermano, pero su madre me detuvo y dijo que la dejara ir a ella, ya que era la única que estaba vestida.

Todo lo que sucedió a continuación lo recuerdo como si el tiempo y el paisaje que nos rodeaba se hubiesen dilatado.

Vi desaparecer el sombrero de Joanna por el sendero por el que no hacía mucho habíamos llegado, y, un poco por aprovechar la libertad que su ausencia me prestaba, y otro poco por timidez, por alejarme de su madre y su hermano, me metí en el agua en el momento en el que la familia de bañistas efectivamente empezaba a recoger sus cosas. No sé decir cuánto tardó Joanna, me dio tiempo a cruzar la charca a braza y luego hice pie junto a unas rocas del otro lado, asustando a un grupo de renacuajos atraído por el plancton. Intenté cogerlos en un cuenco que hice con las manos, pero eran resbaladizos y mucho más rápidos que yo y solo con uno tuve éxito. El hermano de Joanna vino caminando por fuera del agua y se acuclilló frente a mí.



—No debe de tener ni una semana —dijo—, todavía se le agrandará la cabeza y perderá la cola antes de que le nazcan las patas.

Las voces de la familia ya no se oían. A mi espalda sonó un chapuzón seguido de una exclamación de regocijo. La madre de Joanna estaba en el agua. El hermano se incorporó y se fue caminando hasta desaparecer a un lado del estanque, tras unos árboles. Sumergí las manos, dejé escapar al renacuajo y me di la vuelta para emprender el camino de regreso. No pude hacerlo, porque la madre de Joanna, que llegaba nadando, me cerraba el paso. Hizo pie a mi lado y, mientras la parte superior de su cuerpo surgía del agua, temí que estuviera desnuda. No lo estaba. Tenía los brazos alzados en ángulo y, con la cara levantada, se escurría el pelo presionándolo hacia atrás con las palmas. Cuando sus manos llegaron a la nuca, bajó la cabeza y la sonrisa que ya la adornaba se hizo mayor; me miraba y sonreía. Aún tenía las manos allí cuando desplazó una de ellas hacia mí y me tocó los labios con el pulgar, como si los rebañara. No sé qué pensé, no lo sé, pensaría que me secaba una gota de sudor o de agua. La caricia duró un instante, lo que tardó en despegarme un líquen de la boca, que ya me mostraba orgullosa, pero a mí me pareció eterna, aunque tal vez la magnificara el susto que me produjo descubrir en ese momento a Joanna observándonos desde la roca en la que yo debería estar si su madre no me hubiera obstaculizado el paso. Su hermano reapareció de entre los matorrales donde seguramente se había escondido para orinar y yo empecé, ahora sí, a nadar hacia Joanna al tiempo que su madre, sorprendida por mi presurosa escapada, se volvía para perseguirme y también veía a su hija.

—Venga, Joanna, no seas remilgada, tírate —oí que decía.

Pero Joanna, sin esperar que llegáramos hasta ella, había bajado de la roca y se alejaba por el sendero por donde había venido. La cajetilla de tabaco que había ido a buscar se quedó flotando en el agua.

No me costó localizarla. Estaba junto al coche, sentada en el suelo. Intenté que hablara pero se encerró en un silencio hostil del que ya no salió, ni en el merendero al que fuimos a comer después de que su madre y su hermano se nos unieran, ni en el largo camino de regreso a casa.

No me despedí de Joanna. Dos días después del suceso que acabo de referir, como no se había presentado a las citas que teníamos concertadas, fui a su casa y encontré las persianas echadas. Solo estaban el jardinero y una de las criadas, que me dijeron que la señora y sus hijos habían vuelto a Madrid. Me fui a casa y le escribí una larga nota y regresé para dársela a la criada con el ruego de que se la hiciera llegar, pero me dijo que había sido contratada solo durante el verano y que, cuando cerrase la casa, su labor habría terminado. Hasta que mis vacaciones acabaron, volví en infinidad de ocasiones (prácticamente todos los días, una vez por la mañana y otra por la tarde), y siempre con el mismo desolador resultado: las persianas echadas y los muros, que antes escondían una promesa, adquiriendo, día tras día, esa intangible penuria de las casas deshabitadas. En otoño, con el comienzo de las clases, recuperé mi vida de reclusión y ya no pude acudir con la misma frecuencia. Esperanzado en que Joanna y su madre reaparecieran algún fin de semana, aprovechando uno de mis escasos momentos de autonomía, tomé por costumbre pasar por allí de camino a la panadería los sábados por la mañana, y, a sabiendas de que con el frío aún era más improbable y de que, aun en el caso de que me sorprendieran un día las persianas levantadas, mis posibilidades de reencontrarme con ellas eran exiguas, seguí haciéndolo durante todo el invierno. Hasta que en los primeros días de primavera, en uno de los balcones de la primera planta, descubrí algo que no había previsto y que, pese a todo el tiempo transcurrido, me descompuso: un cartel de *Se vende*. Recordé que al comienzo de nuestra amistad, cuando me habló de su vida nómada, la propia Joanna me había insinuado que eso podía suceder y me sentí idiota por haber esperado otra cosa.

Jamás volví a coincidir con Joanna, jamás volví a escuchar su voz, jamás, que yo sepa, me buscó. En cambio, sí sé que por lo menos una vez volvió a pensar en mí. Supe de ella, de forma breve e insatisfactoria, al año siguiente. En verano, por las fechas en que se cumplía el aniversario de nuestro primer encuentro, mi abuela me dio una carta que había dejado para mí el cartero. Era un sobre anormalmente pequeño, con un sello rojo en el que aparecía un hombre tocado con un fez. A pesar de la ausencia de remite, no lo dudé. No esperaba ya recibir noticias tuyas, fatigosamente había relegado su recuerdo, junto al de mi madre y al de mi padre, al

almacén de la memoria donde guardaba las cosas inexplicables, y estuve tentado de romper la carta sin leerla. Me contuvo la mirada entre reservada y suspicaz de mi abuela, a la que un gesto tan innecesariamente elocuente habría escamado más de la cuenta, y, para cuando llegué a mi cuarto, la curiosidad me había vencido.

Mi pequeño,

Estoy en Tánger, asomada al mar en lo alto de la ciudad antigua, y casi me parece que veo España. ¿Has vuelto a leer en la silla del rey triste? ¿Tienes una nueva amiga mejor que yo? Yo he estado sola. Tuve un amigo pero no se parecía a ti. No sé si alguna vez volveré. Depende de mi horrible madre. Dentro de diez años, el día de San Juan, ¿me esperarías en la Casita del Príncipe? Toda la culpa fue mía. Perdóname.

Joanna

Como digo, el sobre carecía de remite y no podía contestar. Tampoco sé si lo habría hecho. Solemos ser injustos con los amores que nos hicieron sufrir y las líneas de Joanna, pese al desconocido cariño que contenían, me asustaron. Sentí ante ellas ese rechazo irracional que despiertan en los niños o en quienes carecen de experiencia las manifestaciones del sentimiento. Diría más, por primera vez llegué a pensar (y ahora creo que solo fue rencor) que Joanna sufría alguna perturbación. De otro modo, no entendía el largo silencio y luego la carta; de otro modo no entendía su sintaxis partida, las ideas quebradas, tartamudas, ajenas por completo a la convención epistolar. Estaba en Tánger, sí, pero ¿y antes? ¿Dónde había pasado el invierno? Había tenido un amigo pero había estado sola. ¿Qué cita era esa para dentro de diez años? Estas preguntas, y otras de parecido cariz, me persiguieron durante días mientras la injusta convicción de haberme dejado embaucar se abría paso vergonzosamente en mi interior. ¿Era Joanna una criatura rara, tocada, complicada? ¿Me había fijado en quien no debía? Necesitaba dejarla atrás, no pensar en ella.

Pero conservé la carta. Pasaron días, pasaron meses, tuve nuevos amigos que ocuparon mi tiempo y no se me ocurrió tirarla.

Más tarde, cuando ya los rasgos de Joanna empezaban a desdibujarse en la memoria, me favoreció la casualidad.

En mi último año escolar, alrededor de dos años después de haber recibido su carta, tuve la discutible fortuna de encontrarla en un ejemplar de una de esas revistas que en la época se llamaban de sociedad, las modosas antecesoras de la actual prensa del corazón, que llegó a mis manos por azar (probablemente en la consulta de un médico al que acompañé a mi abuela). Era un reportaje sobre la puesta de largo de una chica de la clase alta madrileña. Entre fotos de la homenajeadá posando, engalanada, con sus padres y con grupos representativos de asistentes a la fiesta, descubrí una foto que de inmediato me produjo un sofoco de calor. El pie de foto rezaba: *La señorita Joanna Mornes, de visita en Madrid, en compañía de la feliz debutante*. En ella estaba Joanna como nunca la había visto, con un traje palabra de honor que el texto del artículo decía que era de terciopelo azul, los labios y los ojos levemente pintados, y un collar de perlas. Parecía mayor, pero también yo se lo habría parecido a ella. No obstante, no fue eso lo que primero llamó mi atención sino un contraste, que tal vez solo yo estaba capacitado para percibir, entre la obligada sonrisa que exhibía y un fondo de tristeza en la mirada.

Recorté la foto y la guardé junto a la carta, y, aunque nunca incurrí en el delito de comprarlas, durante una larguísima época, siempre que en una sala de espera médica o en una peluquería me tropezaba con una de esas revistas, la cogía y buscaba en sus páginas a Joanna. Era un gesto mecánico, así de interiorizada tenía el ansia de saber de ella. Nunca me sonrió la suerte, si bien es cierto que, al pasar el tiempo y complicarse la búsqueda debido al previsible cambio de su aspecto, la mayoría de las veces tenía que abandonarlas habiendo pasado muy pocas páginas. Al principio no, al principio me bastaba con hojearlas rápidamente.

Mientras tanto, mi vida siguió. Fui a la universidad, e hice una de esas carreras, no reconocidas con ningún título académico, que consisten en pasar por los primeros cursos de varias facultades. Empecé Filosofía, no con una vocación real sino influido por los tiempos (había muerto Franco y Suárez luchaba por sacar adelante las primeras reformas); de ahí pasé a Psicología, y, tras una breve estancia en Derecho, acabé en Filología, donde

erróneamente pensé que encontraría alimento para mi afición lectora. Habría seguido en la misma tónica, saltando a otras carreras, de no ser porque murió mi abuela, que, por otra parte, estaba a punto de cansarse de mi inconstancia, y, aunque heredé su casa de El Escorial y podría haber prolongado mi diletantismo académico, preso de uno de esos ataques de responsabilidad que suceden a las pérdidas (me había quedado solo, sin familia), decidí encarrilar mi vida. La manera de hacerlo, totalmente azarosa, fue empezar a trabajar en el servicio de documentación de una radio. Tres años después, creo que favorecido por mi formación ecléctica, además de por un tono de voz grave de los que inspiran confianza y resultan agradables de escuchar, estaba al frente de uno de sus programas nocturnos, un consultorio sobre temas de la salud que, con algunos altibajos y varios cambios de nombre y de enfoque (hace tiempo que lo de la salud se ha flexibilizado), lleva la increíble cifra de treinta años en antena.

La radio me lo ha dado todo. La radio hizo que encontrara a mi mujer, con la que he tenido dos hijas, y me ha proporcionado un modo de vida desahogado que me ha dejado tiempo libre para mis aficiones. Sigo leyendo mucho, y no solo novelas. Como quizá se haya traslucido en algo de lo escrito anteriormente, me gusta cada vez más, la divulgación científica y la historia. Me interesan el origen del universo y los primeros tiempos del hombre. Llevo una vida razonablemente feliz. Empecé a psicoanalizarme en la universidad, cuando el abandono de mi madre y mi orfandad aún me pesaban, y, con largas intermitencias, he seguido haciéndolo hasta hoy. No creo necesitarlo ya, pero constituye un modo de autoconocimiento al que me sería difícil renunciar.

Mentiría si dijera que en todo este tiempo no me he quitado a Joanna de la cabeza. Me he acordado de ella solo ocasionalmente, pero de un modo que podría calificarse de persistente, por su recurrencia a lo largo de los años. El motivo más nimio podía restituírmela a la memoria: mis hijas a la edad que ella tenía cuando la conocí, una noticia sobre el Caribe francés, un viaje a El Escorial, la vista de un palacete de la Castellana, una madre y una hija que se cruzaran conmigo en la calle, una película o la lectura de un libro (recuerdo uno de Jean Rhys, que nació en una isla vecina a Martinica, y, recientemente, unos cuentos de Alice Munro protagonizados por chicas

adolescentes que muy bien podrían haber sido un trasunto suyo)... A veces se reducía a una llamada fugaz que la tarea que estuviera haciendo, o pensamientos más urgentes, me obligaban a dejar rápidamente atrás, y, en otras ocasiones, me demoraba placenteramente imaginando cómo la habría tratado la vida. Me preguntaba qué haría, dónde viviría. La suponía, casada y mundana, instalada en un país lejano al lado de un marido tal vez diplomático. Es curioso, pero nunca la imaginaba infeliz, de una extraña manera, sin noticias de ella y con los insidiosos precedentes que ya he expuesto, mi subconsciente buscaba soluciones benignas, no dolorosas, a la hora de acomodar la huella de su recuerdo. Creo que es la prueba de que el rencor que inicialmente sentí se había difuminado, así como la expresión, en un nivel más profundo, de un anhelo exacerbado con el que socavaba el miedo latente a que todavía fuera desgraciada.

Nunca se me ocurrió buscarla. ¿Qué sentido habría tenido? Ni siquiera cedí a la tentación de hacer pequeñas averiguaciones, buscar su nombre en la guía, por ejemplo. Es mejor que la gente que en un momento se aparta de nosotros vuelva por sí misma o no vuelva. Es una máxima que he mantenido con mi madre, que no sé si vive o no, y que me valió también para Joanna.

Podría haber seguido así, de no ser por una llamada que recibimos en mi programa de radio, *La calle por la ventana*. No era Joanna, no. Era una chica joven, más o menos de la edad de mis hijas o quizá mayor. Parecía muy educada, y estaba nerviosa; por el temblor de su voz, se notaba que se avergonzaba de lo que estaba haciendo, no tanto por la posibilidad de que algún conocido la escuchara, que es el miedo de muchos, como ante sí misma. Era de ese tipo de personas que no se ven llamando a una radio para compartir su intimidad con miles de oídos anónimos, que lo encuentran degradante. Y, sin embargo, lo había hecho y no sabía cómo empezar...

Un inciso: los temas que tratamos, ya lo dije, son variados, y los oyentes que nos llaman lo hacen por diversos motivos. Uno muy frecuente es la soledad; gente que se siente sola y lo dice, y mucha que lo está pero no lo confiesa y se inventa o exagera problemas con tal de hablar. Luego están los enfermos, o sus familiares, que describen sus penurias para consolarse o consolar a otros, o los que han notado un síntoma raro y, antes de ir al

médico, buscan un diagnóstico orientativo, o los deprimidos, o los que padecen enfermedades sociales como la ludopatía o el alcoholismo... Otro frente es el de los ahogados por la economía, los parados, los endeudados, los que malviven con pensiones y sueldos misérrimos, los que han perdido su casa o su negocio o están a punto. Y el de los que buscan asesoría sobre asuntos concretos, los enredados en pleitos civiles o en herencias reñidas o que no saben cómo librarse de un abuso (vecinos enfrentados a otros vecinos, empleados acanallados con sus jefes, divorciados encasquillados en convenios aberrantes), o los estafados por particulares o por empresas que se escabullen en la burocracia para no atender sus demandas. Y por supuesto aquellos para los que la familia es un infierno y no soportan a sus padres o a sus hijos, o han descubierto que son engañados o son ellos los que engañan y tienen mala conciencia. Y los que son feos o gordos y son estigmatizados por ello; y quienes hacen la calle o tienen oficios extraños o peligrosos; y los que sufren alguna anomalía sexual; y los lunáticos; y los obsesionados con la política; y los exhibicionistas y los provocadores; y los gamberros; y los de espíritu samaritano que se compadecen de las miserias que han escuchado... Es imposible clasificarlos en un patrón único. La mayoría pertenece a lo que los sociólogos llaman clase media-media, pero el espectro es más amplio, tanto por debajo de esa franja como por encima. Alrededor de un treinta por ciento son habituales, gente que se aficiona a la tribuna que les proporcionamos y nos llama con más frecuencia de la que deseáramos, un cuarenta por ciento lo hace ocasionalmente, y el treinta por ciento restante no repite, están solos, acuciados por algo, y levantan el teléfono esa única vez.

La chica de la que hablo pertenecía a esta categoría, que es la que yo y mis compañeros de oficio preferimos. Sus integrantes son los que más satisfacciones deparan, los más auténticos, si así puede decirse, a los que más se puede ayudar, precisamente por lo excepcional de su llamada. Algunos de ellos, además, plantean atolladeros personales nada comunes. Pero hay que tener cuidado, saber llevarlos, ya que pocas veces muestran su problema directamente. Atenazados por la timidez, enseñan una mínima porción, a veces irrelevante, y mi tarea consiste en tirar del ovillo, deshacerlo tenazmente, con el peligro de que, arrepentidos, interrumpen la

conversación. Esa chica era de esas, de las que enseguida se percibe que caminan por un alambre muy fino.

Llamaba alterada por algo que no sabía si había visto o solo sentido. Vivía sola y tenía una larga historia de desencuentros con su padre; por cómo lo describió, deduje que un egoísta y un inmaduro emocional que, además de no haber perseguido en su vida otra cosa que su propia satisfacción, había ido coleccionando hijos de distintos matrimonios, que no atendía o lo hacía muy precariamente, y que educaba sobre bases de barro, premiándolos o castigándolos según criterios en los que solo influían las narcisistas fluctuaciones de su ánimo. Pero no era para hablar de la personalidad de su padre, que tenía muy asumida, por lo que llamaba, sino de algo que le había visto hacer o que, como dije antes, había sentido que hacía a una de sus hermanas, adolescente aún. Ella era la mayor y por eso se consideraba un poco responsable de sus hermanos, velaba por ellos sabiendo lo que se les venía encima. Lo que a continuación narró, entrecortadamente, era una historia larga, que tenía ramificaciones en otros miembros de su familia paterna y que ella solo había podido hilvanar cogiendo fragmentos de aquí y de allá, y, al principio, con un gran sentimiento de culpa. Me habló de masajes que su padre le daba de niña, sentado a horcajadas sobre ella, de su pene erecto, presionándole la espalda desnuda, cuando se echaba hacia adelante para frotarle los hombros. Me habló de una hermana que de un día para otro se negó a verlo y nunca fue capaz de esgrimir una razón, solo de llorar, cada vez que se le inquiría el porqué. Me habló de una hermana menor, por la que llamaba, a la que descubrió sentada desnuda con él en un sofá...

Cuando uno oye historias como esta, hay que ser prudente. No solo, como dije antes, para evitar que la comunicación se interrumpa. Hay que decidir muy rápidamente si lo que se escucha es verdad o mentira. Son muchos los fantasiosos que cuentan como reales historias turbias salidas de su imaginación, los locos que no distinguen el resbaladizo interior de su mente de lo que sucede fuera de ella y que ansían contagiar sus pesadillas. A estos no debe alentárseles con preguntas, todo lo contrario. Podrían desbocarse. No se puede no escucharlos, pero hay que contenerlos, llevarlos disimuladamente, sin que se sientan rechazados, al final de la conversación.



No es difícil distinguirlos. Aparte de la locuacidad, todos comparten una lógica torcida que no pasa inadvertida a poco que se preste atención. Pero es fundamental la rapidez. Y sería muy perjudicial equivocarse y creer que alguien que cuenta la verdad es uno de ellos. Lo cohibirías, callaría la historia que necesitaba compartir y podría ocasionársele un gran daño, cerrar para siempre esa espita que había querido abrir.

La chica que llamó esa noche, lo supe desde el principio, no fabulaba, decía la verdad, su tono transmitía convicción, las palabras que elegía, pese a su nerviosismo, eran atinadas, los juicios sobre su padre tenían la coherencia de lo que ha sido meticulosamente observado y meditado, se trababa por la emoción donde era normal que se trabara, pasaba por alto lo superfluo y profundizaba, sin necesidad de que se las formulara, allí donde se habrían multiplicado mis preguntas. Cuando le dije lo que estamos obligados a decir en casos como el suyo, que tenía que denunciar, naturalmente lo esperaba:

—Sé pero no he visto. Salvo que hable mi hermana, sería mi palabra contra la de nuestro padre y a lo mejor es peor el daño que provooco. Supongo que ella no se da cuenta del todo, como me sucedió a mí cuando era pequeña... Pero, si tuviera que hablar, todo el lío que se montaría sí que podría provocarle un trauma.

No tiene sentido que me demore en los argumentos que le di para tratar de convencerla ni en los que ella esgrimió para replicarme, calculo que dieron para tres o cuatro turnos de cada uno. Después desistí. No había conseguido que se moviera un milímetro de su posición y, como parecía, en cambio, que empezaba a impacientarse, me dio miedo perderla. Debí haberlo dejado ahí, desde sonido me hacían señas para que cortara, teníamos llamadas en espera a las que había que dar paso, pero decidí retenerla y le pregunté por esas ramificaciones familiares que, concentrado en tirar de otros hilos, había dejado pasar al comienzo de su relato. Entonces se remontó a la estrecha relación que su padre mantenía con su propia madre, su abuela, y a su sospecha de que fue esta la que lo había iniciado en las costumbres contra natura que reproducía con sus hijas, y me habló de una hermana de su padre, a la que nunca conoció, que, según le había relatado una vieja tata que aún vivía en Fort-de-France (Fort-de-

France, me aclaró, la capital de Martinica), había consumido la totalidad de su corta vida huyendo de él. Hasta que, a punto de casarse con dieciocho años, horas después de descubrir en la cama de su madre a quien iba a ser su marido, había rasgado una sábana de esa misma cama, había atado un extremo a su cuello y otro al balcón y había saltado.

# ÚLTIMA GOTA FRÍA

Entre principios de 1982 y septiembre de 1983, cuando yo tenía catorce años, mi madre mantuvo una relación con un profesor latinoamericano que enseñaba en una universidad francesa. Nosotros vivíamos en Madrid, de manera que se veían cada dos o tres fines de semana y en vacaciones. Alguna vez mi madre lo visitaba en Francia pero más frecuentemente era él quien venía a verla. Cuando lo hacía, dormía en casa, en el cuarto de mi madre, una habitación con dos camas, en la que, encajada en la esquina de un cuadro, ella había colocado una foto de él fumando, un retrato en blanco y negro con el rostro medio tapado por la mano con la que sostenía el cigarrillo.

No era la primera vez que mi madre tenía un novio. Al parecer había tenido dos o tres, con uno de los cuales habíamos llegado a convivir un verano, pero o bien nunca los consideró con la suficiente seriedad, o bien yo era demasiado pequeño para otorgarles esa categoría, para saber siquiera en lo que consistía. Por ese tiempo, mi padre aún interfería en lo que podía. Como la casa en la que vivíamos aún era la misma que él había abandonado, se tomaba la libertad, que mi madre no combatía con suficiente energía, de venir a verme cuando le parecía, y a veces había provocado situaciones embarazosas.

Mi padre todavía nos visitaba cuando mi madre se enamoró del latinoamericano, pero nos habíamos mudado a una casa más pequeña de la que no tenía llave y él mismo estaba más asentado, había dejado de tener una vida amorosa desordenada y convivía con una mujer. Aunque siguieran sin ser regulares, por lo menos nos avisaba de sus visitas.

Creo que mi padre no soportaba a mi madre, pero también creo que siguió enamorado de ella durante muchos años. Por eso entorpeció cuanto pudo cualquier relación suya. No quería nada con ella pero tampoco quería que se rehiciera sin él. Hasta que se quedó sin la excusa de la casa.

Por el tiempo en el que apareció el latinoamericano, mi madre había cumplido los cuarenta. Era una mujer guapa y alta, estilosa en el vestir, y de una elocuente elegancia que se reflejaba en su postura erguida tanto como en su manera de hablar, de caminar o de mover las manos. Todo lo cual le granjeaba la admiración masculina, pero también le otorgaba un aura de inaccesibilidad a la que, por su cultivo de una aristocrática distancia, ella misma no era ajena. A su discreta fortuna amorosa contribuía que no muchos se atrevieran a dar el paso, igual que su gusto por hombres poco convencionales. Sentía una atracción estética por cierta sofisticación decadente que le hacía fijarse en especímenes tan de vuelta de todo que a menudo carecían de dirección. No quiero decir que fuera ciega a sus defectos o que los desdeñara, simplemente que confiaba equivocadamente en su propia capacidad para enderezarlos.

Y luego estaba yo, la relación estrechísima que mantenía conmigo, el hecho de que pareciera supeditar todo a lo que consideraba mejor para mí. El problema no residía en que dejara de hacer cosas por mí, pues viajaba y trasnochaba con más frecuencia que otros adultos que yo conocía. Lo que a la larga provocaba la desafección de sus pretendientes era que nuestra relación fuera tan sólida y exclusiva que no dejaba aparentemente espacio emocional para otra de la misma intensidad. Algo intangible, incorpóreo que, al no traducirse en nada concreto, no debiera haberlos importunado, pero que alentaba la rivalidad conmigo y despertaba celos dormidos que en momentos de crisis los llevaba a pedir pruebas imposibles que, al no ser satisfechas, emponzoñaban la convivencia.

Una prueba imposible era que mi madre se olvidara de mí durante varias horas. Una prueba imposible era que, cuando estaba fuera, dejara de llamarme dos o tres veces al día. Una prueba imposible era proponerle un viaje largo sin mí. Mi padre, ya lo he dicho, venía a visitarme, íbamos al cine o a comer, pero después me depositaba en casa. No me llevaba de vacaciones ni a pasar fines de semana con él. Al principio porque, sumido

en el egoísta desbarajuste de su recuperada soltería, ni se le ocurría; después porque, aunque hubiese querido, carecía de una organización vital adecuada, y, finalmente, en el tiempo al que me estoy refiriendo, porque la mujer con la que convivía no se lo permitía. La principal perjudicada era mi madre, que nunca libraba. Todo lo que me sucedía era responsabilidad suya. Las noches que salía y algunos fines de semana podía dejarme a cargo de la interna que trabajaba en casa, pero no por períodos más largos. Y por supuesto, cuando se ausentaba, tenía que dirigir la casa a distancia, llamarme y preguntarme cómo iba todo.

Mi madre no podía olvidarse de mí; ni debía ni le era posible ni creo que lo deseara. En consecuencia, siempre acababa por llegar un punto en el que sus novios le pedían más: romper del todo con mi padre. Ella y yo.

El razonamiento que veladamente exponían era simple. Ya que mi padre no cumplía adecuadamente como padre, ya que era inútil esperar que contribuyera a mi bienestar, ya que no podía pedírsele nada, ¿por qué no prescindir totalmente de él? De ese modo, sugerían, apartado del camino, ellos podrían convertirse en mis padres adoptivos y los tres, mi madre, ellos y yo, en una familia plenamente feliz. Sin la amenaza de la interferencia de mi padre, ellos se sentían capacitados para asumir responsabilidades. Entonces ya no les afectaría tanto la falta de libertad, ya no les importunarían tanto las llamadas constantes cuando se llevaban a mi madre de viaje ni que yo estuviera casi siempre presente.

Mi madre jamás consintió. Ni consintió ni, por supuesto, me puso al tanto de tales demandas hasta muchos años después, cuando no solo el profesor latinoamericano y sus predecesores eran historia sino asimismo cualquier deseo suyo de establecerse con un hombre, de volver a encontrar una vida armoniosa en pareja.

Aparte de su rechazo a que yo perdiera a mi padre, aparte de su convicción de que, aunque deficitaria, era necesario para mí tener relación con él y de su confianza en que, poco a poco, nuestro trato se normalizara, en la negativa de mi madre influían sus propios sentimientos. En sus cálculos no entraba volver a vivir con mi padre, pero en cambio guardaba intacto el cariño por él y nunca lo habría traicionado ni dejado en la estacada. Ni siquiera lo juzgaba. Podía irritarse o incluso enfadarse por su

causa, pero en el fondo consideraba sus carencias producto de una debilidad de carácter de la que él era el principal perjudicado y lo disculpaba como se disculpa a un enfermo o a alguien que no es malo aunque de sus actos se deriven malas consecuencias.

Mi padre era una buena persona y nos quería a mi madre y a mí, eso no lo dudábamos. El problema era que no se veía obligado a corroborarlo con hechos. Por un lado, porque se sabía correspondido y pensaba, en consecuencia, que todo le sería perdonado, y, por otro, porque tenía tanta confianza en que mi madre me sacaría adelante como poca en sí mismo para lidiar con los aspectos prácticos de su vida. Creía vivir en un estado de excepción permanente y, si para paliarlo, debía olvidar sus obligaciones de padre, lo hacía sin mucho remordimiento, seguro de que nosotros comprenderíamos. Lo que consideraba urgente, aquello en pos de cuya solución había que subordinarlo todo, era lo que se relacionaba con él, nunca lo mío. Yo estaba cubierto por mi madre.

Y así era. Ni mi madre ni yo lo cuestionábamos. En lo que ya no coincidíamos con él era en considerar su situación tan delicada, ni sobre todo en la idoneidad del antídoto con el que pretendía afianzarla: su pareja de entonces. Quince años atrás, aprovechándose de la reforma política que ya se vislumbraba, había fundado una editorial en la que había publicado, con algún éxito, textos clásicos de política y sociología, pero, con la llegada de los nuevos tiempos, había sido incapaz de hurtarse a la prolongada resaca de euforia que se vivía en bares nocturnos de todo el país, y la misma inconstancia que hirió de muerte su matrimonio con mi madre había terminado por afectar su trabajo. No habría sido mal traductor, con su currículum y experiencia habría podido desempeñar cualquier labor en las numerosas editoriales que estaban poniéndose en marcha, pero, un poco por orgullo y otro poco por su paralizante timidez, había preferido aferrarse a la que consideraba la obra de su vida, sometiéndola a una lenta agonía. De esa malsana inercia lo había sacado, cuando ya tocaba fondo, la mujer con la que convivía, solo que a costa de meterlo en una inercia más tétrica, de carácter espiritual, que lo tenía reo de deseos ajenos. Desguazaron la editorial y el poco capital que se pudo salvar se invirtió en una tienda de ropa que ya no era suya sino de ella. Tenía la manutención asegurada, los

fantasmas de ruina que hasta hacía poco lo atormentaban se habían disipado, pero no era dueño de su destino. Su principal cometido consistía en plegarse a los designios de su pareja, que por supuesto nunca contemplaban ninguna prioridad mía o de mi madre. El tiempo que pasaba con mi padre era tiempo en su mayoría que él arañaba para mí a escondidas.

Y en esos años de 1982 y 1983, en que su unión aún era reciente, el tiempo que arañaba no era tan poco como luego sería. Venía a casa, me llevaba al cine y a librerías, y a menudo invitaba a mi madre a acompañarnos. Instantes robados en los que los tres nos comportábamos alegremente, empujados por el buen humor que, pese a todo, nunca perdió.

Se reía, por ejemplo, de mi madre porque dormía mucho, y la llamaba marmota y con servilismo impostado usurpaba el papel de la interna que teníamos en casa y, exagerando el formalismo de las antiguas criadas, le preguntaba: ¿Ha dormido bien la señora? ¿Quiere la señora que le haga un zumo? A mi madre no siempre le hacían gracia sus bromas, pero por lo general las aceptaba sabiendo que no encerraban inquina y que era su modo de establecer una sintonía cariñosa. Conmigo no se cohibía más. Si, viendo la televisión, en la publicidad anunciaban muñecas o juguetes con los que hacía años que ya no jugaba, me preguntaba cuál quería que me regalasen en Navidad y me animaba a darme prisa en escribir la carta a los Reyes Magos. Ni siquiera la interna se libraba de sus bromas constantes. La interrogaba por su novio, con el que salía los sábados por la tarde y todo el domingo, y le decía que tarde o temprano iba a tener que hablar con sus padres. Ni tampoco mi perro, a quien llamaba señorito Tobi por culpa de la portera del edificio que era como un personaje de Galdós y se empecinaba, pese a nuestras protestas, en llamarme señorito.

Los ratos que pasaba en casa, mi padre ejercía de padre y casi de marido como si nunca se hubiera ido, como si al caer la tarde no fuera a marcharse a otra casa y a meterse en una cama que no conocíamos y a seguir haciendo bromas, bromas distintas, supongo, que ya no escuchábamos.

La relación entre ellos era, en el fondo, ahora me doy cuenta, bastante peculiar. La separación no, la separación había sido la típica historia del vaso que rebosa. Mi padre se alejó sin que hubiera motivos reales de discordia. A caballo de su ajetreada vida nocturna, había pasado de dormir

algunas noches en la editorial, con excusas puntuales, a convertirlo paulatinamente en norma mientras el disgusto de mi madre crecía en paralelo. Se había sentido sola, dada de lado y hasta humillada, y, al final de un tortuoso camino de sufrimiento, había conseguido desvincularse de él, algo de lo que mi padre solo se resintió tiempo después, cuando, a causa del desorden, toda su vida zozobraba. La paradoja es que el cobijo que ya no estaba dispuesta a darle mi madre, y que por orgullo tampoco él se habría atrevido a pedir, lo encontró en alguien que restringió su libertad infinitamente más allá del mínimo con el que mi madre se habría dado por satisfecha cuando empezaron las desavenencias. Lo cual, en el tiempo del que estoy hablando, no la dejaba precisamente indiferente sino que era causa de cierto sentimiento de agravio retrospectivo. Y, no obstante, pervivía entre ambos un cariño originario, un vínculo que, como el de los hermanos, resistía los embates del tiempo y del hartazgo mutuo.

Los amoríos de mi madre con el profesor latinoamericano no interfirieron en ese estado de cosas. Como este vivía en Francia, mi padre no tenía obstáculos para visitarnos cuando quería, y ante mi madre mantenía la ficción de que no sabía nada de su nueva relación. Solamente conmigo se permitía algún comentario, como el día en que descubrió el retrato que mi madre tenía en su dormitorio.

—¿Y de qué dices que es profesor? —me preguntó, fingiendo que no lo sabía, solo por ganar tiempo para regatearme con una ironía.

—De Literatura.

Miró, entonces, los libros que mi madre tenía sobre la mesilla, cogió uno de ellos, *Memoria falsa de Mateo Manso*, de Joaquín Trafford Iribarri, y, pasando displicentemente las páginas, comentó:

—Pues si son estos los autores que enseña, pobres alumnos.

—El autor del libro es amigo suyo —traté de defenderlo—. Además, es profesor de Literatura Hispanoamericana. No puede dar sus clases sobre *El Gatopardo*.

Mi padre se tenía por un buen lector y siempre hablaba de una novela que, aseguraba, algún día escribiría. Otras veces me decía que no tenía talento pero que haría de mí un escritor, como a él le habría gustado ser. Me regalaba libros de Scott Fitzgerald y de Radiguet y de Giorgio Bassani y de



Joseph Roth, libros que ya estaban en la biblioteca de casa, pero que me parecían los mejores regalos del mundo.

Ese día me escoció el sarcasmo de mi padre, porque mi relación con el novio de mi madre aún era buena. En cierto modo, puede decirse que, igual que ella, estaba obnubilado. Como sus visitas a Madrid eran por lo general breves, una semana lo máximo, no daba tiempo a que la cotidianeidad se asentara, estábamos como de vacaciones, con el ánimo encendido. Él y mi madre salían por la noche a cenar con amigos, regresaban tarde y se despertaban risueños, proclives a perder el tiempo. Almorzábamos con frecuencia en restaurantes, y hacíamos cortos viajes a ciudades cercanas a Madrid, como Segovia, El Escorial o Toledo. El novio de mi madre tenía, además, un humor hilarante que se convertía en disparatado a medida que a la cerveza del aperitivo se le iban sumando el vino del almuerzo, la copa de la sobremesa y el whisky de media tarde. Bebía mucho el novio de mi madre, pero, como estábamos siempre fuera, no parecía raro.

1982 transcurrió casi hasta el final sin sobresaltos significativos. Pasamos parte del verano con el novio de mi madre en El Ampurdán, en casa de una pareja amiga, y en otoño mi madre me anunció que, al inicio del curso siguiente, él vendría a vivir con nosotros a Madrid, que venderíamos nuestra casa y compraríamos una más grande en la que yo dispondría de un mini apartamento donde, ya que algunos habían sido comprados por mi padre, pondríamos los muebles y los cuadros que yo quisiera de nuestra casa actual. Mi padre conoció los planes por ella. Me di cuenta de que no le gustaban, porque, igual que hacía cuando se le reprochaba algo, no dejó que mi madre terminase de hablar y esa tarde no hizo ya ninguna de sus bromas y se marchó pronto. Luego, la siguiente vez que nos vimos a solas, se refirió a ello y, con mordacidad que me molestó, puso en duda que de verdad fueran a hacerme un cuarto tan grande como me habían prometido.

—Ya lo verás —le corté—. Y, si encontramos una casa con dos puertas, haremos que por una de ellas se acceda directamente. Así podrás seguir viniendo cuando quieras.

Después de esto, mi padre no continuó mostrando su reticencia, sino que se puso muy colorado, como siempre que se emocionaba.

Un mes y pico antes de fin de año, en noviembre, sucedieron dos cosas que alteraron los ánimos de todos: mi padre empezó a hablar de una nueva editorial que se proponía fundar con un amigo de la universidad que le había ofrecido asociarse con él y yo tuve la primera pelea con el novio de mi madre. Llegó un viernes para pasar con ella el fin de semana, salieron a cenar, y el sábado, mientras yo iba al cine con unos amigos, se quedaron en casa. Cuando regresé sobre las nueve, los encontré en el salón. Vi una botella de whisky en la mesa y noté que mi madre estaba algo nerviosa, ya que quiso evitar que me sentara con ellos y me sugirió que fuera directamente a la cocina para prepararme la cena.

—Deja que se quede —se precipitó a pedirle su novio en un tono ligeramente destemplado—. Que cene con nosotros.

Yo seguía de pie, frente a ellos, a la espera de que mi madre dijera algo, y, de pronto, él se levantó, vino hacia mí trastabillándose, me cogió por los hombros y, tras plantarme un beso húmedo en cada mejilla, musitó:

—Si no, nunca voy a conseguir que me quiera más que al fracasado de su padre.

—No digas eso —le cortó, enérgica, mi madre.

—Es la verdad —replicó él—. Un fracasado y un imbécil.

Aunque todavía me aferraba por los hombros, había vuelto la cabeza hacia mi madre y aproveché el momento para empujarlo; con tan mala fortuna que tropezó, cayó de lado sobre una vitrina en la que guardábamos objetos traídos por mis padres de sus viajes, rompió el cristal y se quedó, desconcertado, con el codo encajado en el interior. Mi madre, que se había levantado sin que yo la viera, lo ayudó a incorporarse y me mandó a mi cuarto. Desde allí los oí discutir. Al cabo de un rato, tocaron en mi puerta y, sin necesidad de abrir, supe que era él para pedirme perdón.

Es probable que esta escena no hubiera sucedido nunca de no haber empezado mi padre por esas fechas a fantasear con volver al negocio editorial. Entonces no se me ocurrió relacionar ambos hechos, sobre todo porque la pelea fue cosa de una tarde y apenas dejó secuelas más allá de cierta moderada desconfianza por mi parte hacia el novio de mi madre, mientras que lo de la nueva editorial se convirtió en un tema de conversación recurrente.

La misma noche de la pelea, un rato después de que lo hiciera su novio, mi madre vino a mi cuarto con la excusa de traerme un sándwich. Entró sin llamar y se sentó a los pies de mi cama, donde yo estaba tendido fingiendo leer un libro. Creí que me recriminaría lo del empujón, pero no lo mencionó.

—No se lo tengas en cuenta —me dijo mientras me acariciaba las piernas—. No piensa lo que ha dicho. Está bebido.

—Ya lo he perdonado.

—Lo sé —contestó—. Eres un hijo estupendo. Pero no quiero que le guardes rencor. Está un poco celoso, nada más. Le gustaría que lo quisieras tanto como a papá.

—Pero eso es imposible.

—Claro que es imposible —sonrió—. Pero no está mal que aspire a ello, ¿no te parece? Ya se acostumbrará. Dale tiempo.

Los meses siguientes estuvieron poblados de sucesos contradictorios, de proyectos abandonados y de otros nuevos que venían a sustituirlos.

Dos semanas después, sin su novio en Madrid, mi madre sacó el tema de mi padre en un restaurante italiano al que solíamos ir los domingos. El viernes anterior, al llegar del colegio, cuando no estaba prevista la visita de mi padre, los había sorprendido a los dos en el salón, y, si bien era evidente que estaban tratando de algo importante, los dos habían cambiado de conversación al verme. Sin embargo, ese domingo, en el restaurante italiano, después de elegir la comida y de que el camarero se fuera con la comanda, mi madre encaró el asunto directamente.

—Tu padre me ha pedido prestado dinero para invertir en esa editorial que quiere hacer y le he dicho que no puedo dárselo.

No contesté.

—Nada me gustaría más que que abriese una nueva editorial y que le fuera bien. Que cuente con un socio, además, es muy bueno —hizo una pausa para dar tiempo a que el camarero, que había regresado, sirviera las bebidas. Luego, volvió a mirarme y, como yo seguía sin decir nada, me dijo—: Di algo, ¿Qué piensas?

—Que si no tuvieses novio a lo mejor se lo dabas.

Mi madre se apresuró a contestar:

—No es cierto. No se lo doy porque no lo tengo. Tendría que pedir un préstamo y no me parece bien que siempre recurra a mí.

—¿Y si viviese aún con nosotros?

Mi madre pareció sorprendida.

—Si viviese aún con nosotros sería otra cosa... Significaría que seguiríamos siendo un matrimonio y, entonces, yo estaría casi obligada. Pero no tiene sentido que nos pongamos en ese caso. Vive con otra persona. Sería a ella a quien tendría que pedírselo.

—¿Y si ella no se lo da?

—Si ella no se lo da, no lo sé... mala suerte... Tal vez debiera replantearse algunas cosas... Lo que sé es que de momento no se lo ha pedido. Él mismo me lo confesó el viernes cuando le expliqué mis razones.

No dije nada.

—Lo que no quiero es que pienses que actúo por rencor. Mi deber es protegerme para protegerte a ti. Imagínate que la editorial fracasa y que tengo que pagar el préstamo. Sería injusto, ¿no te parece?

Mi madre me miró inquisitiva. Busqué una sonrisa en su rostro pero no la encontré. Cogí la vacía copa de vino, que el camarero no había retirado, y comencé a balancearla entre los dedos.

—Supongo que sí —dije.

—En cierto modo me enorgullece que recurra a mí —continuó, visiblemente más relajada—, significa que confía en mí, que sabe que puede contar conmigo. Y así es. Pero sinceramente no creo que le siente bien que otra vez le saque yo las castañas del fuego. Tiene que espabilar. No ha crecido. Sigue comportándose como si la vida fuese un juego y no lo es.

En ese momento, el camarero llegó con las pizzas que habíamos encargado y mi madre le dejó hacer en silencio. Cuando se fue, permaneció como ausente y no volvió en sí hasta que sintió que yo cogía los cubiertos.

—¿Qué estaba diciendo? —me preguntó—. Da igual... Lo importante es que no tienes que preocuparte. Papá se preocupa mucho menos que tú y que yo, te lo aseguro. Probó suerte con lo más fácil, nada más. Si de verdad

lo quiere, que se esfuerce... Ni siquiera creo que ella le hubiese dejado que yo invirtiera.

Mi madre me miró como si me auscultara, sonrió y exclamó:

—Venga, vamos a comer.

Nada más decirlo, cogió los cubiertos para atacar su pizza y yo, que había vuelto a dejar en el plato, por estar demasiado caliente, el trozo que me había llevado a la boca, le pregunté:

—¿Y si me ocurre de mayor lo que le pasa a papá?

—¿Qué quieres decir?

—Si tampoco sé asumir responsabilidades.

Mi madre no pudo evitar reírse.

—No te ocurrirá, te lo prometo. Y, si te ocurre, espero que tengas un hijo tan bueno como el de él.

Esa conversación debió de tener lugar un domingo de mediados de noviembre y hasta dos semanas antes de Navidad no volvimos a saber nada de mi padre. Llamó para saber qué haríamos en Nochebuena. La costumbre, que no había alterado su mujer, puesto que no era de Madrid y solía ausentarse, era que la pasáramos con él en casa de su hermana, donde se reunían varias ramas de su familia. A mi madre no le sería posible asistir esta vez, ya que estaba previsto que su novio viniera a Madrid, y, un poco para castigarlo por su silencio de tres semanas y otro poco para apaciguar a mi madre y a su novio, que seguían recelosos de los efectos que pudiera haber tenido en mí la pelea de la vitrina, decidí que me quedaría con ellos en casa.

Y así habría sido, de no ser porque el fin de semana anterior al comienzo de las vacaciones de Navidad ocurrió algo que modificó todos los planes. Mi madre y su novio me dejaron el viernes con la interna para ir a cenar a casa de unos amigos que vivían a las afueras de Madrid, y el sábado por la mañana no habían regresado. Acababa de descubrirlo cuando sonó el teléfono y una mujer, que no se identificó y cuya voz no conocía, me preguntó si estaba acompañado de algún adulto y, al responderle que no, en un primer momento quiso colgar y luego lo pensó mejor y me dijo que no me preocupara, que mi madre estaba bien pero que había tenido un

accidente de coche, cerca de Chinchón, regresando a Madrid de madrugada, y estaba en el ambulatorio de esa localidad, desde donde seguramente la derivarían a algún hospital. Nada más colgar, sin alterarme, llamé a mi padre y se lo conté y quedó en recogerme de inmediato para ir juntos a Chinchón. A continuación, me vestí y bajé al portal justo en el momento en el que la interna regresaba de pasear al perro con el pan y el periódico.

Mi padre, que no sabía esconder sus emociones, no tardó en aparecer con la cara desencajada por la prisa. Abrió la puerta del copiloto sin apagar el motor y, antes de que me diese tiempo a cerrar, pisó el acelerador. No me preguntó cómo estaba, no intentó tranquilizarme: me pidió que le refiriera con detalle cómo había sido la conversación telefónica, qué me habían dicho. Cuando lo hube hecho, no volvió a pronunciar una frase como no fuera para referirse a las incidencias del tráfico o a la dirección que debíamos tomar en las distintas encrucijadas del camino. No eché de menos que hiciera otra cosa. Se comportó exactamente como yo esperaba. Se le veía nervioso y me gustó que lo estuviera. Mientras tanto, como ha sido la tónica en cada suceso grave de mi vida, yo era presa de una extraña calma y contemplaba la escena como desde fuera. De que no era totalmente así, da muestra una pregunta que me rondó durante todo el trayecto y que no fui capaz de formular a mi padre hasta que llegábamos a nuestro destino:

—Sé que mamá está bien —afirmé con una falsa convicción, solo por ganar tiempo para encontrar las palabras—. Si no, no me habrían llamado. Habrían intentado localizarte. Pero, si alguna vez le pasara algo, ¿te harías cargo de mí?

Mi padre apartó la vista de la carretera y me miró durante un instante al tiempo que soltaba la palanca de cambios y me hacía una caricia en el muslo, y otra vez actuó como yo esperaba:

—Por supuesto que sí —dijo—, qué tontería. Pero no pienses en eso porque nunca va a ser necesario.

Después, al envolvernos de nuevo el silencio, vi a través del retrovisor que tenía los ojos húmedos.

Nada más entrar en el ambulatorio, cuando, tras preguntar a un celador, acudíamos a la habitación de mi madre, nos tropezamos en el pasillo con su novio. Cojeaba y tenía las gafas y el pantalón rotos, pero solo parecía

magullado. Mi padre, que nunca lo había visto, lo reconoció de inmediato, supongo que por la foto que mi madre tenía en su cuarto, y ostensiblemente, casi diría que despreciativamente, no le dirigió la palabra. Tampoco él lo acusó: aturdido, avergonzado o con la cabeza a punto de estallarle por la resaca, se limitó a balbucear unas palabras de disculpa mientras mi padre me apremiaba con la mano en la espalda a dejarlo atrás.

Mi madre, que ocupaba el asiento del copiloto, había sido la peor parada. Tenía vendada parte de la cabeza, cubriendo un corte en la frente y un ojo del que le habían sacado numerosos cristalitos, así como una de las piernas, en la que tenía una herida bastante profunda que le recorría la tibia entera. Estaba en una cama, sedada, pero nos reconoció no bien nos acercamos.

—Estáis aquí, menos mal —nos dijo—. Estaba preocupadísima. Yo solo quería que me cosieran y que os llamaran.

No recuerdo que el accidente influyera en el ánimo de mi madre ni que modificara sus planes de vida con su novio. Por lo menos, no me dijo nada a ese respecto ni lo exteriorizó de ningún modo; ignoro, asimismo, si fue materia de discusión entre ellos. El caso es que sí noté algún cambio en él, un leve matiz de timidez conmigo, como si se supiera descubierto, que pudo a su vez ser reflejo del más acusado recelo que empecé a sentir por él a raíz del accidente, algo a lo que contribuyó mi padre, que, si hasta entonces se había mordido la lengua y solo una vez se había permitido decirme algo en su contra, ahora abrió la veda y no paró, siempre que le di ocasión. Lo culpaba de conducir borracho. Decía que era un enfermo, decía que era un alcohólico, decía que no era trigo limpio, decía que era un hortera, decía que no me quería bien, decía que era un hipócrita, decía que no sabía nada de literatura, que todos los escritores de los que yo le contaba que hablaba eran una mierda, decía que mi madre no sabía en lo que se metía y que tarde o temprano todo estallaría.

El día de Chinchón, mientras seguíamos a la ambulancia que trasladaba a mi madre a un hospital de Madrid donde nos habían dicho que pasaría una noche en observación, mi padre se mostró más comunicativo que en el viaje de ida. Tras escucharle la primera ráfaga espontánea en contra del novio de

mi madre, saqué el tema de la editorial que quería montar, de la negativa de mi madre a darle el dinero, y no rehuyó hablar de ello.

—Tu madre es la persona más buena que conozco —me dijo—. No se lo tengo en cuenta. Creo que se equivoca al no confiar en mí esta vez, pero con mi historial supongo que es normal que no lo haga.

—Me ha dicho que no tiene el dinero —la disculpé—, que tendría que pedir un préstamo al banco y que le asusta tener que devolverlo. ¿No puedes pedirlo tú? —pregunté.

—A mí no me lo darían. No tengo nómina, ni una propiedad con la que responder, pero no te preocupes, olvídalo. Lo conseguiré.

Mi padre hablaba tan despreocupadamente que me pareció que no podía sino ser sincero. El tráfico discurría pesado a nuestro alrededor. Aunque debían de ser poco más de las seis de la tarde, había oscurecido y cierto tono crepuscular, al que era difícil hurtarse, comenzaba a hacernos mella. Supongo que influía la distensión que habíamos experimentado tras los nervios del viaje de ida. Pensé en preguntarle si no podría darle el dinero su mujer, pero no me atreví. En nuestras conversaciones nunca la mencionábamos, era como si no existiera. Aun así, estaba en mi cabeza, y tuvo que notararlo, porque volvió repetir:

—Lo conseguiré. No te preocupes.

Y luego, como si hablara para sí mismo:

—Yo la ayudé con su tienda, que ahora va muy bien.

Era evidente a qué se refería y no contesté. Además, cambió de registro y me preguntó:

—¿Y qué, ya has decidido qué vas a estudiar?

Le dije que no lo sabía, que aún tenía por delante cinco años para decidirme.

—Si te decides a escribir, no cometes el error de escoger una carrera de letras. Todo lo que te enseñan en ellas lo puedes aprender por tu cuenta. A mí solo me sirvió para conocer a tu madre.

Yo nunca le había dicho que quisiera escribir, leía más que otros chicos de mi edad, pero, si me decantaba por algo, me decantaba por la Historia, pues me atraía la arqueología.



—Derecho estaría muy bien —continuó—. Te amuebla la cabeza. O una ingeniería. Mira Juan Benet. Es ingeniero y escritor. Me gustaría tenerlo en mi editorial. Publicaré sobre todo novela. El ensayo no tiene público. Ahora la gente demanda novelas. Hay una buena generación de escritores en la treintena que pide paso. ¿Te imaginas que dentro de unos años edito tu primer libro?

Mi padre continuó hablando de su futura editorial hasta que, detrás de la ambulancia, llegamos al hospital donde pasaría la noche mi madre. Yo bajé del coche y entré para despedirme de ella en la habitación, pero él prefirió aguardar fuera, ya que en la ambulancia iba también el novio de mi madre y no quería volver a cruzárselo, temía darle un puñetazo.

Media hora después, me llevó a casa. Cuando enfilábamos mi calle, me preguntó:

—¿Te importa que no me quede contigo? Tu madre está bien, no tienes de qué preocuparte.

Era sábado, cerca de las ocho, la interna libraba hasta el domingo por la tarde, y sabía que a mi madre no le habría gustado que pasara esa noche solo, pero no le dije nada para que no tuviese la impresión de que le reprochaba algo o pretendía torcer su voluntad. Quedó en llamarme al día siguiente para acompañarme a recoger a mi madre, pero no lo hizo.

La vuelta de mi madre a casa fue laboriosa. Le costaba andar a causa de la herida en la pierna, y tuvo que llevar un parche en el ojo varios días. Su novio, con un aplomo que me asombró, optó por regresar a Francia. Ella no solo no puso objeciones sino que lo animó. Prefería hacer la convalecencia sola y reunirse con él cuando se recuperara. Creo que, orgullosa como siempre fue, no le gustaba exhibirse en sus condiciones. El caso es que pasamos la Nochebuena solos, ni en compañía de su novio, como habíamos planeado, ni con mi padre en la casa de su hermana. Durante el resto de las vacaciones, la acompañé a las revisiones e hice de ayudante y enfermero los muchos días que libró la interna. Tuvimos tiempo de hablar, pero casi no lo hicimos. Por ejemplo: eché de menos que me hablara del accidente. No sé lo que pensaba, si una mecha de inquietud acerca de su novio había prendido en ella o si por el contrario consideraba que habían sido víctimas de una fatalidad, aunque creo que ese silencio suyo era extraño y que

escondía o bien una preocupación que no se atrevía a compartir, o bien que todavía estaba asimilando lo sucedido. Mi impresión es que era una mezcla de las dos cosas. Creo que descartaba la fatalidad, pero que no culpaba exclusivamente a su novio sino que se culpaba a sí misma en igual medida, que consideraba que, condicionados por el carácter excepcional de sus encuentros y favorecidos por su mucha vida social, los dos se habían dejado llevar, cuando estaban juntos, a un permanente estado festivo. Es más, creo que pensaba que ella se lo pasaba mejor y él estaba más suelto, más divertido y despreocupado en esos momentos, y que, inconscientemente, no solo había contribuido a ellos con su olvido de las posibles consecuencias sino que en cierto modo había sido su acicate. Simplemente él bebía más y conducía, se diría.

Mi padre estuvo todo el mes de enero sin llamar. Entre tanto, cuando mi madre dejó atrás la convalecencia y solo quedaba el testigo de las cicatrices (la de la pierna indisimulable, y la de la frente, gracias al buen hacer del cirujano, apenas una limpia línea azulada), su novio vino a Madrid dos fines de semana consecutivos. Se había comprado un coche del mismo modelo que el siniestrado, un Peugeot descapotable con trazas de deportivo, y lo primero que dijo, al enseñármelo, es que me lo regalaría cuando cumpliera dieciocho años. Puede que sea una impresión errónea, pero creo que efectivamente habían hablado y habían llegado a algún pacto. Salían menos o regresaban más pronto, y respetaban la prohibición, que no mencionaron pero que yo sí noté, de tener licores en casa. Por lo demás, seguían firmemente decididos a que él dejara Francia el curso siguiente para instalarse con nosotros en Madrid. Mi madre vendería nuestro apartamento y, con una aportación equivalente de él, comprarían un piso más grande en el que cupiéramos holgadamente los tres. Decidieron pasar juntos el verano, y utilizarlo como una suerte de ensayo de su futura vida en común. No iríamos de invitados a casa de nadie, no viajaríamos: alquilaríamos una casa durante el mes de agosto en un lugar en el que no tuviéramos conocidos.

El primer fin de semana de febrero me llamó mi padre por teléfono:

—Necesito que me hagas un favor —me dijo—. Necesito que me ayudes a trasladar unas cosas y que luego me las guardes en casa durante una temporada. No creo que a tu madre le importe, son pocas.

Le expliqué que estaba con nosotros el novio de mi madre y que se quedaría hasta el domingo.

—Bueno, pues el lunes. Dile a tu madre que te recogeré en el colegio y que llegaremos antes de la cena.

El lunes, mi padre estaba efectivamente esperándome a la salida del colegio. Me dio un beso, sonriente, como si nos hubiéramos visto el día anterior, y me llevó a una casa en la que yo nunca había estado pero que había tratado de imaginarme muchas veces.

—Tenemos que ser rápidos —me apremió.

Descolgó algunos cuadros, llenó cinco o seis cajas con libros, metió ropa en dos maletas, empaquetó con periódicos diversos objetos que acomodó en dos bolsas de plástico, cogió una lámpara de mesa y un cesto grande de mimbre que antes tuvo que vaciar de periódicos usados, y, cuando hubo acumulado todo al lado de la puerta, me dijo:

—Dejo mucho, solo me llevo lo más importante.

Mi madre nos recibió entre inquieta y curiosa, pero, tras comprobar de qué se trataba, no disimuló su nerviosismo. Mi padre, que había seguido sin darme ninguna explicación durante el camino a casa, no se la negó a ella.

—Es solo una temporada —dijo—, hasta que encuentre un apartamento.

—¿Y tú, dónde vas a vivir mientras tanto? —preguntó mi madre.

—Con mi socio.

Mi madre lo miró con recriminatoria firmeza y por un momento tuve miedo de que se reprodujera entre ellos una de esas peleas tan frecuentes en el pasado, cuando mi padre todavía vivía con nosotros, en las que su tendencia anárquica, su actuar de manera autónoma, sin contar con el parecer de los otros, chocaba con el orden de mi madre, con su necesidad de sujetar todo bajo el cerrojo de una disciplina que, como no formaba parte de su carácter, sino que había surgido a remolque de su vida con mi padre, a veces invadía despóticamente incluso aquello que no le competía.

—¿Tu socio?

—Sí, seguimos adelante con la editorial —contestó él—. De momento entraré como asesor, y más tarde, si reúno el dinero...

—¿Qué pasa —le cortó mi madre—, que ella no te lo ha dado?

Mi madre formuló la pregunta conociendo la respuesta, y ese fue el punto de inflexión que pudo dar al traste con mi afán de que él se sintiera respaldado por nosotros. No sucedió gracias a que, o bien no percibió la acritud que las palabras de mi madre contenían, o bien no quiso tenérsela en cuenta, sabedor de que obedecía antes que a nada al atolondramiento que la invadía ante cualquier imprevisto. Su reacción fue más insólita. Confesó que la que hasta hace poco consideraba su mujer, y sobre la que nunca hablábamos, se había negado efectivamente a darle el dinero, le dedicó palabras duras como *codiciosa* y *usurera*, y de pronto se derrumbó como nunca le había visto hacerlo. Quedó claro así que la dureza de su diatriba anterior fue impostada y que estaba mucho más afectado de lo que en un principio había pretendido representar.

—No lo entiendo —reconoció, mientras mi madre le acariciaba la espalda para reconfortarlo—. La ayudé cuando mi situación era peor que la suya, dispuso de mis últimos recursos para montar su negocio, y, ahora que le va bien, se niega a prestarme una cantidad muy inferior a la que yo le regalé. No lo entiendo. Estoy sorprendido. Atónito. Ofendido. Y lo que más me duele es que confiaba en ella. Sabía que no podía hacerlo en algunas cosas. Es muy insegura, muy obcecada, muy celosa, y le cuesta entender, por ejemplo, que siga viniendo aquí. Cualquier asunto vuestro, hasta el más elemental, la pone a cien. Pero creía que me quería y que en lo fundamental estaría a mi lado...

Ni mi madre ni yo dijimos nada a pesar de que ambos habríamos tenido ganas. Carecía de sentido hurgar en la herida, si ya era pasado. Mi madre, que había continuado acariciándole la espalda, dejó de hacerlo, y, al cabo de unos instantes, como permanecíamos de pie y el silencio se prolongaba, dijo refiriéndose a los bultos que habíamos apilado junto a la puerta:

—Venga, vamos a guardar todo esto. —Y luego, cuando nos poníamos en movimiento, dirigiéndose a mi padre—: Te quedas a cenar, ¿no?

Los cinco meses posteriores fueron los más largos y extraños de cuantos compartí con mis padres. La misma noche que acabo de referir, cuando terminamos de cenar, mi madre le ofreció a mi padre quedarse a dormir.

—Hoy y los días que quieras —aclaró—. Hasta que encuentres apartamento y empieces a trabajar. No tiene sentido que recurras a tu socio.

Pueden surgir roces en la convivencia y resentirse vuestros planes editoriales.

Alguien podría deducir de esta generosa invitación de mi madre que se proponía seducir de nuevo a mi padre o que quería, por lo menos, recuperar la vida en común, y sin embargo erraría quien así pensase. Mi padre aceptó quedarse en casa, creo, de hecho, que es lo que había pretendido desde el principio, y seguidamente ella se puso a pensar en su novio, no en cómo abandonarlo ni en cómo ponerle al tanto de nuestra hospitalidad con mi padre, sino en cómo ocultársela para que no le afectara.

—Las próximas veces tendré que ir yo a Francia en lugar de que venga él aquí —dijo como hablando consigo misma...—. ¡Ah!, y prohibido contestar al teléfono —advirtió a mi padre. Y a continuación, dirigiéndose risueña a los dos—: Comprenderéis que no es muy normal esto, que él muy difícilmente lo entendería. —Y otra vez, solo a mi padre—: Más vale que te pongas a trabajar pronto, y que encuentres rápido ese apartamento.

La complicidad que revelaban estas palabras no se quebró a pesar de que el período de excepción, por así llamarlo, fue mucho más largo de lo previsto. Mientras el trabajo de mi padre se demoraba, mi madre fue a Francia a finales de febrero, otra vez en marzo, pasó allí la Semana Santa y regresó en mayo. En todos esos viajes, me quedaba con mi padre. Nunca antes habíamos tenido tanta intimidad. Sospecho que él atravesaba una depresión, ya que apenas salía (estaba en casa cuando me despertaba y cuando regresaba del colegio y cuando me iba a la cama), pero creo que su aceptación sin matices de un orden doméstico al que tan renuente había sido en el pasado no tenía que ver con ello. Se explicaba por algo que iba más allá, incluso, del agradecimiento a mi madre, que expresó de mil formas. Creo que le conmovía la oportunidad de compartir ese tiempo con nosotros, de descubrirnos a una luz más cercana; creo que le gustaba nuestra compañía y que la idílica sintonía que logramos le debió mucho a la naturalidad con que puso cuanto estuvo en su mano para que todo fluyera. Si en algún momento llegó a contar con que su estancia se convirtiera en permanente, si no lo descartó o se hizo ilusiones, lo ignoro. Nuestras conversaciones eludían toda mención a otro futuro que no fuese el fijado al inicio de su estancia en casa. Aunque hubiéramos querido, no nos

habríamos atrevido a nada distinto. Mi madre hablaba casi a diario con su novio, siempre había un viaje suyo a Francia en puertas, y era difícil no tener presente que vivíamos una situación excepcional. En cuanto a qué sentía ella, la respuesta es más compleja. En su caso sí estoy seguro de que ni se hizo la ilusión de transformar lo provisional en permanente ni fantaseó con ello, por la sencilla razón de que no se permitía concebirlo. Lo cual — no puedo evitar pensar— tenía menos que ver con un férreo sentido del compromiso, o una fidelidad inquebrantable a su novio, que con la rémora de dolor que todavía le producía el lento deterioro de su pasada vida con mi padre. Me da la sensación de que, después de la ruptura, del alivio que sucedió al desconcierto inicial y de los tímidos y fallidos intentos con hombres efímeros, que o pedían demasiado o no daban lo que esperaba, había necesitado tanto asentar una relación que, cuando por fin tuvo una que parecía cumplir sus expectativas, la blindó frente a toda contingencia, incluidas sus propias dudas.

Creo que mi madre no confiaba en que mi padre hubiese cambiado. Creo que sabía que su amor por ella, como el suyo por él, era superior al que ambos pudieran sentir por cualquier otra pareja que tuvieran, pero que no perdía de vista las injustas licencias, de las que mi padre ya le había dado muestra, a que dan lugar ese tipo de amores incondicionales, precisamente por la conciencia de su incondicionalidad, entre quienes son demasiado permisivos con las fluctuaciones de su ánimo.

El hecho es que ninguno de los tres, ni siquiera yo, nos atrevíamos a pensar en un futuro común, los planes de mi madre eran los que eran, y, sin embargo, puede decirse que vivíamos de espaldas a todo lo que no fuera el día a día. Solo así se explica que no nos alarmara que el tiempo pasara, que no nos apuráramos. Solo así se explica que, al hacerse evidente que la editorial de mi padre no despegaría sin que él invirtiera lo que le correspondía, mi madre no lo presionara. Le ofreció darle el dinero cuando lo tuviera, mi padre nos habló de un local en alquiler de un viejo edificio industrial del centro en el que se proponía montar las oficinas de la editorial, nos dijo que su socio estaba de acuerdo en que habilitara una parte como vivienda y llegó a proponerme que fuera a vivir con él, pero esas y otras referencias a un tiempo ulterior las dejaban caer sin urgencia, dejando

abierto el momento de decidir. De esa forma, sin casi hablarlo, quedó asentado que mi madre le daría a mi padre el dinero que necesitaba cuando vendiéramos nuestra casa en otoño y que, antes de irnos en agosto a veranear con su novio, le adelantaría una cantidad para que alquilara el local y fuera haciendo las obras necesarias. Creo que mi madre estaba preocupada, que, al igual que yo, veía a mi padre frágil y deprimido, y es probable que no quisiera apremiarlo. También es probable que hubieran hablado a mis espaldas y que hubieran alcanzado un acuerdo. En cuanto a él, dada su situación de acogido, es normal que se plegara a ritmos impuestos.

Hay otra posibilidad que se me ocurre ahora, aunque la considero remota, casi imposible, ya que no casa con su personalidad recta, y es que la despreocupación aparente de mi madre por el tiempo, su no agobiar a mi padre, su no presionarlo para tomar decisiones, obedeciera a un interesado cálculo: no quemar las naves con él hasta comprobar si el experimento veraniego de vida matrimonial con su novio salía bien.

No, definitivamente no me parece que tal caso fuera posible.

En junio, cuando ya el verano se acercaba, mi madre no encontró más excusas para seguir viajando a Francia y tuvo que aceptar que su novio viniera unos días a Madrid. Ocultamos todo rastro de la presencia de mi padre en casa y él y yo nos quitamos de en medio yendo a pasar el fin de semana a Lisboa. A principios de julio volvió el novio de mi madre y, en esta ocasión, mi padre se refugió en casa de su hermana. A finales de mes, tuvo que desaparecer una última vez, mientras mi madre y yo recibíamos a su novio y, unos días más tarde, ya en agosto, nos marchábamos los tres al País Vasco, donde estaba la casa que habíamos alquilado.

Iríamos en tren nocturno, con el descapotable del novio de mi madre en el tráiler. Estuve con mi padre todo el último día, hasta que por la tarde regresé a casa para ir a la estación. Lo noté triste o tímido, como si barruntara si decirme cosas que no se atrevía, o tal vez quien estaba triste y tímido, por no saber decir lo que sentía, era yo. O lo estábamos los dos. Almorzamos en un chino, más callados que habladores, y luego deambulamos un rato por las calles, bajo un sol que derretía. No nos dio tiempo a meternos en un cine y acabamos refugiándonos en una exposición

del Museo Arqueológico. Al salir, regresamos caminando a casa. Mi padre se proponía aguardar en el bar de abajo a que nos fuéramos, y luego subiría y se quedaría en casa, vigilando las obras del local de la editorial, hasta nuestro regreso el primero de septiembre. Como aún disponía de un rato, quise entrar con él en el bar. Abrió la puerta para cederme el paso y, cuando me disponía a entrar, tendió el otro brazo delante de mí y me lo impidió.

—Mira —me dijo.

Sentado en un taburete de la barra, vi al novio de mi madre. Estaba ocupado, sacando torpemente de la cartera dinero para pagar a un camarero que lo miraba impaciente, y pudimos retroceder sin que nos viera.

—Debe de haber venido de dejar el coche en la estación —dije sin convencimiento, supongo que para evitar que mi padre se fijara demasiado en él—, tenía que llevarlo unas horas antes para que lo cargasen en el tren.

—Claro, claro —contestó mi padre, al tiempo que ponía una mano en mi cabeza y me apuraba para que cruzáramos la calle—. Y tenía sed.

Era la primera ironía que se permitía desde que, cinco meses atrás, mi madre y yo lo acogimos en casa, y no dijo más, no insistió. Esperamos unos minutos en la acera de enfrente, ocultos detrás de una parada de autobús, y, cuando vimos que el novio de mi madre salía y entraba en casa, volvimos al bar. Mi padre ya no quiso que me quedara con él. Sacó dos paquetes de una bolsa de plástico en la que antes me había dicho que llevaba el neceser y la máquina de afeitar, y me los tendió.

—Toma —dijo—. Una libreta para que escribas y un libro para que te inspires.

La libreta era un cuaderno chino de caligrafía y, el libro, los *Nueve cuentos* de Salinger. Después nos despedimos. Al darle la espalda para ir a casa lo último que le oí decir fue:

—Cuida a tu madre.

A mí se me caían las lágrimas y no me atreví a volverme para mirarlo porque pensé que él también estaría llorando.

Durante los primeros días en el País Vasco, no me quité de la cabeza una imagen que no era real, ya que no había sucedido, pero que resumía mi



estado de ánimo: mi padre diciéndome adiós furtivamente mientras el taxi que habíamos tomado para ir a la estación arrancaba y lo dejaba atrás.

De lo que hicimos realmente, de cómo pasamos esos primeros días de agosto, recuerdo, por el contrario, muy poco.

Recuerdo la llegada. Recuerdo la alegría un tanto sobreactuada con la que mi madre trató de animarme cuando entramos en la casa y la recorrimos; recuerdo su furia organizativa, la primera compra de comida, la búsqueda de tiendas; recuerdo el ritual ya conocido de otros veranos en otras casas de alquiler: su empeño en tirar todos los utensilios de limpieza y comprarlos nuevos, el alcohol con que roció los sanitarios del baño y que luego prendió para desinfectarlos; recuerdo que no me gustó mi dormitorio, oscuro y con dos literas, y recuerdo el paseo que dimos buscando el camino de la playa. Todo lo hicimos mi madre y yo mientras su novio exploraba en solitario los alrededores de la casa, deshacía meticulosamente su equipaje y empezaba a trabajar en un ensayo sobre los autores del Boom. Antes, recuerdo la frustrada negociación a la que nos vimos abocados cuando hubo que elegir un cuarto de trabajo para él e inexplicablemente optó por la cocina. Mi madre, que cruzó conmigo una mirada de estupefacción, intentó disuadirlo, pero él argumentó que necesitaba luz y que en ningún lugar había tanta como en la cocina.

—¿Y qué pasará cuando prepare la comida? —insistió mi madre—. ¿O si queremos merendar? Te molestaremos.

Él no contestó, aunque quedó claro por su expresión que no se le había ocurrido que eso pudiera ocurrir. Luego, en una muestra de fuerza que me sorprendió, abrió la mesa plegable y puso sobre ella su máquina de escribir y un atril; lo cual apenas habría representado una simple anécdota en el conjunto de insólitos acontecimientos de ese verano si no fuera porque mi madre y yo no tardamos ni dos días en comprobar que, como ella había temido, efectivamente no éramos bienvenidos en la cocina cuando él estaba trabajando. Las miradas de disgusto, o ira contenida, con las que empezó a recibir cualquier necesaria incursión nuestra en sus dominios no dejaban lugar a dudas.

Con ese primer diálogo mi memoria se torna evanescente, los recuerdos se mezclan y pierdo en parte el hilo cronológico. Salvo por el soterrado

crescendo de tensión a que dio lugar, los días se vuelven iguales, apenas distingo unos de otros porque todos se organizaban alrededor de la rutina de trabajo del novio de mi madre. Solía levantarse muy pronto, a las cinco y media. Lo sé, porque el roce de sus zapatos de calle, que a esas horas se calzaba con el pie desnudo, me despertaba casi todas las mañanas. Por eso, y porque algunas veces salía de mi habitación antes de intentar conciliar el sueño de nuevo, sé también que durante un rato hacía flexiones de piernas y que luego leía dos horas, tumbado en el sofá del salón. A continuación, se metía en la cocina para escribir y, hasta que a las nueve de la noche daba por terminada la jornada, hacía, que yo sepa, tres interrupciones: una alrededor de las doce, cuando se vestía y salía a la calle durante media hora, otra para almorzar y dormir una corta siesta, y la última en torno a las siete, para volver a la calle. Ni en esta salida ni en la de la mañana lo acompañábamos mi madre y yo; salía furtivamente, sin darnos opción a ir con él. La vida familiar, si así puede llamarse, transcurría en el almuerzo y, sobre todo, en la cena y su sobremesa. El resto del tiempo lo pasábamos mi madre y yo a solas. Íbamos a la playa o, si llovía, cosa que empezó a ocurrir con desesperante frecuencia, tomábamos un taxi y nos escapábamos a San Sebastián para ir al cine, siempre con la sensación, motivada por fríos recibimientos que más tarde nos brindaba, de que también esa vida aparte molestaba a su novio, de que, aunque estuviera trabajando en la cocina, prefería tenernos cerca.

Diez horas compartidas, que vienen a ser las que mi madre y yo pasábamos juntos, dan para mucho, sobre todo si la realidad circundante ofrece una veta inesperada o hay una tercera persona que hace todo lo posible por convertirse en el centro de atención de los otros dos. Sin embargo, mi madre y yo tardamos en dar forma con palabras a la involuntaria alianza que se consolidó entre nosotros a medida que proliferaban las rarezas de su novio. Disimulábamos, mirábamos para otro lado. Nos atenazaba el pudor, y es probable que ella intentara protegerlo a él de lo que bien podía ser un trastorno temporal y que yo deseara apoyarla. O que se sintiera avergonzada o culpable y se creyera obligada a darme una explicación que no sabía cómo afrontar, y que a mí me diera pena su azoramiento.

Gracias a esa confianza que ni ella ni yo queríamos ver proscrita, fuimos capaces de contenernos, y hubo días, sobre todo al principio, en los que, a pesar del margen cada vez más estrecho, él aún fue capaz de recobrar rescoldos de su viejo humor; guardo memoria de alguna noche de risas inesperadas en el salón, aunque la mayor parte del tiempo lo recuerdo adusto y vigilante, como si mantuviera una lucha cruenta contra un agresivo ejército invisible del que mi madre y yo fuéramos la quinta columna. Una opinión acerca de cualquier cosa que ella o yo expresáramos, y a la que el otro se sumara, de inmediato recibía una desproporcionada réplica por su parte. A veces ni siquiera era necesario que coincidiéramos, bastaba con que uno de nosotros le llevara la contraria en algo para que nos censurara agriamente a los dos. En ocasiones, como en un almuerzo en el que recriminó a mi madre su supuesta mala educación por rebañar con pan la salsa de un guiso y a continuación levantó el plato y se lo llevó a los labios para beber directamente de él, era tal la sensación que nos invadía de ser los actores involuntarios de un guión de comedia que, con imprudente osadía, no podíamos evitar reír.

La convicción de que lo que estábamos viviendo no tenía una explicación normal, de que no era una mera ofuscación debida al estrés o a otra causa, sino algo más grave y permanente, nos impregnó poco a poco. Lo curioso es que cuando la certeza terminó de abrirse paso no nos liberó ni nos puso más fácil cortar los cabos: antes al contrario, incrementó la servidumbre convirtiéndonos en reos de la pena. Ya no solo acatábamos sumisos el delirio sino que, por faltas que no habíamos cometido, éramos capaces de correr a pedir disculpas. Fue ese contrasentido lo que facilitó que por fin se atreviera mi madre a hablarme. Eligió un viaje en taxi, camino de San Sebastián, después de una mañana en la que, agraviado por sabe quién qué imaginaria ofensa, su novio no nos había dirigido la palabra.

—Vamos a aguantar —dijo—. No vamos a regresar a Madrid derrotados.

Creo que tenía miedo de que una separación repentina lo descontrolara aún más y que, como ya quedaba poco para que el verano terminara, pensó que era más seguro abandonarlo limpiamente, cuando nosotros nos fuéramos a Madrid y él regresara a Francia.

Han transcurrido más de veinticinco años desde entonces y aún me pregunto qué fue lo determinante para que él estallara. Es evidente que su ocultación, a raíz del accidente de coche en Chinchón, de su dependencia del alcohol, que supongo que le hacía beber con ansiedad en menos tiempo, estuvo en el origen de todo. Esa fue, digamos, la mecha. En cuanto al combustible interior, solo me es posible elucubrar: puede que su inseguridad acerca de la entrega de mi madre, puede que una secreta competición conmigo que creyó perdida, puede que la sombra de mi padre, puede que su incapacidad para vivir acompañado, puede que un conflicto íntimo. Quién sabe. El resto, la propagación del incendio, fue responsabilidad de los vientos, un torbellino de susceptibilidad y malentendidos que se retroalimentó espontáneamente. El aislamiento al que se forzó en su trabajo, la más que segura mala marcha de este, su distorsionada percepción de la complicidad que se creó entre mi madre y yo...

Agosto de 1983 había empezado en el norte con la misma incertidumbre de otros años acerca de los días de playa que depararía y terminó en catástrofe. Desde mediados de mes, el cielo se cubrió y ya no cesó de llover hasta que el día 26 cayó una tromba que lo paralizó todo y causó inundaciones en toda Vizcaya, la mayor parte de Guipúzcoa y algunas zonas de Álava. El desbordamiento del río Nervión, en Bilbao, provocó numerosos muertos y varios desaparecidos. El fenómeno parece que se desencadenó por una gota fría que se formó al chocar a gran altura aires fríos del norte con aires cálidos del sur, aunque otras teorías sostienen que fue una tormenta de origen tropical. Nosotros estábamos al lado de San Sebastián, en Fuenterrabía, y no nos afectó tanto. Sufrimos las lluvias, pasamos noches sobrecogidos oyendo el cielo romperse, pero no nos alcanzó la riada.

La hecatombe se precipitó el mismo día de nuestra marcha anticipada y para entonces ya nos habíamos salvado. Mi madre dijo basta una tarde que encontramos la puerta abierta del apartamento, y su novio, que nos recibió agitado y borracho, la acusó de estar engañándolo, de ir a encontrarse con alguien a San Sebastián, la llamó adúltera, mencionó la palabra incesto y no sé cuántos disparates más. Durante por lo menos una hora, refugiado en mi

cuarto por mandato de mi madre, oí gritos y portazos alternados con cortos períodos de susurros. Luego, cuando parecía que ninguno de los dos se rendiría, por encima de la tormenta que también se había desatado en el exterior, en un silencio como el que se produce entre un rayo y el trueno que anuncia, escuché a mi madre decir *ya está bien, ya está bien*, y que él sollozaba. Al cabo de un rato, abrió mi madre la puerta y, sin llegar a entrar, me pidió que fuera a verlo. Lo encontré en la cama, con la cara más angustiada que he visto, intentando sacar dos pastillas de una tableta de Valium. Sin dudarle, sin mirar siquiera a mi madre, lo ayudé con las pastillas, le alcancé un vaso de agua que había en la mesilla, y, mientras me pedía perdón, le cogí las manos y las acaricié diciéndole que no pasaba nada, que no se preocupara. Después regresé a mi habitación.

—Haz tu equipaje sin hacer ruido —me dijo mi madre cuando apareció, veinte minutos o media hora después—. Nos vamos.

Mi madre enmudeció por completo en el taxi que nos llevó a San Sebastián y tan solo habló lo imprescindible en el hotel donde pasamos lo que quedaba de noche. Parecía cansada y vulnerable. Como si hubiera perdido la seguridad legendaria que la caracterizaba, no abrió la maleta ni para sacar el neceser. Se desnudó en el baño y, cuando quiso meterse en la cama, no caminó erguida hasta el cabecero sino que gateó desde los pies y se introdujo en ella con una complicada voltereta que por un momento la dejó con los brazos y las piernas hacia arriba.

Al día siguiente por la mañana tratamos de comprar un billete de avión, pero el aeropuerto estaba cerrado por el temporal. Cogimos el primer Talgo que salía a Madrid. Durante un rato contemplamos a través de las ventanillas el rápido disgregarse de la ciudad para dar paso al campo: los bloques de viviendas de los arrabales, la escasa zona industrial y, enseguida, un verde ondulado salpimentado de grupos de caseríos... Entonces, mientras a mí me daba por pensar en el novio de mi madre, en si habría amanecido ya y habría descubierto nuestra fuga, en qué haría cuando lo hiciera, en si la intentaría recuperar y en cómo se tomaría el rechazo que yo daba por seguro, mi madre arrancó a hablar de sus veraneos infantiles en un paisaje muy similar al que atravesábamos, de la casa de su abuelo en León, de los juegos con sus primos, de los vecinos, de los trabajos del campo, de

las ventajas de la vida rural y de todo lo que se le venía a la cabeza. Después, cuando ya no parecía posible que encontrara más material para seguir monologando sobre el mismo tema, buscó en el asiento una postura cómoda, reclinó la cabeza y cerró los ojos.

—Volvemos con tu padre —dijo en un susurro, casi para sí misma, con una voz que sin embargo volvía a ser la suya.

Yo ya sabía, porque lo había intuido desde el mismo momento en que nos despedimos, y lo había corroborado al llamarlo infructuosamente desde múltiples cabinas ese verano, que mi padre no estaría esperándonos en casa, pero no se lo dije. Preferí que durmiera. Durante un rato, continué mirando el paisaje, que, a medida que nos desplazábamos al sur y se aligeraba el cielo, perdía esa cualidad plomiza de los preámbulos de tormenta, y dejé que mi cabeza divagara. Pensé en mi padre y en mi madre, en cada uno por separado y en los dos juntos, pensé en los intensos meses que dejábamos atrás, me pregunté si no había salido todo del mejor modo, si no era preferible, al fin y al cabo, que mi padre no estuviera esperándonos en casa, pensé en mi siguiente curso académico, me pregunté si habría alguien entre mis compañeros a quien pudiese contar lo que acababa de vivir, pensé en nuestra casa, de la que ya no nos mudaríamos, pensé en mi perro, al que habíamos dejado en una residencia canina, me acordé de la interna, que aún tendría unos días de vacaciones, y luego también me quedé dormido.